



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIAPAS
UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS
MAESTRÍA EN HISTORIA



VERDAD Y FICCIÓN EN *MUERTES HISTÓRICAS*
DE MARTÍN LUIS GUZMÁN

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:
MAESTRO EN HISTORIA

PRESENTA
MANUEL DE JESÚS BRIONES VÁZQUEZ

DIRECTOR:
DR. JOSÉ MARTÍNEZ TORRES

REVISORES:
DRA. ANA MARÍA PARRILLA ALBUERNE
DR. ANTONIO DURÁN RUIZ

Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Octubre de 2015.



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS

SECRETARÍA ACADÉMICA
COORDINACIÓN DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADO



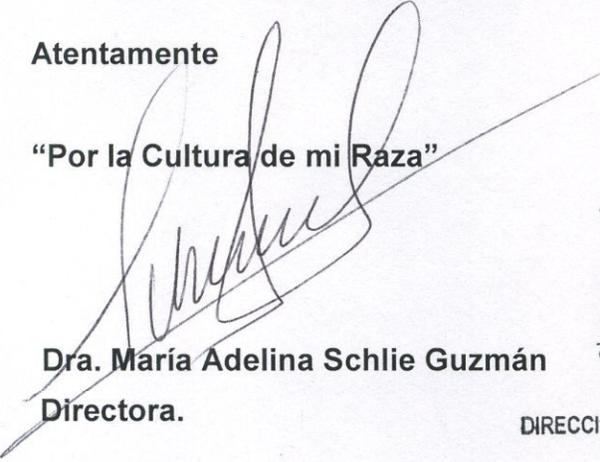
Tuxtla Gutiérrez, Chiapas
08 de octubre de 2015
Oficio No. DIP-703/2015

C. Manuel de Jesús Briones Vázquez
Candidato al Grado de Maestro en Historia
P r e s e n t e.

En virtud de que se me ha hecho llegar por escrito la opinión favorable de la Comisión Revisora que analizó su trabajo de tesis denominado **“Verdad y Ficción en Muertes Históricas de Martín Luis Guzmán”** y que dicho trabajo cumple con los criterios metodológicos y de contenido, esta Dirección a mi cargo le **autoriza la impresión** del documento mencionado, para la defensa oral del mismo, en el examen que usted sustentará para obtener el Grado de Maestro en Historia. Se le pide observar las características normativas que debe tener el documento impreso y entregar en esta Dirección un tanto empastado del mismo.

Atentamente

“Por la Cultura de mi Raza”


Dra. María Adelina Schlie Guzmán
Directora.



DIRECCIÓN DE INVESTIGACIÓN
Y POSGRADO

C.c.p. Expediente

VERDAD Y FICCIÓN EN *MUERTES HISTÓRICAS*
DE MARTÍN LUIS GUZMÁN

Manuel de Jesús Briones Vázquez

Bien pudiera decirnos [...] que no vengo ni de las aulas ni de las bibliotecas, sino del trajín de la calle; pero acaso sea más exacto y justo que me recibáis como a viajero, ya un poco fatigado por los embates de un vivir ardiente, que ha avanzado hasta aquí después de recorrer con los latidos de su corazón los caminos históricos de México, ásperos aunque luminosos.

Martín Luis Guzmán

Índice

Introducción.....	8
1. Historia y literatura.....	11
2. El oficio de historiar y el de hacer literatura: fuentes, escritura y texto.....	13
3. La novela de la Revolución Mexicana: ficción y crítica de la realidad.....	18

PRIMERA PARTE

Capítulo 1: La brújula apunta hacia el norte.....	22
1.1 A la sombra de Porfirio Díaz.....	22
1.2 Una infancia errante pero decisiva	25
1.3 La Escuela Nacional Preparatoria.....	28
1.4 El Ateneo distante (experiencias intelectuales).....	29
Capítulo 2: En la Revolución, 1913-1915	35
2.1 La Revolución de 1910.....	35
2.2 <i>El águila y la serpiente</i>	37
2.2.1 Venustiano Carranza: umbrales revolucionarios	37
2.2.2 Álvaro Obregón: inicios del caudillo	39
2.2.3 Francisco Villa: amistades peligrosas	42
2.2.4 Acorazados en el puerto: la ocupación estadounidense de Veracruz.....	44
2.2.5 Carranza y Villa: un altercado.....	47
2.2.6 Los Tratados de Teoloyucan: la rendición y la guerra.....	48
2.2.7 La Convención de Aguascalientes	52
2.2.8 El gobierno de la Convención	56
Capítulo 3: Memorias del exilio, 1915-1936.....	66
3.1 Primer exilio, 1915-1920.....	66
3.1.1 <i>La querrela de México</i> y la visión histórica de Martín Luis Guzmán	66
3.1.2 <i>A orillas del Hudson</i> . El estilo de vida americano.....	72
3.2 Dos rebeliones, 1923-1927	78

3.2.1 <i>La sombra del caudillo</i>	78
Capítulo 4: Regreso a México, 1936-1976.....	84
4.1 La Revolución ha terminado.....	84
4.2 Nuevas instancias de poder	86
4.3 Octubre de 1968	87
4.4 Proyectos inconclusos	88
 SEGUNDA PARTE	
Capítulo 1: “Tránsito sereno de Porfirio Díaz”: una muerte decorosa.....	91
1.1 El proyecto de las <i>Muertes paralelas</i>	91
1.2 Porfirio Díaz, del héroe al dictador	97
1.3 Paréntesis (desarrollo literario de Martín Luis Guzmán)	99
1.4 Retrato íntimo de la muerte	107
Capítulo 2: “Ineluctable fin de Venustiano Carranza” o el sino trágico del poder	112
2.1 Reflejos de Carranza.....	112
2.2 La Constitución de 1917.....	114
2.3 La rebelión de Agua Prieta	115
2.4 La versión literaria de Martín Luis Guzmán	118
 Conclusiones.....	 129
Bibliografía.....	132

Introducción

El presente trabajo tiene como propósito analizar los elementos de verdad y ficción de los relatos “Tránsito sereno de Porfirio Díaz e “Ineluctable fin de Venustiano Carranza”, ambos integrados en el volumen *Muertes históricas* del escritor Martín Luis Guzmán; se entiende aquí por verdad a la coherencia que hay entre la realidad fáctica y lo que se narra, es decir, una verdad lógica establecida entre los relatos y sus referentes de tipo histórico. En cuanto a la ficción, se entenderá como discurso mimético y como una elaboración artificiosa de esa misma realidad.

La tesis consta de dos partes. En la primera se ha hecho énfasis en la biografía del autor, el contexto histórico y las obras que publicó sobre todo en el primer periodo de su producción ensayística y literaria: *La querrela de México* (1915), *A orillas del Hudson* (1920) y las novelas *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1929).

El primer capítulo, “La brújula apunta hacia el norte”, se centra en la vida del escritor, quien nació en 1887, en Chihuahua. Según cuenta él mismo en su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, intitulado “Apunte sobre una personalidad”, su sentido de la historia se desarrolló de forma paralela a sus experiencias vitales y a la educación que su padre, Martín Luis Guzmán Rendón, le inculcó y que con el tiempo se consolidó como una clara tendencia ideológica.

Este coronel del ejército era un liberal acérrimo y su cónyuge una creyente católica, por lo que la primera infancia del escritor transcurrió entre dos extremos, lo que no es raro si se piensa que la Iglesia y el Estado eran las instituciones preponderantes en el México decimonónico. Al final, el padre lo acercó a la literatura, y este encuentro, junto con los lugares históricos por los que transitó la familia Guzmán, hasta llegar a la ciudad de México, conformaron la visión del joven que se uniría a la Revolución en 1913.

El águila y la serpiente es el testimonio de su paso por dicho movimiento. Ahí conoció a varios de los jefes que derrocaron a Victoriano Huerta en 1914. A todos ellos los

describió en su novela, según sus impresiones personales. De igual modo, consignó hechos fundamentales como la Convención de Aguascalientes, a la que asistió.

El capítulo dos, “En la Revolución, 1913-1915” está dedicado precisamente a esta novela que, como ya se dijo, constituye un testimonio de los años en que el autor participó activamente en la Revolución. De hecho, Guzmán formó parte del gobierno de la Convención, de sólo unos meses de duración. Apoyó hasta donde pudo al presidente Eulalio Gutiérrez, pero cuando éste salió de la capital junto con los integrantes de su gobierno, no lo acompañó. Antes de hacer lo propio, pero para salir del país, el escritor se encontró por última vez con Francisco Villa, su antiguo jefe.

En este lapso se produjeron hechos determinantes como el mencionado derrocamiento de Victoriano Huerta, la Convención de Aguascalientes y la ruptura entre Villa y Venustiano Carranza. Cuando esto último sucedió y las facciones revolucionarias se confrontaron de nuevo, el escritor se exilió en España y luego en los Estados Unidos, donde permaneció hasta 1920.

El capítulo tres consigna el exilio de Guzmán, quien escribió sus dos primeros libros fuera del país: *La querrela de México* y *A orillas del Hudson*. En *La querrela...*, según se ha planteado en este trabajo, se encuentran explícitas las ideas del autor sobre la historia de México. Su liberalismo está patente. Profesaba un profundo respeto por la época de la Reforma, la cual consideraba un periodo de regeneración del espíritu nacional.

A orillas del Hudson es un libro misceláneo. Se trata de una compilación de artículos, ensayos y textos de creación escritos entre 1916 y 1919; es un puente hacia las novelas, donde Guzmán encontró el medio propicio para narrar lo acontecido durante la Revolución; otro rasgo interesante de este volumen es que le permitió a Guzmán tener otra perspectiva del país que había dejado en 1915.

Volvió en 1920. En poco tiempo se involucró en la política; restableció sus relaciones con sus antiguos compañeros revolucionarios, entre ellos con Adolfo de la Huerta. Su cercanía con el entonces secretario de Hacienda y Crédito Público lo llevó nuevamente al exilio en 1923, cuando se desató una rebelión militar —ahora en contra de Álvaro Obregón—, que sin embargo no prosperó. Esta vez, el autor permaneció en Madrid. Ahí se enteró de la matanza de Huitzilac; escribió entonces *La sombra del caudillo*, que

ficcionaliza dos hechos históricos: la rebelión delahuertista de 1923 y el asesinato de Francisco Serrano y sus adeptos en 1927.

En 1936 se verificó el regreso definitivo del escritor a México. El presidente Lázaro Cárdenas le ofreció garantías para su repatriación. Calles, con quien tuvo problemas por la publicación de *La sombra del caudillo*, había sido expulsado ese mismo año. Este es el tema del cuarto capítulo de la primera parte, “Regreso a México, 1936-1976”.

La segunda parte está dedicada al análisis del libro de marras. El primer capítulo, “‘Tránsito sereno de Porfirio Díaz’: una muerte decorosa”, estudia los elementos literarios del relato citado en el título, cuyas referencias históricas están subordinadas al carácter intimista de la narración. Son los últimos meses del que fuera presidente de México durante más de treinta años. El exilio en París. Su muerte.

El último capítulo, “‘Ineluctable fin de Venustiano Carranza’ o el sino trágico del poder”, centra su atención en el aspecto literario de este relato, el cual determina no sólo su estructura —que sigue el modelo de la tragedia griega— sino también ciertas intervenciones del narrador. También se ha tomado en cuenta el contexto histórico en el que está enmarcado dicho tema: los últimos meses de la presidencia de Venustiano Carranza, quien intentó imponer en 1920 como su sucesor al diplomático Ignacio Bonillas, incondicional suyo pero poco popular en el escenario de la política mexicana, donde figuraban Álvaro Obregón y Pablo González.

En cuanto a las citas, se ha utilizado el sistema Chicago B-15. El año de publicación y el número de página están entre corchetes; la referencia completa de cada libro se presenta en la bibliografía. Las notas al pie son aclaratorias y al principio de cada capítulo hay un breve párrafo explicativo o introductorio.

Por último, cabe señalar que este trabajo ha sido posible gracias al apoyo de las siguientes personas: José Martínez Torres, Antonio Durán Ruiz, Alberto Vital Díaz, Rocío Ortiz Herrera, María Eugenia Claps, Ana Parrilla Albuerne, Juan Manuel Salinas, Lizbeth Ortiz Rodríguez, Alejandro Mijangos, Cesilia Vázquez Pérez y Sergio Nicolás Gutiérrez. De igual modo, fue financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT).

1. Historia y literatura

En la mitología griega, Clío fue considerada la musa de los historiadores. Su hermana Calíope era la musa de los poetas épicos. Walter F. Otto [2005: 31] señala al respecto que “las Musas son tan próximas que a menudo no se las diferencia”; de igual modo, en la Antigüedad Clásica no había como ahora una relación tan compleja entre la historia y la literatura. La *Ilíada*, por ejemplo, era leída o escuchada por los contemporáneos de Homero como una historia verídica; nadie se cuestionaba en ese entonces si los hechos consignados en el poema eran o no ciertos. La convivencia con los dioses parecía algo normal, lo mismo que su intervención en las guerras y en la vida cotidiana de los griegos.

Sin embargo, desde Aristóteles [2000: 34-35], quien estableció en el capítulo IX de su *Poética* la diferencia sustancial entre el historiador y el poeta —que consiste en que el primero relata lo sucedido, en tanto que el segundo se ocupa de lo que pudo suceder— se ha hecho una distinción más clara entre el oficio de historiar y el de ficcionalizar la realidad.

Françoise Perus [2001: 7] menciona que en la actualidad este nexo “se caracteriza por lo ambiguo de sus fronteras y por la multiplicidad de interrogantes que suscita la existencia, real o virtual, de semejantes vínculos”. En este mismo sentido, Enrique Florescano [2014: pár. 3] apunta que a partir de 1967, con la publicación de los ensayos “De la ciencia a la literatura” y “El discurso de la historia” de Roland Barthes, se verificó una polémica internacional en torno a la interpretación de la historia.

En el primer estudio, Barthes [1967/1987: 18-19] considera que la literatura es una ciencia más verdadera que las llamadas humanas (entre ellas, la historia), ya que no sólo mantiene una relación íntima con el lenguaje, sino que es el lenguaje mismo y un tipo de escritura premonitoria, “puesto que todo lo que las ciencias humanas están descubriendo hoy en día [1967], en cualquier orden de cosas, ya sea en el orden sociológico, psicológico, psiquiátrico, lingüístico, etc., la literatura lo ha sabido desde siempre”.

En “El discurso de la historia”, el teórico francés [1967/1987:176-177] cuestiona el estatus que habían alcanzado los relatos históricos: desde el siglo XIX se llegó a ver “en la relación pura y simple de los hechos la mejor prueba de tales hechos” y se instituyó “la narración como significante privilegiado de la realidad”; al delegar la función del

significante en la estructura del relato y no en la realidad misma, la historia no deja de ser un tipo de narración. Para Florescano [2009: párr. 3], a partir de los trabajos de Barthes “el discurso histórico dejó de ser considerado en sí mismo y pasó a ser una forma más de la retórica, un lenguaje”.

Hayden White [2003: 109] afirmó también que las narrativas históricas no son más que “ficciones verbales cuyos contenidos son tanto *inventados* como *encontrados* y cuyas formas tienen más en común con sus homólogas en la literatura que con las de las ciencias”.¹ En su libro *Metahistoria*, White [2014: 9] identifica un tipo de estrategia explicativa utilizada por los historiadores, “explicación por la trama”, generada a partir de “los arquetipos de la novela, la comedia, la tragedia y la sátira”. De igual modo, postula “cuatro modos principales de consciencia histórica con base en la estrategia prefigurativa (tropológica) que imbuye cada uno de ellos: metáfora, sinécdoque, metonimia e ironía” [10].

Florescano [2009: párr. 13] señala que esta idea de White suscitó un nuevo debate; Carlo Ginzburg la criticó porque sólo tomaba en cuenta el acabado final de la obra historiográfica, es decir, sólo se ocupaba del texto. El autor de *Metahistoria* no tomó en cuenta que para llegar a este resultado había que pasar por un proceso de investigación, y para ello el historiador debía consultar todo tipo de fuentes (de archivo, filológicas, estadísticas, etc.), analizarlas e interpretarlas, y llegar así a una conclusión que le permitiera elaborar una narración lo más apagada posible a lo que sucedió en el pasado.

Por su parte, José Saramago [1991/2013: párr. 5] advierte que la historia como ficción “[es] una fórmula que comporta no pocos riesgos”, ya que se podría llegar a la conclusión de que “todo el mundo es ficción, que nosotros mismos somos los productos siempre cambiantes de todas las ficciones, al mismo tiempo autores y personajes de ellas”; la historia, en cambio, necesita de un consenso donde la realidad pasada y la realidad presente no sean reducidas a una mera ficción, ya que en “posesión de los datos recogidos, la segunda tarea del historiador [la primera es refutar la idea de la historia como ficción] sería organizarlos de una manera coherente y de acuerdo con una intención previa, transmitiéndonos, así, una idea de necesidad ineludible [del pasado]” [párr. 7].

¹ Las cursivas son del autor.

Según Saramago, existen diversos puntos en común entre el historiador y el escritor; no sólo se trata de la relación que ambos establecen con el lenguaje ni de su interés por el pasado, sino de su capacidad, empleando cada uno los recursos propios de su oficio, de revelarlo en el presente: “La Historia, y también la Novela que busca como tema fundamental la Historia, son, de alguna manera, viajes a través de aquel tiempo [perdido], tentativas de itinerario, todas con un solo objetivo, siempre igual: el conocimiento de lo que en cada momento vamos siendo” [párr. 22].

No se trata, como sugiere el autor del *Ensayo sobre la ceguera*, de encontrar la verdad absoluta de las cosas, sino de presentar un “itinerario” hacia el pasado, interpretarlo y establecer así una dialéctica con el presente, para tratar de comprender ambas realidades.

2. El oficio de historiar y el de hacer literatura: fuentes, escritura y texto

Aunque el escritor puede trabajar con las mismas fuentes que las del historiador, su manera de asimilarlas y ordenarlas en el texto es distinta. Una obra literaria presenta a su manera la realidad. Por ello dice Mario Vargas Llosa [2002: 16] que “las novelas mienten”, pero “mintiendo, expresan una curiosa verdad, que sólo puede expresarse encubierta, disfrazada de lo que no es”.

Las modificaciones de la realidad en las novelas o en cualquier obra de ficción causan un efecto en el lector; el formalista ruso Viktor Shklovski [1978: 60] llama a esto “singularización”, lo cual consiste en “oscurecer la forma, [...] aumentar la dificultad y la duración de la percepción [de los objetos]”. Se trata de una reacción frente a la “automatización [que] devora los objetos, los hábitos, los muebles, la mujer y el miedo a la guerra” [60]. La vida rutinaria es enajenante; la función de las ficciones, y del arte en general, es sacarnos de ese estupor, mostrarnos los objetos mediante visiones.

Las novelas, continúa Vargas Llosa [2002: 17], no se escriben “para contar la vida sino para transformarla, añadiéndole algo”. Aún las novelas realistas, cuyo propósito era, como explica Roman Jakobson [1978: 71], “reproducir la realidad lo más fielmente posible”, la modificaban, ordenándola. De este modo, la premisa de Stendhal [2008: 101] acerca de que la novela era como un “espejo que paseamos a lo largo del camino”, puede ser refutada por un principio lógico: el espejo sólo es capaz de reproducir un reflejo de la realidad, pero no la realidad misma.

No hay, entonces, una correspondencia completa entre los objetos y su reflejo. Lo mismo sucede con las ficciones. Para Vargas Llosa [2002: 18], la principal diferencia entre la realidad y sus representaciones ficticias está en que al “traducirse en lenguaje, al ser contados, los hechos sufren una profunda modificación”. El lenguaje y, sobre todo, la escritura, tiene una lógica propia, que muchas veces no se corresponde con la lógica de la realidad, si es que ésta la tiene.

Las ficciones ordenan el mundo. Aún las más caóticas lo hacen, y es así porque la realidad es desordenada. Sin embargo, todas deben ceñirse, sin excepción, a una lógica gramatical. Si los escritores la subvierten, como lo han hecho, es con pleno conocimiento de causa: fragmentan el lenguaje, lo deconstruyen y vuelven a ordenarlo. Los grandes renovadores de la lengua castellana han recurrido a otros idiomas para transformarla. Rubén Darío [1986/2013: párr. 9], por ejemplo, dijo que su libro *Azul* lo había escrito “pensando en francés”; con frecuencia mencionó también su admiración “honda e inmensa” por la literatura francesa, en especial por Verlaine, a quien consideraba su maestro.

Jorge Luis Borges, otro renovador de la lengua, decía algo parecido. En una entrevista con Carlos Monge [1999: 356], señaló que el “inglés es mucho más flexible que el castellano, [ya que] permite un juego muy libre de verbos con preposiciones”. Para el escritor guatemalteco Augusto Monterroso [2002: 59], el lenguaje de Borges, “tan conciso, tan elocuente”, era producto “de sus viajes por el inglés y el alemán”. De este modo, dice Monterroso, devolvió a los escritores latinoamericanos “la fe en las posibilidades del ineludible español”.

Las obras historiográficas son diferentes: en ellas el lenguaje es sólo un medio y no un fin en sí mismo. Lo que importa realmente, como sugiere Carlo Ginzburg, es el rigor en la investigación del pasado, el análisis adecuado de las fuentes y la pretensión de objetividad. Este proceso dará como resultado una narración (o, en el caso de algunos trabajos sobre historia económica, una serie de estadísticas) que, en cierto modo, es una versión más o menos fiel de lo que sucedió.

Antes que el lenguaje, está el tiempo. Sergio Fernández Riquelme [2010: 37] afirma que “A través de esta categoría [el tiempo], la Historia sitúa los hechos y explica su impacto en el presente (como experiencias) y en el futuro (como expectativas)”; es uno de

los elementos fundamentales de la reconstrucción historiográfica; el lenguaje, como ya se dijo, es el medio por el cual se concreta dicha reconstrucción, pero se trata de un elemento secundario. Las fuentes, el tiempo y el espacio históricos son, según Fernández Riquelme, los tres más importantes.

Pero estas categorías no son exclusivas de las obras historiográficas. En las ficciones, sobre todo las de tipo histórico, también desempeñan una función sustantiva. La diferencia entre unas y otras es el empleo de la ficcionalización, que consiste en la elaboración de una realidad artificial pero verosímil; según sea el caso, dicho artificio se concreta mediante el lenguaje, no sólo verbal. Las obras historiográficas intentan presentar una versión más o menos fiel del pasado. Las ficciones, una versión creíble o verosímil. Para lograr su propósito, los historiadores se sirven de distintos recursos, como las fuentes de archivo.

Respecto de éstas últimas, Carlos Aguirre y Javier Villa-Flores [2009: 5] mencionan que “lejos de ser depósitos imparciales, los archivos operan a partir de relaciones de autoridad y fuerza que determinan lo que es ‘archivable’ y lo que es ‘accesible’”. Sucede lo mismo con otro tipo de fuentes, como las novelas. Siempre hay un elemento subjetivo, y el historiador no debe perder de vista este hecho durante su investigación.

El escritor, en cambio, sólo consulta los archivos si lo cree pertinente, si el texto realmente se lo exige. Si no, puede ficcionalizar la realidad; crear personajes y hacerlos pasar como personas reales, plantear situaciones imaginarias, hacer que las fechas y los hechos coincidan con su narración, etc; también puede, como apunta Jesús Sánchez Adalid [2008: 48], “rellenar los huecos documentales que deja la historia con conjeturas que sean a la vez narrativamente satisfactorios y verosímiles”, ya que las exigencias de una obra literaria son siempre estéticas.

La literatura toma de la historia los referentes necesarios para cumplir con las exigencias de verosimilitud; sitúa sus personajes en un contexto histórico, incluso como protagonistas de los grandes acontecimientos, pero, como dice Aristóteles, se ocupa siempre de lo que pudo haber sucedido, no de lo que realmente sucedió.

Por su parte, los historiadores han buscado nuevas formas de articular sus discursos. Peter Burke [1996: 304-305] señala por ejemplo que se pueden aprovechar las técnicas

narrativas desarrolladas por los escritores: “Entre estas nuevas formas se halla la micronarración, la narración hacia atrás y los relatos que se desplazan atrás y adelante entre mundos públicos y privados o presentan los mismos acontecimientos desde múltiples puntos de vista”.

Se trata de recursos como la prolepsis y la analepsis, de monólogos interiores y de perspectivas múltiples en la narración, utilizables en un relato histórico y que no afectan en nada sus exigencias académicas, sino al contrario; Truman Capote [cit. en Chillón, 1999: 2010] solía mencionar que la narrativa de las novelas se mueve de manera vertical, “profundizando en el personaje y en los acontecimientos”.

Esta verticalidad, tal como la describe el autor de *A sangre fría*, es un rasgo de la novelística decimonónica, que ha servido como fuente para el tomo IV de la *Historia de la vida privada*, coordinado por George Duby. Las novelas de Stendhal, Balzac, Flaubert y demás maestros del realismo francés han servido para entender mejor la Revolución francesa y la vida privada de la sociedad burguesa del siglo XIX.

Carmen Vázquez [1995:172-173] explica que los personajes de estas novelas fueron “utilizados como prototipos, como es el caso de Emma Bovary, en asuntos relacionados con estrategias matrimoniales y el amor, o el de Naná, para referirse a las cortesanas y al galanteo”. De hecho, el título del volumen se parece mucho a lo dicho por Balzac en una ocasión: “la novela es la historia privada de las naciones”. Esto resulta muy conveniente para los historiadores de la vida cotidiana, cuyas fuentes son de lo más heterogéneo.

En realidad, la historia y la literatura mantienen una relación dialógica. La primera, como ya se ha visto, sigue siendo un relato de acontecimientos y como tal conserva una estructura narrativa: planteamiento, desarrollo y desenlace. Las periodizaciones y cortes temporales deben ajustarse a los puntos de inflexión de los procesos históricos, pero también a los aspectos formales del relato. Tampoco debe olvidarse, como señala Keith Windschuttle [2008: 110], que la historia es “una disciplina que cabalga sobre las humanidades como sobre las ciencias sociales”.

En el plano literario, las formas de narrar son variadas y ofrecen una escala más amplia de posibilidades. *La muerte de Iván Ilich* (1886), de León Tolstoi, inicia con el deceso del protagonista; los capítulos siguientes están dedicados a su vida y, finalmente, a las circunstancias de su muerte. Tolstoi utilizó la prolepsis para alterar el tiempo de la

narración y romper su linealidad, algo parecido a lo que hizo, cien años después, el historiador Norman Davies en su libro *Heart of Europe: a Short History of Poland* (1986).

Lo mismo que las obras literarias, las investigaciones historiográficas se articulan en un ámbito específico de producción. Michel de Certeau [1993: 69] ha señalado que toda obra de investigación historiográfica “se enlaza con un lugar de producción socioeconómica, política y cultural”. A estos agentes externos que influyen en el trabajo del historiador hay que agregar el de la ya mencionada subjetividad, puesta de manifiesto al criticarse los postulados de la historia “objetiva”. De Certeau afirma que “Se probó que toda interpretación histórica depende de un sistema de referencia; que dicho sistema queda como una ‘filosofía’ implícita particular; que al infiltrarse en el trabajo de análisis, organizándolo sin que éste lo advierta, nos remite a la ‘subjetividad’ del autor” [69].

En este mismo sentido, hay que mencionar el fenómeno de la recepción. Refiriéndose a los clásicos, Robert Darnton [1996: 178] señala que su lectura puede resultarnos familiar y extraña a la vez: “Podemos disfrutar de la ilusión de salir fuera del tiempo para establecer contacto con autores que vivieron hace siglos. Pero, aunque sus textos hayan llegado hasta nosotros inalterados [...] nuestra relación con ellos no puede ser la misma que la de los lectores del pasado”. La cercanía se debe a un aspecto propio de la literatura: la universalidad. Esto rompe con cualquier distancia temporal y espacial. Pero la sensación de extrañeza en el lector la produce el enfrentamiento de éste con un mundo o un tiempo desconocidos para él.

La obra misma, al encontrarse en un contexto distinto, puede ser percibida de otra manera. Viktor Shklovski [1978: 56], en su estudio “El arte como artificio”, señala que “el carácter estético de un objeto [...] es el resultado de nuestra manera de percibir”. De este modo, la percepción juega un papel muy importante no sólo en la valoración estética de una obra artística, sino también en su condición misma de objeto estético.

Sucede algo parecido con las obras historiográficas. Éstas son interpretaciones del pasado, versiones más o menos fieles de lo que sucedió y por ello son susceptibles de ser refutadas o confirmadas por trabajos posteriores.

3. La Novela de la Revolución Mexicana: ficción y crítica de la realidad

La novela de la Revolución Mexicana constituye un *corpus* descriptivo pero también crítico del movimiento iniciado en 1910. Antonio Castro Leal [1981: 17] definió a este género como un conjunto de obras narrativas de una extensión mayor a la del cuento largo, inspiradas en las acciones militares y populares, así como en los cambios políticos y sociales que provocaron los diversos movimientos de la Revolución.

Se trata de un conjunto heterogéneo de obras narrativas escritas sobre todo en la primera mitad del siglo XX por autores como Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Rafael L. Urquizo, José Guadalupe de Anda, Rafael F. Muñoz, además de Agustín Yáñez y Juan Rulfo, que cierran el ciclo.

Salvo el caso de *Andrés Pérez, maderista* (1911) de Azuela, los libros más significativos se escribieron varios años después del inicio del conflicto armado. *La sombra del caudillo* de Guzmán apareció en 1929 y fue escrita en el exilio. *Tropa vieja*, de Urquizo, se publicó en 1937, el mismo año que *Los cristeros* de De Anda.

Esta narrativa necesitó entonces de un tiempo razonable para desarrollarse plenamente. La naturaleza caótica de los sucesos debía revelar una verdad profunda. Guzmán, por ejemplo, la encontró en la visión trágica de la muerte de sus personajes, la cual entendió como algo fundamental y determinante, pues la inminencia de este hecho y sus consecuencias futuras revelaría su verdadero significado histórico.

De Anda, por su parte, se centró en el lenguaje: caló hondo en el habla popular y la reprodujo en sus novelas. Los diálogos en *Los cristeros* no parecen afectados y su desenfado está de acuerdo con el vocabulario espontáneo de los personajes, cuyas exclamaciones son irrisorias porque han sido desprovistas de su solemnidad religiosa y son proferidas a la menor provocación. Con nombres como María Engracia, Trinidad, Justo, la narración contribuye a la caracterización de cada personaje. Éstos son marcados desde el inicio por una especie de fatalidad similar a la que es enfrentado Ignacio Aguirre, el protagonista de *La sombra del caudillo*, y que finalmente lo arruina.

Aunque la novela de De Anda está sumida en un entorno trágico, la comicidad y el humor negro que la impregnan hacen un contrapeso y la emparentan más al género híbrido de la tragicomedia. La risa es sólo un analgésico, por lo que en poco tiempo el lector será

consciente del realismo crudo con que son narrados los sucesos de la llamada Guerra Cristera.

Para Cedomil Goic [1992: 199-200], además de los autores mexicanos citados más arriba, también pueden considerarse en este *corpus* escritores extranjeros como Graham Greene y Emmanuel Roblès, “que [en *The Power and the Glory* (1946) y *Les Couteaux* (1956), respectivamente] se refieren a la persecución religiosa durante el periodo de Calles, en la región de Tabasco, gobernada por Tomás Garrido Canabal”.

Cabe mencionar también que el carácter icónico de *Los de abajo*, considerada la obra precursora del género, fue producto de una polémica iniciada el 20 de diciembre de 1924 por el dramaturgo Julio Jiménez Rueda en su artículo “El afeminamiento de la literatura mexicana” y la réplica de Francisco Monterde, “Existe una literatura mexicana viril”. En medio de esta discusión y bajo los criterios de virilidad y afeminamiento, la narrativa adquirió un carácter propagandístico; la literatura y el arte revolucionario en general trascendieron ese papel secundario, ya que, como explica Alejandro Ortiz Bullé Goyri [2007: 18], “los artistas mexicanos lograron amalgamar tradición y vanguardia en sus propuestas formales” y, además, asumieron una postura crítica frente a la Revolución.

Los “afeminados” eran los miembros del grupo de jóvenes intelectuales, algunos homosexuales, denominado los Contemporáneos por la revista del mismo nombre que publicaron de 1928 a 1931. Para el historiador José Luis Martínez [2000: párr. 1], el núcleo de este conjunto lo conformaron nueve escritores: Carlos Pellicer, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo, José Gorostiza, Jaime Torres Bodet, Xavier Villaurrutia, Jorge Cuesta, Salvador Novo y Gilberto Owen.

Gabriel Bernal Granados [2009: párr. 1] señala que ellos mismos se presentaban como el “grupo sin grupo”, expresión con la que Xavier Villaurrutia se refirió a sí mismo y a sus compañeros, “con un dejo de ironía y de soberbia”. Al mismo tiempo rompieron con una tradición que, con la Revolución, estaba tomando un nuevo impulso: la exaltación de los valores nacionales y de lo mexicano, de la tan llevada y traída virilidad de la literatura nacional.

Sin embargo, como señala Manuel Durán [1973: 26], fueron los Contemporáneos quienes marcaron “la línea central, el camino más factible, que la literatura mexicana podía

y debía seguir”. La otra posibilidad, la de la Novela de la Revolución Mexicana, representada por Mariano Azuela y sustentada en el realismo literario, estaba, según aquéllos, agotada y superada.

La literatura posterior a los Contemporáneos sigue la línea trazada por ellos; el arte mexicano en general se volvió cosmopolita. En 1940, dice Armando Pereira [1997: 13], “el muralismo mexicano [...] había producido ya la parte medular de su obra y empezaba a perder terreno frente a las manifestaciones pictóricas de carácter marcadamente vanguardista”. En literatura, *Al filo del agua* (1947) de Agustín Yáñez y los dos libros de Juan Rulfo, *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955), concluyeron la zaga de la literatura de la Revolución concentrada en el campo mexicano. Los libros posteriores, en especial *La región más transparente* (1958) de Carlos Fuentes, dejan de lado el campo y se concentran en la ciudad.

Entre los escritores de la Revolución Mexicana, Martín Luis Guzmán destaca tanto por su calidad como por su afán de conjuntar historia y ficción. Antes de su primera novela, este autor ya había incursionado en el campo de las reflexiones históricas. *La querrela de México* es un ensayo de síntesis histórica, donde, para exponer los males de la sociedad mexicana de la época, en pleno desarrollo de la Revolución, Guzmán hace un análisis retrospectivo y sintetiza procesos históricos para encontrar una continuidad temporal y explicar así la conformación del espíritu mexicano.

En tanto que en *El águila y la serpiente* se articulan sucesos que han trascendido por su carácter histórico y elementos de la ficción narrativa. El resultado es una obra compleja donde aparecen en actividad los principales actores de la Revolución constitucionalista; el derrocamiento de Victoriano Huerta en 1914, la Convención de Aguascalientes del mismo año, el gobierno a cargo de Eulalio Gutiérrez y la posterior lucha de facciones, todo visto desde una perspectiva muy personal.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1: La brújula apunta hacia el norte

Martín Luis Guzmán fue el más longevo de los miembros del Ateneo de la Juventud, al que no perteneció del todo. Vivió tres procesos históricos: el Porfiriato, la Revolución y la etapa posrevolucionaria. Se trata de un personaje ambiguo cuya biografía se funde a menudo con la vida del protagonista de su novela *El águila y la serpiente* —del mismo nombre y con los mismos rasgos físicos—. Respecto del título de ésta, puede tomarse el símbolo que representa la pugna entre dos criaturas disímiles para entender la complejidad de la vida y la obra de un escritor que, conscientemente, se empeñó siempre en establecer una dialéctica entre la realidad y la ficción. El título de este capítulo, “La brújula apunta hacia el norte”, ha sido tomado de una experiencia vital que marcó al autor del tal modo que en su escritorio podía verse uno de estos artefactos, mostrándole la dirección que debía seguir. Asimismo, cabe señalar que se ha hecho énfasis en el lapso de 1913 a 1915, cuando Guzmán incursionó en la Revolución, pues de allí emana casi toda su literatura.

1.1 A la sombra de Porfirio Díaz

El 16 de octubre de 1887 nació Martín Luis Guzmán Franco, en la capital de Chihuahua, en el número 5 de la calle de La libertad. Su padre, Martín L. Guzmán Rendón —Luis era su segundo nombre, pero firmaba sólo con la inicial—, fue un militar porfirista con grado de coronel; su madre, Carmen Franco Terrazas, era pariente del terrateniente Luis Terrazas, sin que este vínculo beneficiara su posición social ni su economía, pues fue una de tantas descendientes de este patriarca político. Mes y medio después del nacimiento del primer varón, la familia, cada vez más numerosa, ya no estaba en Chihuahua.

De hecho, la estancia de los Guzmán en uno u otro lugar dependía de las actividades del coronel Martín L., quien ahora pertenecía al Vigésimo Primer Batallón de la ciudad de México; también se había establecido en una pequeña casa ubicada en Tacubaya, número 242 de la calle la Joya. Poco después, Carmen Franco y sus dos hijos (un año antes que Martín Luis había nacido Carmen Isabel, la primogénita) se fueron a vivir con él.

Hacia finales de los ochenta del siglo XIX, el gobierno porfirista ya se había convertido en un régimen bastante sólido. Tomando en cuenta la división que han hecho los historiadores del periodo, Arnaldo Moya [2007: 159-160] señala que la etapa inicial del Porfiriato se extiende entre 1876-1888, la segunda de 1889 a 1899 y la tercera abarca la primera década del siglo XX. Las primeras dos corresponden a la consolidación y al esplendor del régimen, respectivamente, y la última es una fase de crisis cada vez más constantes y graves según se va acercando el año de 1910.

Dicho periodo de decadencia estuvo precedido por problemas de menor proporción que el gobierno solucionó o sobrellevó sin grandes complicaciones. Uno de ellos fue el cambio de actitud que, según Manuel Ceballos Ramírez [1983: 7], se operó gradualmente en los católicos mexicanos luego de que el papa León XIII promulgara en 1891 la encíclica *Rerum novarum*.² A partir de ahí los integrantes de este sector dirigieron sus acciones mediante la doctrina del catolicismo social, y al percatarse de la situación de los obreros y los campesinos, decidieron actuar por su cuenta y criticar el sistema financiero del régimen.

Ralph Roeder [1996: 7] menciona al respecto que la Iglesia católica ya se había inconformado antes con la iniciativa del Congreso Pedagógico, que pretendía, conforme a una ley adoptada por el Congreso en 1888, establecer la instrucción primaria obligatoria, gratuita y laica. Esta última iniciativa molestó a los católicos, que sin embargo se cuidaban de no criticar a Díaz directamente, sino a ciertos elementos de su gobierno.

Aunque esta disputa no pasó a mayores, tampoco se debe menospreciar el hecho de que había querellas entre el gobierno y algunos sectores como el de la Iglesia, pues mostraba una versión distinta a la del discurso oficial: además de los bellos edificios afrancesados que se erigían en la ciudad de México, donde don Porfirio se hacía acompañar de caballeros con sombreros de copa y bigotes engominados, había otra realidad, la del campo, donde la visión de la casa grande y de los sembradíos de algodón, café o lo que se produjese en la respectiva hacienda, traía consigo la de un sistema de producción basado en el abuso de su fuerza de trabajo.

² La *Rerum novarum* fue la primera encíclica que se refirió a los problemas que surgieron a partir de las sociedades industrializadas. En ella se reconoce, entre otras cosas, la “dignidad” de los obreros y sus derechos laborales, así como su libertad para cumplir los deberes religiosos.

El régimen, sin embargo, parecía empeñado en mantener este modelo; continuaba con el acelerado proceso de transformación que se estaba verificando en la economía del país, cada vez más dependiente del entorno económico internacional. Además, era lo suficientemente sólido como para tolerar las tibias críticas de la Iglesia.

Por otra parte, la fama que precedía a Díaz de gran militar y caudillo defensor de la patria debía ser respaldada por un aspecto de su personalidad que no había mostrado en toda su magnitud: su habilidad como político y como gobernante. Sus predecesores Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada habían instaurado un gobierno central fuerte pero no habían podido o no habían tenido tiempo de integrar al resto del país bajo ese sistema de poder político.

Díaz se relacionó con los caudillos regionales; su estrategia fue una combinación de métodos pacíficos, de negociaciones y de represión. Al respecto de esto último, sólo hay que recordar que el intento de rebelión de los lerdistas en Veracruz, terminó, como menciona Brian Hamnett [2002: 217], con el fusilamiento de nueve civiles.

En los años subsiguientes, consolidó su poder y asumió el control del gobierno con bastante efectividad. El desorden en que se encontraba el país, del cual da testimonio la misionera protestante Melinda Rankin [1875/2008] en su libro *Veinte años entre los mexicanos*, había mudado en la integración política del país.

En 1890 había logrado ejecutar un movimiento definitivo no sólo para la consolidación de su gobierno, sino también para que éste se perpetuara: el 29 de abril la Cámara de Diputados aprobó una reforma constitucional que permitía la reelección indefinida del presidente y los gobernadores; ésta fue enviada al Senado, que, por supuesto, ratificó la aprobación.

Este logro era un arma de doble filo: ¿no había sido él mismo quien, en 1876, tras el intento reeleccionista de Sebastián Lerdo, había adoptado el lema “Sufragio efectivo, no reelección”? Nadie sospechaba que treinta y cuatro años después, un burgués de estatura modesta usaría esta misma proclama para hundir al régimen político que se había establecido bajo la inoperancia de este principio.

La segunda etapa del Porfiriato inicia entre 1888 y 1890. Luis Garrido [2005: 27] menciona que dos años después el presidente había aceptado la conformación de la llamada Unión Liberal, el partido que supuestamente representaba una alternativa política, pero que

estaba claramente afiliado al régimen. El nombre popular de Unión Liberal fue el de “Partido científico”, ya que “los dirigentes de la nueva formación adoptaron el positivismo, pretendiendo encontrarle fundamentos ‘científicos’ al gobierno de Díaz”. En la Convención Nacional Liberal de 1892, los Científicos dieron a conocer el 23 de abril un manifiesto “a favor de la reelección”.

En opinión de Angélica Vázquez [2013: párr. 10], este manifiesto era también “un proyecto de gobierno que se ocupa de los distintos ramos de la administración, tocando tópicos como el de las alcabalas o la reorganización del ramo de guerra y la disminución de su presupuesto”. Está claro, como indica abiertamente el título del documento, que el propósito de éste era justificar la existencia del régimen, de un gobierno sólido que fuera capaz de mantener el orden, antaño precario, para así poder establecer un proyecto orientado hacia el progreso material y cultural del país. Esta misma Convención había elegido como su candidato al presidente Díaz, que buscaba reelegirse de nuevo.

Al respecto, Ralph Roeder [1996: 111] sostiene que con la cuarta reelección de Díaz, en 1896, dio también inicio el “gobierno” de José Yves Limantour, uno de los más destacados Científicos, quien se desempeñaba desde 1893 como secretario de Hacienda y Crédito Público. Roeder distingue una especie de “dictadura doble” que concentra el poder político en manos del general Díaz y la administración del gobierno en el talento financiero de Limantour.

1.2 Una infancia errante pero decisiva

Con motivo de su ingreso como miembro de número a la Academia Mexicana de la Lengua, Martín Luis Guzmán pronunció un discurso intitulado “Apunte sobre una personalidad” (1954), donde además de inferirse el estilo evocativo y recreativo que empleara en otro de sus trabajos de corte biográfico, *Javier Mina, héroe de España y de México* (1932), el escritor aporta claves para entender su vida y su obra, aspectos que, como bien dice Julio Patán [2009: 9], son “un todo irremediabilmente unido, compacto”.

De igual modo, su filiación con la historia y con la literatura, ambos campos de gran relevancia en su narrativa, se explica en términos casi idílicos. La infancia, al principio errante, transcurrió entre paisajes y visiones de un marcado carácter histórico. Según cuenta

el escritor, de niño observaba desde su casa en Tacubaya —para él “una villa rústica y señorial”— el castillo de Chapultepec, e imaginaba la presencia inasible de Porfirio Díaz.³

Siguiendo esta misma línea, varios episodios acaecidos en la primera infancia determinarían su personalidad, y aun su pensamiento político. Por ejemplo, cuando el coronel Guzmán, a propósito de la muerte del escritor Guillermo Prieto, le habló de Juárez, “el mayor de todos los liberales”, esta ideología quedó marcada de por vida en el pequeño Martín Luis, quien recordará constantemente las palabras de su padre.

Más tarde, en una de sus últimas charlas, el coronel le mostró unas fotografías de revolucionarios a quienes debía combatir. El comentario que vino después, “esta no es la mala yerba”, y la parábola de la brújula, son dos referentes en la vida del escritor que, muchos años después, envejecido y prestigiado, conservaba en su escritorio uno de estos artefactos (la brújula) para mostrarle siempre el norte simbólico que debía seguir.

Cuando Guzmán tenía once años, en 1898, su familia se trasladó a Veracruz. Ahí, en el puerto, mientras evocaba imágenes marítimas, como dice en la citada conferencia de 1954, volvió a tener consciencia de la historia, siempre inherente a los lugares que observaba: su estancia en el puerto lo hacía imaginar el viaje de Cristóbal Colón y la llegada de Hernán Cortés, fundador de esa ciudad. Junto con estos recuerdos percibía también la herencia hispánica, presente no sólo en el lenguaje, sino en la constitución misma de lo mexicano.

Sin embargo, era demasiado pronto para advertir tales influencias en toda su magnitud. Entre tanto, el futuro escritor asistía a la Biblioteca Pública de Veracruz. Además de clásicos como *El Decamerón* de Bocaccio, al que sólo recuerda de forma anecdótica, y un acervo de libros infantiles que ya conocía, leyó también a Victor Hugo, Rousseau, Pérez Galdós y, por supuesto, la primera historia general de México escrita por mexicanos: *México a través de los siglos*, entre otros títulos que excitaron su “inteligencia y las dudas del mundo en que había nacido”.

La escuela pública, laica, estableció la antítesis de su anterior cercanía con el ambiente religioso. Su idea del mundo, rudimento que con el tiempo maduró hasta

³ Las citas sin referencia pertenecen al discurso de Guzmán [1954 / 2013: 457-481].

convertirse en una visión propia de la realidad, empezaba a nutrirse con el laicismo y pronto se encausó en otras vertientes como el civismo, término que sus maestros de la escuela repetían y que él asimiló sin complicaciones.

La carrera periodística de Martín Luis Guzmán tuvo un inicio precoz. A los catorce años editó, junto con su compañero de escuela Feliciano Prado, una hoja quincenal llamada *La Juventud*. Cuenta Guzmán [2013: 467-468] a propósito de esta publicación:

La empresa editorial no duró arriba de cuatro o seis meses, e igual suerte habrían de correr otras semejantes. Pero gracias a esas aventuras, que no por breves o precoces eran menos definitivas dentro de su significado espiritual, el adolescente iba formándose y quedando apto para pisar con pie firme los umbrales de la juventud, esa juventud que propugnaban las incipientes columnas de su periodiquito. Sus directrices más hondas están hechas. Podían asaltarle aún, como infinitas veces le asaltaron y seguirían asaltándole y desasosegándolo, dudas e interrogaciones, pero serían las interrogaciones del conocimiento, las dudas de la elección, no las del impulso de la voluntad.

Cabe observar, además del recurso empleado por el escritor para referirse a sí mismo, empleando la tercera persona gramatical, que las reflexiones que hace sobre sus primeros años de formación resultan acertadas. Como ya se ha visto, su infancia está marcada por una intuición histórica que se desarrollará paralelamente con su afición literaria. Ésta, a su vez, se convertirá en una profesión. Y ambos elementos, lo mismo que su vida y su obra, son un todo orgánico, estrechamente relacionado.

Asimismo, la estadía en Veracruz, “cuna de las leyes de Reforma y comunidad todavía entonces embebida en el ideario de Benito Juárez”, fue decisiva para terminar de amalgamar su ideología y su sentido cívico. El primer periódico, *La Juventud*, lo inició en una práctica que lo acompañaría el resto de su vida. Otro aspecto, la trashumancia de sus primeros años, condicionada por la carrera militar de su padre, está relacionado con uno de sus libros, *El águila y la serpiente* (1928), donde el protagonista, *alter ego* del autor, emprende un viaje para unirse al constitucionalismo y pasa de una facción a otra — situación que, por lo demás, era bastante común en la Revolución— siguiendo un trayecto errático que lo llevará al exilio en 1915.

1.3 La Escuela Nacional Preparatoria

La Escuela Nacional Preparatoria, fundada por Gabino Barreda y sustentada en el positivismo de Auguste Comte, fue el destino inmediato del autor. La estricta nómina de materias que ofrecía esta escuela fue complementada por el estudiante con el conocimiento de Platón. Este acercamiento a la cultura clásica tendrá continuidad cuando, años después, influido por el erudito Pedro Henríquez Ureña, su mentor durante algún tiempo, siguiera un riguroso programa de lecturas el cual se inclinaba hacia el clasicismo y las humanidades.

El escritor [2013: 471-472] menciona que en este periodo de su vida hubo dos hechos que lo marcaron. El primero sucedió en 1908: los alumnos de su escuela, incluido él y los de otras instituciones educativas, dispusieron una procesión de antorchas para conmemorar el centenario de la Independencia. Los organizadores se dirigieron a las autoridades escolares, quienes a su vez remitieron la petición a sus superiores. Todos ellos contestaban que no había problema con dicho acto, pero que “tenían que consultar”. Así, por conducto del ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Justo Sierra, la solicitud llegó a oídos del presidente, quien decidió entrevistarse con los jóvenes.

El encuentro personal con Porfirio Díaz, aquel a quien el niño imaginaba como una presencia fulgurante e inasible, fue para el joven una manifestación cruda de la realidad, sin que mediara esta vez la imaginación infantil, esfumándose al instante la imagen idealizada que tenía de este personaje.

El presidente accedió a la petición. Los estudiantes realizarían su procesión de antorchas, pero les advirtió: “hagan su desfile y digan sus discursos; pero tengan cuidado, mucho cuidado; porque hay en este pueblo atavismos dormidos que, si alguna vez despiertan, no surgirá ya quien sepa someterlos”.

Cabe anotar lo siguiente: las palabras que le atribuye Guzmán a Díaz y la anécdota donde él mismo se adjudica una suspicacia fuera de lo común, semejante a la que muestra el protagonista de *El águila y la serpiente* cuando conoce a cada uno de los jefes del movimiento revolucionario, contienen cierto efecto retórico, es decir, una elaboración narrativa que intenta persuadir al lector sobre lo que se dice, y no dejan de revelar el afán del escritor por sublimar la realidad, en especial la suya.

En opinión de Susana Quintanilla [2009: 77], la respuesta de Díaz es tan poco probable como la reflexión posterior del joven Guzmán [2013: 472]: “Los atavismos mexicanos que por orden de Porfirio Díaz no deben salir del sueño son el ansia que la nación siente por encontrarse a sí misma”.

1.4 El Ateneo distante (experiencias intelectuales)

Al concluir sus estudios en la Preparatoria, Martín Luis Guzmán ingresó a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, donde encontró, además de un ambiente propicio para sus intereses intelectuales, una agitación que no sólo obedecía al impulso juvenil de sus compañeros. Esto tenía que ver, a su vez, con el otro suceso que influyó en su conducta, mencionado antes: la conversación que Guzmán [2013: 472], en ese entonces escribiente en el consulado de México en Phoenix, sostuvo con su padre antes de que éste falleciera en 1910.

El coronel Martín L. Guzmán Rendón le dio unas fotografías a su hijo —eran las mismas que hacía poco le habían entregado los terratenientes de Chihuahua para que pudiese reconocer a los bandidos y así fusilarlos al instante—, añadiendo: “no creo que sea ésa la mala yerba”. Estas palabras calaron hondo y determinaron el norte que el escritor seguiría durante los próximos años, no sin titubeos, ya que antes de haber sido delegado en Chihuahua del Partido Liberal Constitucionalista, formó parte del Club Reeleccionista en 1909.

Hay que decir que esta etapa de la vida de Martín Luis Guzmán está caracterizada por una errancia que lo llevó a organizaciones políticas disímiles, con posturas completamente contrarias. Lo mismo puede verse en *El águila y la serpiente*, crónica de sus peripecias en el movimiento constitucionalista, donde el protagonista pasa de una facción a otra, primero como subordinado de Carranza y de uno de sus generales, Ramón F. Iturbe, del que se separó después de distanciarse del Primer Jefe; recibió luego ofrecimientos de los obregonistas, pero la mala impresión que tuvo del caudillo sonorenses lo inclinó hacia la facción villista, a cuyo jefe, Pancho Villa, terminaría dejando para unirse al gobierno de Eulalio Gutiérrez.

Aunque puede decirse que el escritor no dejó de moverse en una misma dirección, su trayecto hacia el norte simbólico fue siempre errático, modificado a veces por fuerzas

impersonales y entendible por la convulsión del segundo periodo de la Revolución, donde el poder cambiaba de manos con bastante frecuencia.

En medio de una agitación similar se creó el 28 de octubre de 1909 el Ateneo de la Juventud. La importancia que con los años tuvo la figura de Guzmán y su filiación con este importante grupo de intelectuales ha hecho pensar que conformó, junto con Henríquez Ureña, Vasconcelos y Reyes, el núcleo más íntimo del Ateneo.

En realidad no fue así. Como se sabe, el antecedente cultural del Ateneo es la serie de revistas literarias que se sucedieron desde la *Revista Azul* (1894-1896) de Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo, pasando por la *Revista Moderna* (1898-1907), su continuadora la *Revista Moderna de México* (1903-1911) y finalmente la revista *Savia Moderna*, fundada por Alfonso Cravioto en 1906, donde Pedro Henríquez Ureña fue secretario de redacción; aunque los ateneístas no fundaron ninguna revista, se dedicaron a impartir conferencias. De hecho, varios de ellos participaron en la Sociedad de Conferencias, constituida en 1907 con el afán de difundir las nuevas corrientes del pensamiento moderno.

Al respecto, Alfonso García Morales [1992: 61] menciona que el primer ciclo de presentaciones de la Sociedad se llevó a cabo en el Casino de la Colonia Santa María de la Ribera, “un centro social de clase media alta, formado por las familias de profesionales liberales, altos funcionarios y rentistas, que brindó su salón a los jóvenes”. Guzmán no se encontraba entre éstos, pues estaba ocupado en tareas que nada tenían que ver con la difusión de la alta cultura.

Pero los integrantes de la Sociedad ya sabían de él; uno de ellos había escuchado su discurso sobre José María Morelos en la celebración del centenario de la Independencia. Le pareció que el joven tenía madera para formar parte de su agrupación. Lo llevó con Henríquez Ureña, censor de la Sociedad, y éste decidió que no estaba preparado todavía para impartir alguna conferencia.

Guzmán asistió a las ponencias pero en cuanto éstas terminaban iba a casa de Ana West, su futura esposa; veía desde lejos al grupo de jóvenes del que quería formar parte,

entre los que estaba Alfonso Reyes, al conocía de la Escuela Nacional Preparatoria. Éste le devolvía la mirada y decía algo a sus amigos, quienes se reían del comentario.⁴

En este sentido, Carlos Betancourt [2009: párr. 1] menciona que las relaciones entre los ateneístas “se convirtieron en vivencias que exteriorizaron en encuentros y desencuentros” que pueden inferirse en su obra respectiva. Por ejemplo, el personaje de nombre Rigoletto que aparece en *La tormenta* de José Vasconcelos [2011: 278] es Martín Luis Guzmán; el autor del sobrenombre fue Antonio I. Villareal, quien lo llamaba así “por causa de una ligera corcova en la espalda y por las malas pasadas que nos jugó a los dos, de diferente manera”. Rigoletto, continúa Vasconcelos, “era de rostro muy atractivo, con fulgor de inteligencia y malicia en su mirada de ojos azules, bajito de cuerpo, blanco y más bien robusto”. En la ópera homónima de Giuseppe Verdi, basada en *El rey se divierte* de Victor Hugo, este personaje es el contrahecho bufón del duque de Mantua.

La mala pasada que Guzmán le jugó a Vasconcelos [2011: 294-297] la cuenta él mismo en sus memorias, donde ridiculiza al autor de *La sombra del caudillo*. Aunque en las entrevistas con Emmanuel Carballo [2003: 60] cada uno se refiere con encomio del otro, la relación que tuvieron fue en ocasiones ríspida. Para Guzmán, la obra de Vasconcelos “es como él mismo: grande en sus errores, grande en sus aciertos, inmensurable en sus contradicciones, en sus injusticias”.

Vasconcelos, por su parte, consideraba a *La sombra del caudillo* “la mejor obra que produjo la novela de la Revolución” [9] y a su autor, igual que él, un hombre de ideas, dueño de un estilo “delicioso” y correcto. Al parecer, las diferencias personales entre ambos escritores se resolvieron en el plano de la literatura.

Con Alfonso Reyes sucedió algo parecido. Como ya se dijo, conoció a Guzmán en la Escuela Nacional Preparatoria; además de la afición por las letras y por el conocimiento humanístico, ambos tenían en común el oficio de los padres. El general Bernardo Reyes era un reconocido militar, gobernador de Nuevo León, al que no pocos consideraban el sucesor idóneo de Porfirio Díaz; Martín L. Rendón ostentaba un grado y una fama mucho más modestos: era coronel y fungía como instructor en el Colegio Militar.

⁴ Para saber más sobre las actividades de Guzmán durante este periodo, véase el libro *A salto de mata. Martín Luis Guzmán en la Revolución mexicana*, consignado en la bibliografía. Los datos biográficos citados fueron tomados de este volumen.

Si bien sus hijos no eran los mejores amigos, por lo menos se conocían. Esto sucedió, según Juan Antonio Rosado [2005: 210], en 1905. Reyes era dos años menor que Guzmán, pero su afición de escritor se consolidó mucho más temprano. En ese mismo año había publicado unos sonetos en el diario *El Espectador* de Monterrey, mientras que su compañero se conformaba con entregar sus tareas escolares.

En realidad, Guzmán tardó un poco más en publicar su primer libro. Cuando Pedro Henríquez Ureña llegó a México en 1906, ya habían aparecido sus *Ensayos críticos* (1905). Reyes publicaba en diarios de Monterrey y de la capital; también participaba en las actividades de la Escuela Nacional Preparatoria, pronunciando discursos. Incluso después de la fundación del Ateneo de la Juventud en 1909, el autor de *El águila y la serpiente* no figuraba en la nómina de ateneístas; tampoco había publicado, salvo pequeños ensayos que no tomó en cuenta en sus *Obras completas* de 1963, algo relevante.

Los ateneístas no lo excluyeron. Más bien, Guzmán orbitaba en torno a ellos, entraba y salía del grupo. Se casó con Ana West el mismo año en que se creó el Ateneo. Gracias a la mediación de su maestro Victoriano Salado Álvarez consiguió un trabajo en el consulado de México en Phoenix, Arizona. Era un empleo modesto: trabajaría como escribiente en la oficina del cónsul. Sin embargo, la noticia de que su padre había sido herido en combate lo hizo regresar. Todavía pudo hablar con él por última vez; tras su muerte, el escritor debió hacerse cargo de su madre y sus hermanos.

En 1911 había entrado por fin al Ateneo de la Juventud. El 24 de noviembre de 1912 participó en el homenaje que el nuevo gobierno organizó en honor a Aquiles Serdán; pronunció un discurso en la plaza de Villamil de la ciudad de México,⁵ donde compartió el estrado con Francisco Madero y Luis Cabrera.

Guzmán [2010: 488] habló en esa ocasión sobre la novedad de la Revolución y la necesidad de honrar también a quienes defendieron la causa contraria, entre los que se encontraba el coronel Martín L. Guzmán Rendón. Dijo que era necesario un monumento común “A los muertos de la Revolución” [490]. Fue un emotivo discurso pronunciado por alguien que había perdido a su padre en 1910.

⁵ En la edición reciente de las *Obras completas* (2010) de Guzmán, este discurso aparece con el título “Federales y revolucionarios”, en “Otras páginas”. Originalmente fue publicado por *El imparcial* del 27 de noviembre

Reyes también resintió los efectos de la Revolución. Don Bernardo permanecía fiel a Porfirio Díaz y al régimen. No tardó en sublevarse contra Madero. El 16 de noviembre proclamó el Plan de la Soledad; en éste se desconocía las elecciones donde Madero y Pino Suárez habían sido electos y se proponía a Reyes como presidente provisional. Según Javier Garciadiego [2005: 135-136], el Plan fue dado a conocer en la ciudad de San Antonio, Texas, pero la rebelión no prosperó; el gobierno estadounidense desmanteló la conspiración y cuando el general Bernardo Reyes llegó a México se dio cuenta de que no contaba con los hombres ni los medios suficientes para derrocar a Madero y se rindió en Linares, Nuevo León.

Fue llevado a la prisión de Santiago Tlatelolco. Poco después, escapó junto con su hijo Rodolfo y el general Félix Díaz, quien se había levantado en armas en Veracruz el 16 de octubre, también sin éxito. José Manuel Villalpando [2009: 17] cuenta que desde sus respectivas prisiones, Reyes y Díaz habían ideado una nueva sublevación: “encontraron apoyo en los generales Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz, así como en otros muchos oficiales del ejército”.

Martín Luis Guzmán narró lo sucedido en *Febrero de 1913*, que al parecer quedó inconcluso, pues termina cuando Lauro Villar entrega su cargo a Victoriano Huerta, cuya traición sólo está sugerida. Por su parte, Reyes escribió su *Oración del 9 de febrero* (1930).

El asesinato de Madero y la llegada de Huerta al poder afectaron de distinta manera a ambos escritores. Guzmán se unió a la Revolución y Reyes se exilió en España cuando el nuevo presidente solicitó sus servicios. En 1915, el hijo del coronel Rendón haría lo propio. En ese año publicó también su primer libro y se encargó de que sus compañeros del Ateneo y sus amigos lo recibieran. Carlos Betancourt [2010: 13] recupera algunas cartas de contestación al envío de Guzmán. La del pintor Diego Rivera, fechada el 2 de febrero de 1916, es una de las más entusiastas; en ella dice que el autor es “el primer mexicano que se atreve a imprimir serenamente la verdad que ha de saber a genciana a amigos y enemigos”. Castro Leal dijo algo parecido en una carta de 1917, donde el libro de Guzmán era, al principio, “más raro que los incunables y se le miraba con el temor que se pudiera tener a un explosivo peligroso” [12]. Poco después, *La querrela de México* podía verse en las estanterías de las principales librerías de la ciudad de México.

Pero el relativo éxito de ese primer libro fue opacado por la recepción aún más favorable de *Él águila y la serpiente*. Con esta novela Guzmán dio por fin el paso que sus amigos habían dado desde hace tiempo; confirmó la buena estima que le tenían Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, dos de los más cultos ateneístas. A la novela mencionada siguió *La sombra del caudillo* y su confirmación como uno de los mejores escritores de su generación.

Sin embargo, la publicación de estas dos novelas, e incluso la de su primer libro, es posterior la vida del Ateneo, al cual ingresó, como ya se dijo, en 1911. En verdad, su participación en este grupo no es muy clara. La idea de que Guzmán perteneció al círculo más íntimo tampoco es cierta. De igual modo, su relación con Henríquez Ureña, Vasconcelos y el mismo Reyes fue algo inconsistente. Sólo puede decirse que mantuvo una relación duradera, pero tampoco exenta de desencuentros, con este último. El Ateneo permaneció hasta 1914. Un año antes, Guzmán había ingresado a la Revolución.

Capítulo 2: En la Revolución, 1913-1915

Durante su segundo exilio, Martín Luis Guzmán escribió uno de sus libros más notables, *El águila y la serpiente*.⁶ Éste es un testimonio de sus andanzas revolucionarias en el movimiento constitucionalista, en el que participó de 1913 a 1915, al tiempo que constituye un análisis crítico de los acontecimientos y de los personajes sobresalientes de esta fase de la Revolución Mexicana. En este capítulo se consignan los encuentros que tuvo el autor con dichos personajes y se retoma la narración para entender los hechos en los cuales participó o de los que fue testigo, así como los que transcurrieron en el lapso arriba mencionado y que Guzmán, porque el texto así se lo exigía, dejó de lado.

2.1 La Revolución de 1910

El primer decenio del siglo XX fue el último lapso del Porfiriato. Los historiadores coinciden al señalar que fue una época de alteraciones, o más bien, donde los cambios que se verificaron durante el gobierno de Díaz influyeron de forma significativa en la transformación de México. Sin embargo, nadie esperaba que el nuevo estado de las cosas propiciara la caída del régimen. Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer [2010: 11] consignan los testimonios del ministro alemán Karl Bunz, que en 1909 estaba seguro de que no había la posibilidad de una revolución, y del industrial estadounidense Andrew Carnegie, quien pensaba lo mismo en 1910.

Según estos autores, el país no sólo había experimentado una serie de cambios en las últimas décadas, sino que su constitución presentaba un desfase entre elementos disímiles, como la utopía liberal de la Reforma y la oligarquía “caciquil y autoritaria” que se había establecido en su lugar durante más de treinta años. Era también una “sociedad católica, ranchera e indígena” [11], con una burocracia emergente y una clase media que

⁶ También escribió *La sombra del caudillo*, otro libro de gran calidad y que constituye, junto con *El águila y la serpiente*, *Memorias de Pancho Villa* y *Muertes históricas*, el centro de la obra del autor.

empezaba a hacerse un lugar entre las demás clases sociales, donde se encontraba también el sector obrero, visible a partir de las huelgas de Cananea (1906) y Río Blanco (1907).

La entrevista de Porfirio Díaz con James Creelman (1908) suscitó un entusiasmo que confirma el grado de transformación que había alcanzado el país. Hacía falta un cambio político; se hablaba de alternativas, y una de ellas era la de Bernardo Reyes, considerado el sucesor idóneo del presidente. Pero “Reyes cedió a la presión [...] A finales de julio anunció que para las elecciones de 1910 sostendría la candidatura de don Porfirio” [25].

Con la renuncia del general Reyes, la figura de Francisco I. Madero cobró una nueva dimensión. Todo sucedió muy rápido. En mayo de 1911, Díaz estaba negociando su renuncia. Se organizaron nuevas elecciones. Madero fue elegido presidente. Su gobierno tampoco duró mucho. Tuvo problemas desde el principio: el 25 de noviembre los zapatistas proclamaron el Plan de Ayala; Pascual Orozco se negó a combatirlos y se rebeló el 3 de marzo de 1912. La prensa no dejaba de acosarlo.

Con todo, Madero había logrado avanzar en otros rubros. Aguilar Camín y Lorenzo Meyer [2010: 41] mencionan que “Luego de un año de huelgas y tensiones obreras [...] el gobierno maderista había podido satisfacer [las] exigencias básicas de los trabajadores”; por otra parte, “la misma legislatura y el consejo de ministros estudiaban un primer proyecto de restitución de las tierras de los pueblos usurpadas durante el régimen porfiriano y se había terminado un deslinde de tierras nacionales” [42].

Entre las actividades de las cámaras de diputados y de senadores también estaba la salvaguarda de los intereses porfirianos. El mismo presidente había permitido esta situación: conservar en la medida de lo posible la estructura del régimen. En Ciudad Juárez, por ejemplo, firmó el licenciamiento de las tropas revolucionarias, dejando en manos del ejército la integridad de su gobierno.

Como ya se ha mencionado, Félix Díaz se rebeló en Veracruz el 16 de octubre de 1912, pero su intento de rebelión fue aplacado de inmediato. Lo mismo sucedió con el intento golpista del general Reyes. Ambos fueron capturados y llevados a la prisión militar de Santiago Tlatelolco. *Febrero de 1913* narra lo sucedido durante la Decena Trágica, hasta el momento en que Madero entrega el puesto de Lauro Villar, comandante militar de la plaza, a Victoriano Huerta. El libro está inconcluso, pero en ese punto ya se sabe cuál será el desenlace.

3.1 *El águila y la serpiente*

3.1.1 Venustiano Carranza: umbrales revolucionarios

El periplo consignado en *El águila y la serpiente* inició en Veracruz, donde el escritor se embarcó hacia Cuba para ir a los Estados Unidos, a Nueva Orleans y luego a Texas, e ingresar desde ahí a Chihuahua. Aquí conoció a Francisco Villa, pero su intención, desde el inicio, era encontrarse con Venustiano Carranza, el jefe con quien compartía ciertas afinidades: ambos, a pesar del aspecto y las pretensiones militares de Carranza, eran civiles, y éste había sido el primero en elaborar un programa revolucionario, el Plan de Guadalupe, desconociendo a Victoriano Huerta y legitimando, por su condición de gobernador, el segundo impulso de la Revolución.

El cuartel de Carranza era, entonces, el destino manifiesto de Guzmán, quien se trasladó junto con Alberto J. Pani —su antiguo jefe en la Dirección General de Obras Públicas del Distrito Federal y con quien inició su labor revolucionaria, repartiendo panfletos en las calles— hacia Nogales, Sonora, donde se encontraba el Primer Jefe. Poco antes, en San Antonio, Texas, ambos se habían entrevistado con José Vasconcelos, cuya vehemencia por Villa desacreditó de inmediato la inclinación de ambos hacia el carrancismo; lo de Pani, hay que decirlo, era una abierta admiración por Obregón, de quien guardaba una fotografía en la cartera; lo de Guzmán, una predisposición natural, pero el villismo de Vasconcelos no era más que un arrebató entusiasta y efímero, suficiente sin embargo para hacer dudar a su compañero, quien describe en *El águila y la serpiente* su encuentro con don Venustiano [2010a: 70]:

En aquella primera entrevista se me apareció sencillo y sereno, inteligente, honrado, apto. El modo como se peinaba las barbas con la mano izquierda —la cual metía por debajo de la nivea cascada, vuelta la palma hacia afuera y encorvados los dedos, a tiempo que alzaba ligeramente el rostro— acusaba tranquilos hábitos de reflexión, hábitos de que no podía esperarse -así lo supuse entonces- nada violento, nada cruel. “Quizá —pensé— no sea éste el genio que a México le hace falta, ni el héroe, ni el gran político desinteresado, pero cuando menos no usurpa su título: sabe ser el Primer Jefe.”

Sin embargo, no pasó mucho tiempo para que esta buena impresión se desvaneciera. Junto con los ademanes tranquilos de Carranza, evocadores de cierta personalidad reflexiva, el autor descubrió también sus hábitos cortesanos y advirtió la composición de su círculo más íntimo de seguidores, integrado en su mayoría por subalternos que le eran incondicionales a toda costa, incapaces de enmendar sus errores y menos aún de contradecirlo.

Al respecto, Guzmán narra que en una de las cenas que el Primer Jefe solía ofrecer a los de su séquito, hubo un altercado, desestimable en apariencia, pero que significó el inicio de su progresivo alejamiento de don Venustiano y de su facción [2010a: 77]: “Carranza se puso a pontificar, según su hábito, y acabó a las pocas palabras estableciendo como hecho incluso la superioridad de los ejércitos improvisados y entusiastas sobre los que se organizan científicamente”.

El escritor, hijo de un militar bien entendido y además un liberal que no sabía guardarse para sí lo que pensaba, esperó en vano la réplica de los comensales, y al ver que ésta no llegó, él mismo, no sin dudar, contradijo lo contradijo [2010a: 78]: “Yo pienso exactamente lo contrario que usted [...] Creo con pasión, quizás por venir ahora de las aulas, en la técnica y en los libros y detesto las improvisaciones, salvo cuando son imprescindibles”.

Si bien el discurso de Carranza parece algo falso, ya que su pragmatismo político y su proverbial lentitud, que el escritor asoció al principio con hábitos reflexivos, contradicen su elogio a la improvisación y a la buena voluntad, la réplica del escritor, más acorde con su personalidad, constituye un opuesto. Es interesante observar también que el desencanto del protagonista con Carranza inicia desde la charla con Vasconcelos, pero lo que al principio fue una simple duda, cobra mayor importancia al entrar aquél en contacto con el “mundo” del Primer Jefe, el cual creía más cercano al suyo, pero como ya se vio en el ejemplo anterior, le resultó muy distante.

Aunque Carranza haya mentido al declarar la superioridad de los ejércitos improvisados y movidos por la buena voluntad —estaba rodeado, en su mayoría, de militares que se habían formado al calor de las batallas y no, como Felipe Ángeles, en una academia—, hay otro aspecto que lo distancia del escritor, pues éste, recién salido de las aulas, se muestra más sincero, y esto lo aleja de su contraparte en un plano mucho más

significativo que lo que representa una simple diferencia de opiniones, es decir, en el plano moral.

Guzmán [2010a: 78] narra así la conclusión del incidente: “Mi salida causó, más que sorpresa, espanto. Don Venustiano me sonrió con aire protector, tan protector que al punto comprendí que no me perdonaría nunca mi audacia”.

3.1.2 Álvaro Obregón: inicios del caudillo

El siguiente punto de llegada fue Hermosillo, donde los obregonistas, entre ellos Adolfo de la Huerta, mostraban sin rubor la admiración por su jefe, en quien veían a un hombre extraordinario y capaz, como él mismo decía en sus manifiestos, de renunciar al poder si así lo ameritaba el bien de la causa.

De la Huerta se sabía casi de memoria estos discursos de Obregón, y a la menor oportunidad se los recitaba a Guzmán [2010a: 85], quien no se mantuvo indiferente al entusiasmo de aquel: “Confieso que el obregonismo de De la Huerta sí me impresionaba a veces, y aun medio me conquistaba en las ocasiones en que salía a relucir la hábil ilustración del famoso personaje”.

Este apasionamiento por el sonorese ya lo había observado el escritor en Alberto J. Pani, y no podía dejar pasar la oportunidad, ya que estaba entre los admiradores del caudillo, de hacerse con uno de los manifiestos. Lo que sigue a la lectura es una de las sátiras más mordaces de *El águila y la serpiente* [2010a: 86], donde “Lo peor del manifiesto —o lo mejor para los fines de la risa— no estaba en el juego de los símiles o metáforas. Provenía, sobre todo, de cierto dramatismo a un tiempo ingenuo y pedantesco, que era como la medula de la proclama”.

Esta sátira es también un punto de referencia para entender las filiaciones del escritor, por un lado, y los desencuentros que tuvo con los jefes de las facciones revolucionarias, por el otro. Cabe mencionar también que Vasconcelos optó, poco después de haber elogiado a Villa, por el bando carrancista. Pero ni él ni Martín Luis Guzmán, cada uno desde sus respectivos frentes, mantuvieron una militancia definitiva.

Al final, el autor de *La querrela de México* salió del país en 1915, pues no sólo Villa se había enemistado con sus compañeros y amigos más cercanos, sino que ninguna de las facciones se ajustó a la conducta de un civil que aún conservaba ciertos principios morales,

si bien era consciente de que en las revoluciones este tipo de fundamentos se relativizan o de plano se vuelven inoperantes. La sátira contra Obregón es una forma de revancha contra ese otro mundo, el de las armas, que al final se impuso al de las ideas.

Pese a que ninguno de los caudillos sale bien librado de la pluma de Guzmán [2010a: 89], no hay otro ejemplo de escarnio en *El águila y la serpiente* como el infligido al sonoreense:

Obregón no vivía sobre la tierra de las sinceridades cotidianas, sino sobre un tablado; no era un hombre en funciones, sino un actor. Sus ideas, sus creencias, sus sentimientos, eran como los del mundo del teatro, para brillar frente a un público: carecían de toda raíz personal, de toda realidad interior con atributos propios. Era, en el sentido directo de la palabra, un farsante.

Luego de su encuentro con Obregón, el escritor, todavía bajo las órdenes de Carranza, continuó su camino hacia Guaymas, y de allí a Culiacán. En el pueblo de San Blas conoció a Ramón F. Iturbe, quien llamó su atención por la austeridad de sus hábitos y su abierta religiosidad. Este general ofreció una cena de bienvenida a los delegados del Primer Jefe; allí, Guzmán [2010a: 101] pudo observarlo con mayor atención:

Iturbe hablaba poco y con cautela. Su frase, resuelta a alcanzar el matiz de los pensamientos, seguía un trazo lento y sinuoso, tan sinuoso que al pronto se hubiese creído que buscaba disfrazar u ocultar el fondo de las ideas. La cultura de Iturbe, pobrísima entonces, tenía la ventaja de presentarlo libre de la salsa de repugnantes lugares comunes en que nadaban los revolucionarios semileídos y farsantes. Se expresaba, además, con cierta timidez, con el aire de humildad sincera de quien creyese fácil caer en error y de antemano estuviese de acuerdo en que se le enmendara la plana. Todo lo cual se traducía en su carácter a modo de contraste con otros rasgos: contraste entre su inseguridad juvenil y su aplomo adquirido ya en la vida; entre su adolescencia espiritual y su madurez precoz de alma, acentuada por su fe en sí mismo, por su profunda e íntima convicción de estar, fundamentalmente, en lo cierto y lo justo.

Este “retrato” de Iturbe contrasta con el de Obregón, al que se hace referencia de manera implícita en el pasaje citado. Es obvio que para Guzmán, el sonoreense pertenecía a esa clase de revolucionario semileído y farsante, según se lo describe en “Orígenes del caudillo”,

pero también, como señala Rafael Olea Franco [2007: 12], todo este recelo que el escritor muestra hacia él es, muy probablemente, un mero efecto retórico.

Como ya se mencionó, *El águila y la serpiente* apareció en forma de libro en 1928, pero antes se había publicado por entregas en diarios de Estados Unidos, en 1926, y un año después en *El Universal* de México. A propósito de la sátira que hace Guzmán del manifiesto de Obregón, dice Olea Franco:

Como buen conocedor de la retórica, el escritor juega en su texto con las referencias temporales para simular que desde los lejanos sucesos que relata, es decir, desde mediados de 1913, él había percibido con extrema sagacidad que la postura pública de Obregón sólo era una máscara para ocultar sus afanes de poder. Pero en realidad este pasaje fue redactado ya bien avanzada la década de 1920, es decir, cuando Obregón incluso había desempeñado la presidencia del país (1920-1924); y no sólo eso: es probable que al preparar esta parte de *El águila y la serpiente*, Guzmán supiera que Obregón buscaba un segundo periodo presidencial, pues el militar y político había anunciado públicamente a mediados de 1927 sus intenciones de suceder al año siguiente a Plutarco Elías Calles en la primera magistratura.

Esta observación de Olea Franco, además de dejar en evidencia a Guzmán, pone de manifiesto el carácter literario de *El águila y la serpiente*. De este modo, hay que remitirse a ese primer párrafo de “La fiesta de las balas”, donde el autor se plantea la alternativa de narrar, como dejó establecido Aristóteles en su *Poética*, lo que pudo haber sucedido antes de lo que realmente sucedió. Esto no demerita la veracidad de *El águila y la serpiente*, como señala Aideé R. Sánchez [2004: 68]:

En *El águila y la serpiente* el problema no es que sean o no verdad los sucesos narrados. El autor real ha tomado algunos hechos verdaderos: ciertos son los lugares, hechos y personajes [...] Pero lo importante no es sólo esto sino cómo el autor ha expresado y representado el conflicto, es decir, cómo [...] es expresado en palabras y representado en imágenes desde distintas y opuestas visiones del mundo.

Por otra parte, el escritor se volvió más cercano a Iturbe. Uno de sus compañeros, Eduardo Hay, había sido designado como jefe del estado mayor del general sinaloense. Sin embargo, Guzmán y Miguel Alessio Robles, otro intelectual metido a revolucionario, mantenían

cierta independencia. Además de Iturbe, el escritor conoció en Culiacán a Miguel M. Diéguez, quien le causó la siguiente impresión [2010a: 115]:

Sus comentarios lo revelaban ingenuo; sus preguntas, cándido. Había en su temperamento cierto impulso afectuoso que de rato en rato le hacía inclinar la cara, al tiempo que hablaba, hacia sus interlocutores. Entonces la mirada del oyente descubría de cerca, en el espectáculo que era el rostro del general, una nueva versión de lo que éste venía diciendo, o una versión complementaria. Hacían polígonos de elocuencia, en torno de dos ojos como de gato, las resquebrajaduras de la piel.

Pero ni la simpática ingenuidad de Diéguez ni la confianza que le inspiraba Iturbe retuvieron al protagonista. En cambio, se sentía atraído por la figura de Pancho Villa, en quien veía, si éste se subordinaba a los ideales de la Revolución y no a su carácter arrebatado, la opción más viable (aunque también la más riesgosa) para consumir la causa revolucionaria.

3.1.3 Francisco Villa: amistades peligrosas

No pasó mucho tiempo para que el protagonista se “iniciara” en la militancia villista. Luego de ir a los Estados Unidos para cumplir una de tantas diligencias, volvió a Ciudad Juárez. Precisamente, el libro séptimo de la primera parte de *El águila y la serpiente* se intitula “Iniciación de villista”.

“La fuga de Pancho Villa”, otra de las narraciones anecdóticas del libro, es un testimonio de Carlos Jáuregui, secretario del caudillo, a quien conoció en la prisión militar de Santiago Tlatelolco y de donde lo ayudó a escapar. En el relato de Jáuregui sobresale un elemento de la personalidad de Villa que el escritor no había podido advertir [2010a: 163]:

Su aspecto no era exactamente igual al que le había conocido las mañanas en que el juez le tomaba la declaración o lo llamaba para cualquier diligencia. Me pareció menos lleno de desconfianza, menos reservado, más franco. Lo que sí conservaba idéntico era el toque de ternura que asomaba a sus ojos cuando me veía. Esa mirada, que entonces se grabó en mí de modo inolvidable, la descubrí desde la primera ocasión en que el juez me encomendó asentar en el expediente las declaraciones que Villa iba haciendo.

La otra historia de “Iniciación de villista”, “La fiesta de las balas”, muestra un lado menos idealizado del villismo, pero el autor no deja de sentirse atraído por lo que se dice de los

jefes de esta facción. Si en “La fuga de Pancho Villa” puede verse al caudillo en una actitud paternal hacia su protegido, Guzmán [2010a: 169] retoma en “La fiesta de las balas” una historia popular sobre Rodolfo Fierro, y se pregunta:

Porque ¿dónde hallar, pongo por caso, mejor pintura de Rodolfo Fierro —y Fierro y el villismo eran espejos contrapuestos, modos de ser que se reflejaban infinitamente entre sí— que en el relato que ponía a aquél ante mis ojos, después de una de las últimas batallas, entregado a consumir, con fantasía tan cruel como creadora de escenas de muerte, las terribles órdenes de Villa? Verlo así era como sentir en el alma el roce de una tremenda realidad cuya impresión se conservaba para siempre.

Cabe mencionar al respecto que en el capítulo XIV, Libro segundo, de las *Memorias de Pancho Villa*, Guzmán [2010: 294] pone en voz del caudillo que él, entonces un “muchachito”, había llegado como subordinado de Carranza, y que éste le había encomendado editar un periódico revolucionario, pero en poco tiempo “el dicho muchachito [Guzmán] se distanció también del señor Carranza y me escribió una carta diciéndome que ya no hacía el dicho periódico”.

En otro párrafo, dice Villa: “Hasta había muchos que en sus rencores buscaban verse prohijados por mí: pero yo, sin negarle a ninguno mi apoyo, pues quería que se ayudaran, los desalentaba a todos en su propósito de sembrar un grande desconcierto” [294].

Más adelante, en una conversación con Juan N. Medina —antiguo militar del ejército y ahora amigo suyo—, cuando el triunfo de los revolucionarios sobre Huerta parecía inminente, Villa confesó su recelo por Carranza, así que necesitaba de un agente que lo promoviera entre los jefes irresolutos; Medina, sin pensarlo mucho, propuso a Guzmán y a Carlos Domínguez, quienes fueron entrevistados por el caudillo.

En *El águila y la serpiente*, Guzmán [2010a: 183-184] narra este mismo suceso. Ahí dice pertenecer a un grupo de “rebeldes dentro de la rebeldía”, con el cual se sentía más en contacto. Este núcleo lo conformaban quienes aspiraban a conservar el carácter democrático e impersonal de la Revolución Mexicana, para que “no viniera a convertirse, a la vuelta de cinco años o diez, en simple instrumento de otra oligarquía; ésta quizás más ignorante e infecunda que la porfirista”.

Sin embargo, el narrador sabía que el propósito de mantener intactos los ideales revolucionarios frente a las ambiciones personalistas de los caudillos no era más que una pretensión desmedida. Asimismo, la decisión de buscar el respaldo militar de Villa tenía también sus inconvenientes. Para el autor, el triunfo o el fracaso de la Revolución dependían de la circunstancia de que este caudillo se sometiera a la idea creadora de la Revolución o que, como era frecuente, siguiera su instinto ciego hasta hacer fracasar dicha aspiración.

Lo que sigue después de este episodio es la adhesión del escritor a la facción villista, donde fue comisionado junto con Domínguez a la ciudad de México para presenciar el arribo de Obregón y para representar a Villa en dicha plaza; ambos tenían la misión secreta de reclutar elementos que se sumaran a la causa de su jefe.

Para llegar a la capital, el escritor y su acompañante salieron hacia El Paso, Texas, para tomar la ruta de Cayo Hueso y La Habana. En Cuba se embarcaron rumbo a Veracruz. Ahí, en el puerto, el protagonista tuvo una especie de visión incómoda [2010a: 190]:

Para mí fue aquel un Veracruz extraordinario. El viejo puerto de mi infancia, sólo lleno, hasta hacía poco, de magníficas evocaciones pretéritas, vivía ahora, en presente, una de esas etapas, tan suyas, de donde le viene la personalidad, alta y dramática, que le corresponde en la historia. Era un Veracruz de impotencia, de humillación, de tragedia. Poniendo pie en él una vez más, las tropas norteamericanas le teñían la atmósfera con imponderables visos de conflicto.

3.1.4 Acorazados en el puerto: la ocupación estadounidense de Veracruz

El 14 de marzo de 1912 el presidente William Howard Taft prohibió mediante un decreto la exportación de armas a México; esto como medida de apoyo a Madero, cuyo gobierno luchaba contra las fuerzas de Pascual Orozco. Aunque Woodrow Wilson había mantenido esta resolución, el mencionado embargo sólo prohibía el comercio de armas de un país a otro, así que los revolucionarios podían abastecerse en los Estados Unidos y luego, sin que al gobierno norteamericano le importara mucho, pasar con las armas hacia México.⁷

⁷ Adolfo Gilly [2011: 150] habla de un segundo decreto de Wilson, expedido el 27 de agosto de 1913. Por su parte, Charles C. Cumberland [1957: 536-537] señala que la decisión de Wilson de continuar con el embargo sólo se mantuvo mientras Huerta controlaba las principales ciudades fronterizas, pero cuando éstas fueron tomadas por los constitucionalistas, “Wilson levantó el embargo, permitiéndoles la compra de pertrechos”.

En abril de 1914, tres meses después de que Wilson revocara el decreto del 14 de marzo de 1912, las tropas estadounidenses habían desembarcado para ocupar el puerto de Veracruz, en respuesta al agravio cometido a un grupo de marineros que fueron arrestados por el coronel huertista Ramón Hinojosa.

Charles Cumberland [1957: 536] menciona que este incidente había sido uno de muchos en que estaban involucrados los subalternos de Huerta, por lo que Wilson pidió al general mexicano una satisfacción. Éste, viendo en ello la oportunidad de que el gobierno norteamericano finalmente lo reconociera, aceptó, pero pidió un protocolo formal, por lo que Wilson solicitó al Congreso de su país servirse de las fuerzas armadas para obligar a Huerta a cumplir con su demanda.

Esta decisión del presidente de los Estados Unidos no mantuvo indiferentes a los revolucionarios. Carranza reaccionó indignado y Obregón estaba dispuesto a combatir. Villa, con quien Carranza ya había tenido diferencias, no mostró ningún enfado. Al contrario, parecía más preocupado porque la frontera norte, donde él se abastecía, se mantuviera abierta al tráfico de armas.

La decisión de Carranza de nombrar a Manuel Chao como gobernador de Chihuahua y la actitud insumisa de Villa frente a este nuevo gobernador, al que intentó subordinar y aun fusilar, habían generado cierta tensión entre estos dos jefes, cuya ruptura era cada vez más evidente. Dice Villa que “el señor Carranza, con el buen ánimo de su patriotismo, no sólo iba a dejar a un lado nuestra Revolución para atacar a los Estados Unidos, sino que estaba favoreciendo los negros designios de Victoriano Huerta” [Guzmán, 2010b: 387-388].

El Villa no era injustificado. Aunque los norteamericanos impidieron el desembarque del vapor Ypiranga, que traía consigo armamento y provisiones para el ejército federal, la ocupación del puerto de Veracruz exacerbó el fervor nacionalista y antiestadounidense de los mexicanos.⁸

⁸ Friedrich Katz [2011: 21-26] considera que si bien había motivos de odio contra los Estados Unidos, esta situación no se reflejó en la conducta de los revolucionarios: “Ciertamente, el miedo a una posible intervención de Estados Unidos pudo influir [en ellos]”.

Al respecto, Cumberland [1957: 538-540] menciona que Huerta infligió a los diplomáticos todo tipo de vejaciones e hizo que el Congreso mexicano le concediera poderes extraordinarios para decretar amnistía general a los rebeldes (revolucionarios) que se rindieran en un plazo de quince días. Asimismo, se habían formado, en las ciudades del centro que todavía controlaba Huerta, comités patrióticos dispuestos a respaldar al gobierno de México.

Carranza, por su parte, se mostraba irritado; pensaba que la petición de Wilson era una forma de legitimar a Huerta, cosa que ni él ni ningún otro revolucionario que se preciara de serlo admitiría; por ello se mantenía firme en su postura de repudio a la intervención, asegurándose de que sus declaraciones fueran tomadas como las únicas de valor por su investidura de Primer Jefe de la Revolución.

Sin embargo, la opinión de Villa también era tomada en cuenta. Lo avalaban sus victorias militares y lo respaldaba uno de los ejércitos más fuertes: la División del Norte. Además, en abril de 1914, cuando ya la caída de Huerta parecía consumarse, los Estados Unidos no habían definido cuál sería su postura frente al nuevo gobierno ni tenían la certeza de quién sería su representante, pues la autoridad de Carranza se veía amenazada constantemente por la actitud de Villa y, sobre todo, por el poder militar que éste había acumulado durante la campaña contra Victoriano Huerta.

El llamado Centauro del Norte, según cuenta Guzmán en las *Memorias* [2010b: 388-389], pidió entrevistarse con George C. Carothers para que le dijese cuáles eran las intenciones de su gobierno con la ocupación de Veracruz. Al día siguiente declaró, a nombre de la Revolución, que no habría represalias y que en la actitud belicosa de Carranza no había ninguna mala intención.

En lugar de plegarse a la voluntad del Primer Jefe, como lo habían hecho Pablo González y Álvaro Obregón, Villa ofrecía declaraciones por su cuenta y lo hacía en nombre de los constitucionalistas, poniendo en entredicho la autoridad de Carranza.

Cumberland [1957: 546-547] señala que el conflicto se resolvió al aceptar Huerta la intervención de diplomáticos de países neutrales; Carranza aprobó también esta mediación, y los Estados Unidos se comprometieron a seguir una política de no beligerancia. De este modo, Huerta ya no tuvo ninguna posibilidad de usar este conflicto a su favor, “cometió así un grave error y debilitó sobremanera su posición en México; a partir de entonces

resultaron vanos todos sus esfuerzos por convencer a los constitucionalistas de que era un deber patriótico apoyar a su gobierno”.

Por otro lado, el ejército federal no había podido frenar el avance de los revolucionarios; las divisiones al mando de sus generales, en especial la del Norte, acumulaban victorias importantes y continuaban su paso hacia la ciudad de México. Obregón era más cauteloso, pero Villa se precipitaba pensando sólo en el triunfo de la Revolución. El papel de Pablo González era secundario, pero no menos importante.

3.1.5 Carranza y Villa: un altercado

Carranza, entre tanto, comenzaba a utilizar la consabida estratagema divide y vencerás. Sabía de la popularidad de Francisco Villa y conocía por experiencia propia el carácter insumiso de éste —además había en el sur un rebelde que combatía desde los tiempos de Madero, Emiliano Zapata—; no podía dejar, bajo ninguna circunstancia, que sus generales fueran opacados y, sobre todo, que se demeritara su investidura de Primer Jefe de la Revolución; recomendó entonces a Villa que entregara la plaza de Saltillo, recién tomada por la División del Norte, al general González Garza. En Torreón intentó cambiar al director de ferrocarriles de la zona, Eusebio Calzado, que prestaba sus servicios a los villistas, y encargó a sus protegidos la administración del rastro municipal que Villa quería para abastecerse de carne y, como acostumbraba, venderla a bajo precio.

Siendo Zacatecas el siguiente objetivo militar de los constitucionalistas, el Primer Jefe ideó una estrategia para tomar esa plaza. El jefe villista que estuviera más cerca reforzaría a las tropas de Pánfilo Natera, quien se aprestaba para el ataque. Villa no estuvo de acuerdo desde el principio, pues quería movilizar a todo su ejército, pero envió un telegrama a Carranza para confirmarle que acataría sus órdenes. El problema vino después con la negligencia de Villa y la insistencia del Primer Jefe en que se siguiera su plan de ataque. Natera fue rechazado y tuvo que esperar refuerzos.

En las *Memorias*, Guzmán [2010b: 450-453] consigna sendos telegramas donde Villa y Carranza discuten la situación, sin ceder ninguno de ellos frente a los argumentos del otro; al final, Villa decidió renunciar al mando de su división. Carranza, por supuesto, aceptó su dimisión, convocando de inmediato a los demás generales de la División del Norte para que eligieran un jefe interino, pues él, seguramente, decidiría cuál sería el

destino de este ejército. Lo que obtuvo por respuesta fue la confirmación de Villa en su puesto y la petición de que revocara su decisión de aceptar la renuncia.

El 23 de junio de 1914 se consumó la toma de Zacatecas, el último baluarte de Huerta. Pero Villa había desobedecido, otra vez, al Primer Jefe. Pablo González intercedió; envió a Miguel Alessio Robles y a José Ortiz Rodríguez para resolver esta querrela. Sin embargo, Carranza había destituido a Felipe Ángeles de su cargo de ministro de la Guerra, lo que encolerizó a Villa; también había dejado a éste sin suministros de carbón, impidiendo así su avance hacia la ciudad de México; ascendió a Obregón y a González, quienes ahora tenían el grado superior de generales de división. Villa, en cambio, continuaba como general brigadier.

Todo esto complicó la labor de los delegados de González, por lo que él mismo, junto con Antonio I. Villareal, se entrevistó con Carranza. Éste, por su parte, no quería un enfrentamiento directo con Villa. No al menos en el corto plazo, por lo que aceptó que González Garza enviara representantes suyos a Torreón, lugar donde se llevarían a cabo las reuniones con los delegados villistas.

En esa ciudad, el 8 de julio, se reunieron Villareal, Cesáreo Castro, Luis Caballero y un escribano llamado Ernesto Meade Fierro con Felipe Ángeles, Miguel Silva, Manuel Bonilla y Roque González Garza, quien fungía como secretario de estos últimos. De allí derivó el llamado Pacto de Torreón, donde los villistas reconocieron la autoridad de Carranza como Primer Jefe de la Revolución. Además se confirmó a Villa en el mando de la División del Norte; se convocó también a una convención de generales y gobernadores revolucionarios para establecer las reglas del nuevo gobierno.

3.1.6 Los tratados de Teoloyucan: la rendición y la guerra

Con Zacatecas en poder de los constitucionalistas, el final de Huerta estaba cerca; renunció a la presidencia el 15 de julio de 1914, dejando en su lugar, como interino, a Francisco S. Carvajal, magistrado de la Suprema Corte de Justicia que hacía poco había sido nombrado secretario de Relaciones Exteriores. Este nuevo nombramiento de Carvajal traía consigo responsabilidades apremiantes. Los estadounidenses seguían en Veracruz y los revolucionarios avanzaban hacia la capital. Los cuerpos de ejército del Noreste y del

Noroeste se establecieron en Teoloyucan, Estado de México, y el Primer Jefe aceleraba su paso hacia el sur desde Coahuila.

En opinión de Luis Enrique Moguel [2013: párr. 7], los informes que recibía Carvajal sobre la situación de su gobierno eran confusos. Por una parte se le decía que el ejército federal contaba con suficientes elementos para hacer frente a los rebeldes. Sin embargo, la derrota era evidente. Para efectos de la rendición, había opiniones encontradas. La mayoría de los civiles prefería la salida pacífica, que Carvajal negociara la entrega de su gobierno a cambio de garantías para ellos, en especial para los capitalinos, quienes temían lo peor. Los miembros del ejército federal, o lo que quedaba de él, querían seguir luchando, pues temían represalias por parte de los revolucionarios.

Los Estados Unidos se habían ofrecido como mediadores en este conflicto. Por medio del ministro brasileño Cardoso de Oliveira, encargado de sus asuntos en México, el gobierno norteamericano le comunicó a Carvajal que reconocería su interinato; por su parte, el presidente había pedido al general Lauro Villar, veterano del ejército que defendió a Madero durante la Decena Trágica, entrevistarse con Carranza en Coahuila, sin saber que éste ya no estaba allí. Pero el Primer Jefe también encargó a uno de sus subordinados de la ciudad de México, Alfredo Robles Domínguez, iniciar las negociaciones con Carvajal.

Entre tanto, Álvaro Obregón mandaba mensajes intimidatorios desde Teoloyucan; pedía que se le informara si Carvajal se rendiría o estaba dispuesto a enfrentarlo; el antiguo magistrado había delegado ya la responsabilidad al general José Refugio Velasco, secretario de Guerra y Marina. A pesar de la situación tan adversa, Velasco se aprestaba para el combate. Robles Domínguez lo convenció de la inutilidad de pelear, argumentando que el vencedor quedaría muy debilitado para enfrentar a Villa y que no olvidara, telegrama en mano, que los norteamericanos seguían en Veracruz.

El telegrama que Robles Domínguez mostró a Velasco contenía órdenes dirigidas al comandante de las tropas norteamericanas, dispuesto a combatir en caso de que sus compatriotas o los intereses de su país corrieran peligro.

El 13 de agosto se envió a Teoloyucan una comitiva para firmar los tratados de rendición. El general Gustavo A. Salas y el vicealmirante Othón P. Blanco iban como representantes del ejército federal y de la armada nacional, respectivamente; ambos se

hacían acompañar por dos ayudantes. Por parte de la autoridad civil, se presentó Eduardo Iturbide, en ese entonces gobernador del Distrito Federal.

En realidad, los tratados se firmaron en un camino entre Cuahutitlán y Teoloyucan, donde los constitucionalistas esperaban a la comitiva. Hubo dos convenios. El primero, suscrito entre militares, acordaba la salida del ejército federal de la ciudad de México y su posterior disolución. El segundo disponía la entrega de esta plaza al general Álvaro Obregón, quien, al mando de sus tropas, entró a la capital dos días después. El Primer Jefe haría lo propio el 20 de agosto.

Martín Luis Guzmán regresó de Veracruz, donde se entrevistó con uno de sus antiguos maestros de escuela, don Delfino Valenzuela, indignado también por lo que sucedía en el puerto. Poco después, el escritor fue comisionado a la ciudad de México. Debía presenciar el arribo de Obregón. Hecho esto, volvió a Chihuahua junto con Carlos Domínguez y ambos presentaron sus informes.

Guzmán estaba preocupado. La ruptura entre su jefe y Carranza era más que evidente. Empezó entonces, por iniciativa propia, la tarea de acercarse a Villa con Lucio Blanco. Lo que sucedió después lo narra él mismo en el episodio “La pistola de Pancho Villa”, de *Él águila y la serpiente*, donde cuenta además que volvió nuevamente a la capital para dedicarse a conspirar en contra de Carranza.

Entró, sin ninguna dificultad, al círculo íntimo que rodeaba al general Lucio Blanco. Entre los que frecuentaban la casa de éste se encontraba Luis Cabrera. Lucio Blanco le propuso al escritor revelar a aquel sus verdaderas intenciones, confiarle el asunto en términos tan precisos como fuera posible, pero sin entrar en detalles. Una mañana, Guzmán [2010a: 227-229] se acercó a Cabrera, lo tomó del brazo y lo llamó aparte.

Le dijo, sin más, que Carranza era “un ambicioso vulgar, aunque aptísimo para sacar partido de sus marrullerías de viejo politiquero a la mexicana”; un hombre “sin generosidad constructiva ni ideales”, rodeado siempre de aduladores y serviles, un corruptor por sistema, un adulador de Porfirio Díaz que quería ser “un Porfirio Díaz más grande y mejor que el otro” y que con él, “el país y la Revolución van a un despenadero”.

El Primer Jefe debía ser derrocado por “ellos”, sus enemigos declarados y quienes se mantenían cerca de él pero que no eran sus partidarios serviles y conservaban todavía su capacidad crítica. Cabrera pertenecía a estos últimos. Guzmán confesó entonces que fue el

mismo general Blanco quien le pidió que le hablara en estos términos y le comunicara sus planes. Estaban dispuestos, él y sus allegados, a “oponer una barrera al carrancismo personalista y corruptor”. Preguntó después a Cabrera si estaba de acuerdo con unírseles. Obtuvo por respuesta la petición de un plazo de dos o tres días para volver sobre el asunto. Esta decisión de Cabrera no satisfizo a Lucio Blanco, quien pensó que abordarlo de ese modo había sido precipitado.

Pero la situación para un agente villista en la ciudad de México durante la ocupación de los constitucionalistas, pese a que estaba bajo la protección de uno de ellos, era por demás complicada. Guzmán y Carlos Domínguez fueron solicitados por Carranza para que estuvieran presentes en una supuesta conferencia telegráfica con Villa. Al menos esto les había dicho Alfredo Breceda, antiguo secretario del Primer Jefe y que ahora desempeñaba tareas indefinidas.

Aunque la actitud de Breceda parecía sospechosa, Domínguez aceptó sin pensarlo, y él y su compañero fueron llevados a un automóvil hacia el Palacio Nacional. Una vez allí, esperaron en una de las salas de la Secretaría Particular. La espera fue larga, y tras un corto diálogo entre ellos, Guzmán y Domínguez decidieron irse.

Breceda insistió. Volvió a encontrarse con los villistas en una joyería, La Esmeralda, donde acompañaban a Andrés Saucedo, quien quería hacerle un regalo a Lucio Blanco. Dijo que lo acompañaran nuevamente a Palacio; que lo alcanzaran, porque él se adelantaría en coche. Guzmán y Domínguez se despidieron de Saucedo. Decidieron ir al encuentro de Breceda.

Era una trampa. El escritor y su compañero fueron apresados. El encargado de la Penitenciaría, general Carlos Plank, se sorprendió al verlos llegar. Les dijo que no podía tratarlos como reclusos; cuenta Guzmán [2010 a: 240] que Plank los instaló en su propia casa, les dio habitaciones grandes y espaciosas, una de las cuales tenía balcones que daban hacia la calle.

Estaba la tentación de escapar, pero ninguno de ellos pensó que se trataba de un encarcelamiento. Una de las “bondades” que Guzmán le atribuye a Carranza en *El águila y la serpiente* es que éste no era muy afecto a matar. Tenía métodos más sofisticados para imponer su autoridad; como buen político que era, prefería la manipulación y la cizaña.

Por otro lado, la Penitenciaría se había convertido, quizá por el carácter benévolo de su director, en una especie de núcleo anticarrancista. Allí proliferaban toda clase de personajes, desde porfiristas nostálgicos del régimen hasta los recién vencidos huertistas, todos ellos apresados, igual que Guzmán y Domínguez, por orden del Primer Jefe.

Los agentes de policía rendían informes a Guzmán —los mismos que el escritor colocó en ese puesto cuando fue inspector—; un tal Berrueco aseguraba que uno de los generales cercanos a Carranza había urdido un plan para deshacerse de Villa. Para esto se había contratado a un matón a sueldo: el Gaucho Mújica. Domínguez se echó a reír. No creía que hubiera alguien capaz de acercarse a Villa para matarlo. El autor intelectual, dijo el agente, era Pablo González. Tanto Guzmán como Domínguez permanecieron escépticos, pero decidieron actuar, enviando a alguien para advertirle a su jefe sobre el matón argentino.

Entre tanto, la Convención había pedido al Primer Jefe que dejara en libertad a los presos de la Penitenciaría. Una vez fuera, Martín Luis Guzmán y Carlos Domínguez llegaron a Zacatecas para encontrarse con Villa. El caudillo los recibió con sorpresa; creía que Emiliano Nafarrate, el general a quien Carranza envió para hostilizar a los cautivos, los había fusilado. Sobre todo a Domínguez, que era “muy hablador”. Éste enrojeció de vergüenza. Villa, sin darle importancia al incidente, les dio las gracias “por el aviso”. El Gaucho se había presentado ante él y se había ganado su confianza.

Domínguez le preguntó si de verdad el Gaucho había estado con él. El caudillo dijo, cuenta Guzmán [2010a: 270-271], que ya todo estaba arreglado, que ya lo tenía “enterrado”. Esta respuesta de Villa —bufa y espeluznante a la vez, ya que el desparpajo del caudillo suaviza la manera en que se deshizo del Gaucho, armando un proceso sumarísimo con “sellos y firmas” y el consentimiento de Carothers— muestra, como en “La fiesta de las balas”, el lado más drástico del villismo y en general de la Revolución Mexicana. De ahí el desconcierto de Domínguez y de Guzmán, que tras el relato de Villa, permanecieron en silencio.

3.1.7 La Convención de Aguascalientes

La Convención ya había iniciado sus actividades, primero en la ciudad de México y luego, a partir del 10 de octubre de 1914, en Aguascalientes. El antecedente inmediato de esta

asamblea es la serie de conferencias que antes se habían llevado a cabo entre villistas y carrancistas en Torreón.

Carlos Betancourt Cid [2013a: párr. 7] menciona que una de las propuestas suscritas de dicho acuerdo fue la solicitud de una convocatoria para “congregar a los revolucionarios victoriosos, quienes se encargarían de delimitar el programa que habría de seguir el gobierno bajo su égida”. Carranza, que no acató ninguna de las sugerencias que se le hacían en Torreón, pues finalmente eran sólo sugerencias, aprovechó este punto en especial y decidió emplazar, para el 1 de octubre, a una “Gran Convención de Jefes Militares con mando de fuerzas y gobernadores de los Estados”.

Friedrich Katz [2007: 426] señala que por su constitución —estaba integrada por comandantes militares de los cuerpos de ejército del Noroeste y del Noreste, gobernadores designados por Carranza y por sus consejeros civiles, entre ellos Luis Cabrera—, esta Convención que él mismo convocaba le era por demás favorable. Al trasladarse a un territorio neutral, la Convención se volvió más heterogénea. Guzmán, quien estuvo allí, narró lo siguiente [2010a: 259]:

A mí me bastó contemplar por primera vez aquel conjunto militar deliberante para convencerme de que el resultado de sus deliberaciones sería nulo. Quizás el nivel moral y cultural de la Convención no fuera tan bajo como el de algunas cámaras de diputados que luego hemos tenido en México [...] Pero con todo, la Convención Militar denotaba a leguas carecer del alto espíritu cívico y del patriotismo consciente indispensable en aquella hora.

El escritor se descubre frente al otro México, esta vez el de la milicia revolucionaria, y decide que este grupo de generales y jefes, aunque moralmente superior al de la clase política y que obra de buena voluntad, no sería capaz de “salvar” la Revolución Mexicana: o no la entendían o subordinaban sus ideales sus intereses personales y a sus ambiciones.

Hay también un contraste entre la figura del padre, cuyo garbo y disciplina militar recordará siempre con satisfacción, y este conjunto improvisado, de aspecto guerrero pero no militar, que parecía movido por fuerzas irracionales. El grupo de intelectuales al que Guzmán pertenecía se encontraba entre los dos peligros que acechaban a la Revolución. Muchos ya habían tomado partido. Algunos, como Cabrera, prefirieron incorporarse al

carrancismo; otros más, como Guzmán y Domínguez, este último militar, se arriesgaban con Villa.

Desde el inicio de su relato, donde dice Guzmán [2010a: 33] que llegó a Veracruz con cincuenta dólares en la cartera y “una indignación profunda contra Victoriano Huerta” en el alma, hubo una especie de confrontación de dos realidades distintas. En 1910, Guzmán se había mantenido al margen de la Revolución; después del derrocamiento de Díaz, Vasconcelos regresó de su travesía maderista y fue tratado como un héroe. Se ofrecían comidas en su honor y se reclamaba para él un cargo público que estuviera a la altura de sus méritos como partidario de Francisco Madero.

Para Guzmán, en cambio, la Revolución había trastornado el medio en que se movía y, peor aún, lo había dejado en la orfandad. Uno de sus hermanos murió poco después del padre. La vida del escritor se volvió agobiante. Casado y con dos hijos, el escritor había sido vencido por las circunstancias.

Es probable que la Revolución representara para él una forma de escape. Ésta requería un compromiso con la causa, pero prometía un sinfín de posibilidades que su empleo de burócrata estaba lejos de ofrecer. Dice Guzmán [1995: 233-234] en “La vida atética”, un ensayo breve de 1913:

La finalidad convierte en sistema al mundo, y nada hay más contrario a la ilimitada perspectiva de la voluntad y el pensamiento que la concepción sistemática, que por fuerza empobrece la impresión de las cosas y las prejuzga [...] Sólo la naciente simpatía de todo, alimentada en el fresco manantial de la curiosidad atética y desinteresada, lleva al espíritu a esa contemplación pluralista y serena; sólo ella no exige sacrificio y consagra íntegro el privilegio de la conciencia a presidir todas las cosas.

En la Convención de Aguascalientes experimentó la contemplación “pluralista” de la que habla en su texto, pero ésta no resultó nada serena. A la visión de militares incapaces de concebir la Revolución como una forma no sólo redentora, sino capaz de un ideal, se sumó otra, la de los zapatistas, venidos de las “montañas del Sur” [2010a: 260-261]:

Encabezaban el grupo, a la vez abigarrado y homogéneo, Paulino Martínez, Antonio Díaz Soto y Gama y Alfredo Serratos: aquél, que en política se movía como serpiente;

el segundo, que afectaba un plebeyismo revolucionario de que no había ejemplo, ni entre las figuras más humildes de la Revolución; y el último, que era extraña mezcla de buen hombre y de político sin brújula intelectual y a vueltas con sus mejores impulsos.

Pero la Convención, con todo este espectáculo de oradores poco ortodoxos, representó un intento de refrenar las ambiciones personalistas del Primer Jefe y de todos los generales con cierto poder militar que amenazaban la consumación de la Revolución.

Esta vez no había nadie parecido a Francisco I. Madero, en quienes todos confiaran para llevar a cabo el proyecto de gobierno revolucionario. Carrancistas y villistas denostaban al jefe de la facción contraria: Villa era un bandido, un asesino; Carranza, que en realidad no era tan longevo, aparecía ante sus detractores como un viejo ambicioso y cizañero, émulo de Porfirio Díaz, al que, según Guzmán, admiraba secretamente. Aquél había convocado a la Convención, pero el control que ejercía sobre ella se diluyó cuando los villistas y los zapatistas entraron en escena.

Edgar D. Rojano [2013: párr. 9] menciona que el triunfalismo de los revolucionarios desapareció conforme los hechos de la Convención se iban desarrollando; ésta se declaró soberana, “adoptó el Plan de Ayala y emitió un dictamen para proceder a la designación de un presidente interino para la República Mexicana”.

Por otra parte, Roque González Garza, representante de la facción villista, transmitió los designios de su jefe, quien proponía una salida más radical: si él, Pancho Villa, y su contraparte, Carranza, se habían convertido en obstáculos para la Revolución, entonces estaba dispuesto a sacrificarse, a que lo fusilaran, siempre y cuando aquél hiciera lo mismo [Betancourt Cid, 2013b: párr. 12].

Carranza pedía que Villa dejara primero el mando de la División del Norte y que se exiliara. Felipe Ángeles comunicó a Villa, mediante un telegrama, cuáles eran las condiciones que ponía el Primer Jefe para retirarse; Rojano [2013: párr. 10] menciona que Carranza solicitó que se nombrara un gobierno preconstitucional y que, además de Villa, también Emiliano Zapata renunciara al mando del Ejército Libertador del Sur; los tres debían exiliarse, pero él, Carranza, tendría la “obligación moral” de volver en caso de no haberse pacificado el país.

Las comunicaciones entre Carranza y los convencionistas se dilataron en sendos telegramas. El Primer Jefe se sabía en una posición complicada; retardó hasta donde pudo su respuesta definitiva. Este asunto, decía, era demasiado importante como para definirlo en un telegrama. Obregón, Eduardo Hay y Antonio I. Villarreal fueron enviados por la Convención para tratar en persona al recién declarado rebelde. Fueron citados en Querétaro, pero su interlocutor ya estaba en Puebla; su trayecto mostraba claramente cuál era su destino: Veracruz. Finalmente, en Córdoba, según dice Guzmán [2010b: 687], lograron entrevistarse con Carranza. La Convención estaba por definir al presidente provisional. Antonio I. Villarreal, el candidato más fuerte, no era del agrado de los zapatistas, por lo que se valoraron otras opciones. Cuenta Guzmán [2010a: 294] en *El águila y la serpiente*:

Yo andaba por tierras de Chihuahua cuando me comunicaron que la Convención había hecho presidente provisional de la República a Eulalio Gutiérrez, y no, según lo esperábamos todos, a Antonio I. Villarreal. Eulalio, por lo visto, había surgido a última hora [...] como candidato de transacción, como hombre capaz de satisfacer a unos y a otros gracias a la virtud negativa de no representar demasiado a ninguno.

3.1.8 El gobierno de la Convención

Eulalio Gutiérrez, quien se había hecho de cierto prestigio como dinamitero, no ostentaba una carrera militar tan brillante como la de otros generales, pero había sido consistente en su postura revolucionaria y no tenía ninguna filiación clara con alguna de las facciones en pugna.

La Convención lo había elegido como presidente de México y debía iniciar de inmediato su gestión. Las circunstancias no eran, en cuanto lo apremiante de la situación, muy distintas a las que había enfrentado su antecesor, el magistrado Carvajal, quien tuvo que entregar su gobierno a los revolucionarios.

Gutiérrez debía enfrentar los dos peligros de que habla Guzmán en el libro cuarto de *El águila y la serpiente*: Carranza y Villa. El primero se había refugiado en Veracruz, desde donde esperaba —la paciencia y la lentitud eran de sus mejores virtudes— a que los hechos transcurrieran hasta revelarles cuál era la estrategia que debía seguir. El segundo había sido removido de su mando militar, pero en poco tiempo sería repuesto y nombrado general en jefe del ejército convencionista.

Rojano [2013: párr. 13] menciona que José Vasconcelos fue designado ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. El nuevo gobierno tenía también un cargo para Guzmán [2010a: 297]: Robles, quien sería nombrado ministro de Guerra y Marina, ofreció al escritor la Subsecretaría, pero éste la rechazó.

El cargo fue ocupado por Eugenio Aguirre Benavides, pero Robles “no quiso renunciar por completo a mis presuntos servicios, sino que insistió hasta convencerme de que lo acompañara, con calidad de consejero, en su aventura ministerial. Inventó para eso unas funciones oficiales *sui generis*, creadas expresamente para mí”, dice Guzmán [298].

Eulalio Gutiérrez inició el traslado de su gobierno a la ciudad de México. Obregón ya había abandonado la plaza. Prefirió replegarse a Veracruz, donde lo esperaba Carranza. Todo estaba listo para la entrada de los convencionistas a la capital. Esto sucedió, señala Elsa Aguilar Casas [2013a: párr. 1], el 6 de diciembre de 1914, cuando los generales Francisco Villa y Emiliano Zapata, al frente de sus ejércitos, desfilaron por el Paseo de la Reforma para “arribar al Zócalo y luego entrar por la puerta grande al Palacio Nacional”.

Eran tropas disímiles. Los villistas, como los describe Berta Ulloa [2010: 8], vestían de negro, “con sombrero tejano de igual color y paliacates rojos anudados al cuello”; eran fáciles de distinguir de los campesinos vestidos de manta; éstos, los zapatistas, iban descalzos o con huaraches; destacaban entre ellos algunos rancheros vestidos de charro y que portaban, como símbolo de unidad, los estandartes de la virgen de Guadalupe. El culmen de este acto fue la comida que el nuevo presidente ofreció a los jefes de ambos ejércitos.

En una fotografía de la época puede vérselos sentados a la vera de Eulalio Gutiérrez, quien tiene las dos manos sobre la mesa, la ceja derecha algo levantada, sin que su mirada pueda descifrarse por los espejuelos oscuros que la ocultan; Villa parece estar pensando en algo y Zapata mira de soslayo al lente de la cámara. Poco después, mientras el desfile continuaba, señala Elsa Aguilar [2013a: párr. 10], Villa salió al balcón y se sentó en la silla presidencial “sólo para ver qué se siente”.

Sin embargo, Eulalio Gutiérrez debía lidiar con un escenario poco favorable. Los carrancistas, entre ellos Obregón, cuya firma había quedado impresa en la bandera de México como señal de lealtad, habían abandonado al nuevo gobierno. Al respecto, dice Martín Luis Guzmán [2010a: 320] en *El águila y la serpiente*:

No habían errado en cuanto a su interés los generales que abandonaron a Eulalio Gutiérrez en manos de Zapata y Villa y se fueron, contra todas las esperanzas revolucionarias, a seguir prestando su apoyo al ex Primer Jefe. El grupo convencionista representaba el sentido de las responsabilidades morales de la Revolución, y era, por eso mismo, el verdadero peligro para los carrancistas corruptores y ambiciosos. ¿Podían, pues, seguir éstos ninguna política más hábil que la de dejar a sus enemigos verdaderos en condiciones de anularse pretendiendo imposibles? Porque era un imposible que los convencionistas conservaran su prestigio mientras, para poder someter a Carranza, transigían con Villa y Zapata; y era otro imposible -éste mayor aún- que los convencionistas luchasen a un tiempo contra carrancistas, villistas y zapatistas y los vencieran a todos sin otras armas que la bondad de sus intenciones.

La maniobra de los carrancistas no había sido equivocada. Los estadounidenses desocuparon Veracruz el 22 de noviembre de 1914. Comenta Elsa Aguilar que “En ese momento se rindieron honores a la bandera mexicana y se entonó el himno nacional” [2013b: párr. 10]. Este fervor nacionalista parecía un buen augurio para Carranza, quien llegaría poco después a esa ciudad.

Los convencionistas, en cambio, luego de instalarse en la capital, se encontraron con las dificultades propias de organizar al nuevo gobierno revolucionario, sin que éste contara con el apoyo de todas las facciones; además, Villa, quien no se ajustaba del todo a una conducta sumisa, comenzaba a ser un inconveniente. No toleraba las críticas y tachaba de traidores a quienes lo censuraban.

Dice Jean Meyer [2010: 79-80]: “Villa festejaba con los suyos, fusilaba, les permitía el pillaje [...] La situación era insostenible: Paulino Martínez, el general García Aragón, el coronel Berlanga, fueron ejecutados [...] Villa y Zapata, dando y dando, se entregaban las cabezas de las víctimas”. José Vasconcelos, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, estuvo a punto de ser ajusticiado, y tuvo que huir. Guzmán [320-321], por su parte, señala en *El águila y la serpiente*:

Eulalio, que no se mamaba el dedo, se dio exacta cuenta de la situación en la que nos encontrábamos: le bastaron tres o cuatro semanas de estancia en el poder (o lo que fuera) para confirmarse en su primitiva idea de que nada podía hacerse por de pronto, salvo ganar tiempo y buscar el medio de escapar de Villa sin caer en Carranza. Pero

esperar quería decir defenderse -defenderse del amago más próximo, que era el de Villa y Zapata-, por donde nos fue preciso desarrollar una de las políticas más incongruentes de cuantas puedan concebirse: contribuir a que nuestros enemigos declarados -los carrancistas- vencieran a nuestros sostenedores oficiales -los villistas y zapatistas- a fin de que eso nos librara un tanto de la presión tremenda con que nos sujetaba el poder más próximo.

Desde su cargo en la Secretaría de Guerra, el escritor contribuiría para llevar a cabo dicha estrategia. Su jefe, José Isabel Robles, había sido claro: Villa era demasiado fuerte e impredecible como para hacer algo en su contra. Sin embargo, los zapatistas, empeñados en arrojar de Puebla a las fuerzas de Salvador Alvarado, parecían más vulnerables. Llegaban hasta él los jefes del Ejército Libertador del Sur. Solicitaban armas y municiones; solicitaban trenes; todo se les negaba o, si se les daba algo, era la mínima parte de lo que pedían. Guzmán discutía con ellos; trataba de convencerlos; argumentaba que la fábrica de municiones no producía lo suficiente para surtirlos. Sólo Villa estaba en condiciones de hacerlo. Trataba de ganar tiempo. El protagonista de *El águila y la serpiente* se lamenta [2010a: 324]:

¡Terribles días aquellos, en que los asesinatos y los robos eran las campanadas del reloj que marcaba el paso del tiempo! La Revolución, noble esperanza nacida cuatro años antes, amenazaba disolverse en mentira y crimen. ¿De qué servía que un pequeñísimo grupo conservara intactos los ideales? Por menos violento, ese grupo era ya, y no dejaría de ser, el más inadecuado para la lucha; lo cual, por sí solo, convertía a la Revolución en un contrasentido: el de encomendar a los más egoístas y criminales un movimiento generoso y purificador por esencia.

Según el escritor [2010a: 330], Eulalio Gutiérrez intentaba convencer a Obregón, el otro gran ganador de batallas —menos arrebatado e irracional que su contraparte, Villa— para que desconociera a Carranza; en tanto, él y su gobierno harían lo propio con Villa y Zapata. Planeaba, en secreto, la huida hacia el norte, punto inicial de las revoluciones victoriosas. Pero Villa no tardó en enterarse.

Era el momento de apresurar la fuga. Según cuenta Jean Meyer [2010: 80], Villa se dejó venir con dos mil hombres suyos para impedir la salida del presidente. El 27 de diciembre, las caballerías de José Rodríguez y Tomás Urbina fueron ubicadas a lo largo del

Paseo de la Reforma, donde Eulalio Gutiérrez tenía su casa. Entre tanto, Villa conferenciaba con la Comisión Permanente de la Convención en el Salón Verde de la Cámara de Diputados. Ahí denunció la conducta de Gutiérrez, las intenciones que tenía de fugarse y la resolución que había tomado para hacerlo cambiar de opinión.

Pánfilo Natera, integrante de la Comisión, le advirtió que, en estas circunstancias, debía ser prudente. Por su parte, Roque González Garza mencionó que a todos los impulsaba una sola causa y que no era necesario, debido a las circunstancias, un careo con el presidente.

El caudillo regresó a su cuartel y dijo que la Comisión no tenía la fuerza, y quizá tampoco la intención, de imponerse sobre la autoridad de Eulalio Gutiérrez. Ordenó que la escolta de éste fuera cambiada. Hecho esto, irrumpió en su casa. Preguntó a Gutiérrez si era cierto lo que se decía sobre la fuga. El otro asintió. Villa amenazó con perseguirlo con toda su División del Norte.

Eulalio Gutiérrez, dice Rojano [2013: párr. 23], se fugó de la ciudad de México la madrugada del 16 de enero de 1915. Esta salida fue sorpresiva incluso para algunos integrantes del gobierno. Martín Luis Guzmán [2010a: 343-344], que dormía en sitios diferentes cada noche por razones de seguridad, no se enteró de la noticia sino varias horas después. En la Secretaría de Guerra se encontró con un grupo de gendarmes trasnochados, que se habían quedado por irse de juerga. Luego de organizarlos, se fue con ellos a su casa, donde se halló un mensaje de José Isabel Robles: “Siento no encontrarlo y que se quede aquí, pero lo hemos estado buscando por todas partes desde la media noche. Por razones gravísimas tenemos que evacuar la plaza. Ya le explicaré. Salimos por el camino de Pachuca, donde espero se incorpore usted lo más pronto posible”.

El escritor debía huir; para ello necesitaba de un medio propicio: un automóvil. El suyo, un cupé que no andaba más de dos kilómetros fuera del asfalto, era inadecuado para tal propósito. Además, su séquito de soldados rezagados había aumentado; en el jardín de San Fernando recogió a otros dos oficiales. Detuvieron un Hudson Super-Six; él y los gendarmes hicieron bajar al dueño y su chofer; hubo un intercambio de tarjetas: el propietario del Hudson exigía la restitución de lo que era suyo; Guzmán expidió una especie de recibo. Los oficiales revisaron el automóvil; todo estaba bien, al parecer. Sólo un problema: no había repuesto de gasolina. La que tenían en el tanque no era suficiente.

Consiguieron el combustible. Guzmán recordó que en su casa tenía dos rifles más. Debían regresar.

El bullicio de los revolucionarios frente al Hotel Lascuráin llamó su atención; seguramente, se discutía la salida de Eulalio Gutiérrez y su gobierno. Había que indagar. Guzmán [2010a: 346] entró al hotel:

En las salas bajas el gentío era enorme: había militares y civiles; villistas, zapatistas, convencionistas. En la sala principal, el estrado atraía la atención de todos al entrar yo. Desde ahí, subido sobre algo que le permitía dominar el concurso y ser visto y oído, peroraba, excitadísimo y elocuentísimo, Roque González Garza. "Porque es -decía- en estos momentos de ansiedad e incertidumbre cuando los verdaderos patriotas..."

Al notar la presencia del escritor, González Garza interrumpió su discurso. Le preguntó, casi gritando para que pudiera escucharlo, si ya sabía lo que estaba ocurriendo. Guzmán se hizo el desentendido; contestó que a eso había llegado. El otro lo puso al tanto: Gutiérrez, Robles, Blanco y sus "secuaces" habían huido. Como el gobierno legítimo debía seguir funcionando para no desintegrarse, González Garza había asumido el Poder Ejecutivo; estaba seguro de que Villa y la Convención ratificarían su nombramiento como presidente. Ofreció a Guzmán el cargo de ministro —o lo que fuere— de Guerra y Marina. La respuesta de éste fue ambigua, pues no quería evidenciarse. Salió del hotel. Debía aprovechar la confusión —seguramente González Garza no estaba al tanto de su filiación con Gutiérrez— para fugarse también. Volvió a rodar el Hudson. Esta vez, se trataba de buscar una salida para encaminarse hacia Pachuca.

En las calles podían verse grupos de soldados que patrullaban. Se encaminaron hacia la Villa de Guadalupe, donde además del movimiento acostumbrado de los comerciantes, que iban y venían como siempre, había indicios de que algún ejército acababa de pasar por ahí. Alguien les hacía señas; no lo conocían. Siguieron su marcha. Pasaron frente a la capilla del Pocito. La carretera estaba cerca. Avanzaron. De improviso, un grupo de hombres a caballo los detuvo. Eran los zapatistas. El jefe les preguntó, irónico, que a dónde iban. Guzmán señaló el camino más amplio. "No, por allí no hay paso", dijo el zapatista. Intentaron regresar, pero tampoco era posible.

Fueron apresados y llevados al patio de una casa que funcionaba como cárcel. Al descender del Hudson, el escritor recordó que hacía poco le habían ofrecido el cargo de ministro de Guerra y Marina. Decidió aprovecharse de las ventajas de su nueva investidura; se identificó. El jefe zapatista, un tal Margarito Cifuentes, sorprendido, tuvo que consultar a un superior. Éste, incrédulo, pidió comprobantes. No los había. Entonces, el nuevo presidente debía corroborar la versión de Guzmán, quien se dirigió, con su custodio, al Hotel Lascuráin. Ahí encontraron a González Garza. Se le acercaron. El escritor pidió que se formalizara su nombramiento. Ya no hubo duda: él y sus oficiales fueron liberados. Sin embargo, no podían escapar juntos. Debían separarse [2010a: 347-351].

Poco después, el escritor renunció a su cargo. González Garza enfureció. Si Guzmán no cambiaba de idea, iba a arrestarlo. Éste debía escapar lo antes posible. La Penitenciaría no era ya un reducto revolucionario, sino una verdadera prisión a cargo de los zapatistas. Se refugió en casa de Vito Alessio Robles, en ese entonces gobernador del Distrito Federal, a quien contó su plan de escape. Sólo quedaba una salida: ir a encontrarse con Villa en Aguascalientes. Vito lo alertó del peligro que representaba su plan, ya que con Villa no se podía jugar.

Roque González aprobó la salida de Guzmán. Dijo que allá tendría un buen recibimiento. Por su puesto, había sarcasmo en sus palabras. Antes de que el escritor llegara a su destino, el presidente había enviado un telegrama al caudillo, reportando el mal comportamiento de su antiguo subordinado.

En medio de esta situación, la noticia de que no partiría solo para Aguascalientes lo consoló. Luis G. Malvárez se había rezagado en la ciudad de México y debía partir cuanto antes; otros dos compañeros, Luis Zamora Plowes y Fernando Galván, harían el viaje con ellos. El recorrido fue incómodo. En la estación de Irapuato, donde esperaron más de doce horas, pudieron ver el movimiento apresurado, entre nervioso y avasallador, que produce la derrota: las tropas de Rodolfo Fierro y Calixto Contreras habían sido vencidas por los carrancistas Diéguez y Murguía en Guadalajara [Guzmán, 2010a: 335].

Las circunstancias tampoco eran muy favorables para el escritor. Malvárez, quien había ido a la ciudad para enterarse de la situación, volvió con malas noticias. Se enteró del telegrama que Roque González Garza había enviado a Villa. En éste, se hablaba de

Guzmán, que debía ser fusilado. Malvéez sugirió cambiar de ruta; huir hacia otra parte, pero el otro insistió en su plan: había que arriesgarse y jugarse el todo por el todo.

En Aguascalientes, luego de apearse del tren, el escritor y su acompañante, Malvéez —Galván y Zamora Plowes habían ido al centro de la ciudad para buscar hospedaje—, siguieron las vías del tren; conforme avanzaban, el camino se volvía más solitario; en eso avistaron a la guardia de Villa, los famosos Dorados, y comenzó su desasosiego. La sola idea del encuentro le parecía a Guzmán un acto suicida, pero debía arriesgarse.

Villa no estaba. La espera, junto con esa sensación creciente de peligro, se volvió insoportable. Malvéez se fue. Un grupo de jinetes apareció al fondo de una calleja formada por los vagones aparcados en fila. Era Villa. El presentimiento de la muerte fue inevitable. Algo había de cierto en la fama de matón que precedía a su antiguo jefe, y le constaba.

En *El águila y la serpiente*, este episodio está lleno de dramatismo y por momentos se deja entrever un final trágico. Martín Luis Guzmán crea un ambiente de tensión muy verosímil, sin que el lector llegue a preguntarse si lo que sucede en la trama es cierto o no, si corresponde a lo sucedido o los acontecimientos están presentados de tal forma que la verdad literaria se imponga a la verdad histórica.

En las *Memorias de Pancho Villa* se narra este mismo encuentro del caudillo con el escritor, y esta nueva versión parece no corresponder del todo con la anterior. El escenario de derrota e incertidumbre en que transcurren las acciones de “A merced de Pancho Villa” está casi ausente en las *Memorias*. En el capítulo XIII del Libro quinto, Villa consigna cómo el 19 o 20 de enero de 1915, recibió en Irapuato un telegrama de Roque González Garza, ahora presidente, donde lo confirmaban como jefe de las fuerzas convencionistas. Ahí mismo, en Irapuato, se encargó de reorganizar a las tropas que venían derrotadas de Guadalajara. Se trasladó luego para Aguascalientes, donde tomaría las disposiciones necesarias para recuperar esa plaza. La campaña de Felipe Ángeles en el noreste seguía su curso sin contratiempos; Juan G. Cabral iba en auxilio de José María Maytorena, que dominaría el noroeste; el norte, desde Torreón hasta Querétaro, estaba bajo el dominio de Villa.

En Aguascalientes se enteró de la llegada de Guzmán, “aquel muchachito que había [...] puesto cerca de José Isabel Robles para que lo ayudara con su buen consejo” [2010b: 799]. Lo mandó buscar, pero el escritor se presentó por su cuenta. El recibimiento fue

amistoso y efusivo; como su secretario lo había dejado, el escritor ocuparía el puesto vacante. Villa llevó a Guzmán a su cuartel general. Allí estaba Fierro, quien se levantó de inmediato y saludó; se acercó para hablar, pero Villa lo detuvo con un ademán. No quería que le hablara de sus derrotas.

Ya en su gabinete, a solas con Guzmán, el jefe de la División del Norte dejó que éste le rindiera sus informes sobre la salida de Eulalio Gutiérrez de la ciudad de México, lo que consideraba como una traición. Le preguntó también sobre José Isabel Robles y sobre Lucio Blanco; a todo respondía Guzmán, ya más tranquilo. Dijo que Gutiérrez había obrado según las peripecias de la política; que Robles había sido muy cuidadoso en no mostrar sus verdaderas intenciones y que Blanco era un hombre débil, indeciso, y por eso no era de fiar.

Villa se convenció de la lealtad del escritor; si se había complicado con los traidores, ya estaba con él, en señal de arrepentimiento. El otro aceptó el puesto que le acababan de ofrecer. Sin embargo, estaba preocupado: su familia había emigrado hacia el norte y no sabía nada sobre su paradero; debía ir en su busca y asegurarse de que estuvieran bien. Solicitó permiso para hacerlo. Villa aceptó, le dio mil pesos a su nuevo secretario y lo acompañó a la estación de tren. Poco después, recibió un telegrama con la dimisión de Guzmán, quien había salido del país para ponerse a salvo.

Como puede observarse, esta versión de las *Memorias* tiene un tratamiento distinto al de *El águila y la serpiente*, aunque el hecho es básicamente el mismo: Guzmán huye de la ciudad de México y va al encuentro de Villa; éste, en lugar de fusilarlo, se muestra indulgente y le ofrece el cargo de Luis Aguirre Benavides, quien acababa de dejarlo. Al final, el escritor también se separa de Villa y decide exiliarse con su familia. La primera versión, dramática y consecuente con la visión del protagonista, un joven inexperto pero culto y con valores morales, es confirmada, para efectos de verosimilitud, por la segunda, donde el escritor es uno de tantos personajes secundarios que orbitan alrededor de la figura de Francisco Villa. Ambas narraciones pertenecen al plano de la literatura, son verosímiles, pero sólo Guzmán supo con certeza si eran completamente verídicas.

Por otra parte, la realidad fáctica terminó por imponerse; el escritor debía ocuparse de arreglar los preparativos para su salida. Susana Quintanilla [2009: 338] menciona que, una vez en Chihuahua, a salvo de los peligros más inmediatos, Guzmán hizo lo que todo

hombre de su condición y en sus circunstancias haría: protegerse a sí mismo y a los suyos, observar su entorno, adecuarse y aprovecharse de la situación. Sabía cómo hacerlo. Antes había colaborado con Robles en cierto negocio: pretendían ayudar al socio del ministro, un tal Jean E. Strong, quien viajaría en un carro especial de ferrocarril para recabar datos, hacer planos y comprar terrenos con petróleo y minerales, todo bajo la mirada indulgente del secretario [2009: 322].

Guzmán debía sacar alguna utilidad de sus relaciones; emprendió, junto con su cuñado Cristóbal Acosta, negocios urgentes, al tiempo que aseguraba su salida hacia España. Su familia estaba en la ciudad de México, padeciendo las vicisitudes de la Revolución. De allí se trasladó al Paso, Texas, y luego a Nueva York, donde Guzmán los esperaba. Acosta le enviaba partes de la situación en el país; al principio le pedía que regresara, pero su entusiasmo financiero fue menguando en cada carta y al final recomendó a su cuñado que ya no volviera.

Capítulo 3: Memorias del exilio, 1915-1936

El exilio fue para Guzmán un lapso creativo; como ya se ha mencionado, en el extranjero escribió sus primeros libros, *La querella de México* y *A orillas del Hudson*. Ambos pertenecen a la fase inicial de su obra, que abunda en el cuestionamiento de la realidad mexicana de la época y en su conexión con procesos históricos sin los cuales, según el escritor, ésta no podría explicarse.

3.1 Primer exilio, 1915-1920

3.1.1 *La querella de México* y la visión histórica de Martín Luis Guzmán

Poco después de su último encuentro con Pancho Villa en 1915, y al confirmar que su familia se encontraba a salvo en los Estados Unidos, Martín Luis Guzmán emigró hacia Madrid, España. Ahí publicó, en la Imprenta Clásica Española, *La querella de México*. Escrito sin eufemismos, a veces febril, este libro es un conjunto de reflexiones sobre su país de origen.

En la breve nota que antecede al *corpus* se hace referencia al volumen como un ensayo de síntesis histórica. La designación genérica no es arbitraria, ya que Guzmán se refiere con frecuencia a procesos del devenir mexicano como la Independencia o la Reforma para explicar aspectos de la realidad nacional, todo ello en el contexto de la Revolución de 1910.

En 1915, Guzmán se había exiliado debido a su ruptura con Francisco Villa. Ese año la División del Norte fue vencida por Álvaro Obregón y, aunque el aspecto político nunca fue la mayor fortaleza de Villa, los carrancistas aprovecharon esta situación para derrotarlo también en ese terreno. En plena lucha de facciones, Guzmán prefirió no tocar en la obra que nos ocupa a los actores de la Revolución. Su argumento fue que él mismo había participado en el movimiento y que había conocido personalmente a los revolucionarios. Este contratiempo no lo detuvo años después cuando se dedicó a narrar lo sucedido en *El águila y la serpiente*, novela publicada por entregas y después en forma de libro en 1928.

En su primer libro, Guzmán se sirvió del ensayo para exponer sus reflexiones sobre temas como el de la educación o la integración de los indígenas y las clases populares al proyecto de nación que emergería de la Revolución.

Al respecto habría que señalar que sólo la facción encabezada por Venustiano Carranza tenía un proyecto de alcance nacional. Villa y Zapata eran regionalistas; además, el llamado Primer Jefe, más hábil que sus adversarios en la política, promulgó en Veracruz, el 6 de enero de 1915, la ley agraria que tanto anhelaban los campesinos.⁹

Para Héctor Aguilar Camín [2010: 549-550], la expedición de esta ley, el pacto con la Casa del Obrero Mundial y las alianzas que Carranza y Obregón establecieron con los detractores de Villa y algunos gobernadores y militares indecisos, los colocaron en una posición privilegiada. Las otras facciones, en cambio, habían tenido diferencias desde el principio. El gobierno de Eulalio Gutiérrez, surgido de la Convención de Aguascalientes de 1914, fue un gobierno efímero; asimismo, su decisión de mantener a Villa en su puesto como general y haberlo nombrado jefe del ejército convencionista llegó a ser un verdadero problema.

El Primer Jefe no reconoció a la Convención y lo que al principio fue un intento de dirimir la querrela iniciada con Villa, fue un hecho que propició la emergencia de una nueva facción. Ésta necesitaba del respaldo militar de la División del Norte y del Ejército Libertador del Sur, y ambos ejércitos, a su vez, requerían ser legitimados por el gobierno convencionista.

Sin embargo, Villa y Zapata establecieron un régimen punitivo que alcanzó a sus mismos aliados. Eulalio Gutiérrez condenó, sin poder hacer nada al respecto, los ajusticiamientos llevaron a cabo. Uno de ellos fue el de David Berlanga. Este coronel había criticado a Villa, quien, sin más, lo mandó fusilar. Guzmán [2010a: 329-330] narra este suceso en “La muerte de David Berlanga”, episodio de *El águila y la serpiente*. El

⁹ En este sentido, Friedrich Katz [2011: 115] mencionó en una entrevista con Claudio Lomnitz lo siguiente: “Carranza —y en ese sentido era heredero del Porfiriato— creía en un gobierno central fuerte, en tanto que Villa y Zapata eran regionalistas, y no pensaban subordinarse a un gobierno central fuerte, fuera el de Carranza o del de otro. Por su parte, Héctor Aguilar Camín [2010: 548] señala que “durante 1915, las fuerzas carrancistas mandadas por Álvaro Obregón avanzaron sobre los puntos estratégicos del país hasta dominarlo, en parte debido a la inconsistencia militar y política de sus oponentes. Ni villistas ni zapatistas concibieron sus luchas como un desafío por la hegemonía nacional”.

protagonista de la novela, *alter ego* del escritor, escucha las palabras de Rodolfo Fierro, conteniendo el impulso de tomar su arma y vengar a Berlanga:

A despecho de las tinieblas, vi bien cómo apretaba cuidadosamente el puro entre las yemas de los dedos. Se adivinaba que, ajeno casi a su muerte inminente, Berlanga se deleitaba deteniéndose, a intervalos, para contemplar el enorme capullo de ceniza, cuyo extremo, por el lado de la lumbre, lucía con un vago resplandor color de salmón. Cuando el puro se hubo consumido casi por completo, Berlanga sacudió bruscamente la mano e hizo caer la ceniza al suelo, cual braza a la vez brillante y silenciosa. Luego tiró lejos la colilla, y con paso tranquilo, ni precipitado ni lento, fue a ponerse de espaldas contra la pared... No se dejó vendar...

Recuérdese que el mismo Eulalio Gutiérrez, al verse amenazado por esta arbitrariedad, huyó de la ciudad de México y trató de pactar con los carrancistas, antiguos enemigos suyos. Guzmán era parte del gobierno convencionista, se había distanciado de su anterior jefe y había elegido otro bando, por lo que también huyó. Sin embargo, sabía que el encuentro con el caudillo era inevitable. En las *Memorias de Pancho Villa* hay transcrito un supuesto telegrama que da continuidad al episodio final de *El águila y la serpiente*, donde Martín Luis Guzmán abandona el país [2010b: 803]:

Señor general Villa: Ya estoy en territorio de los Estados Unidos, donde también se halla mi familia, y me siento inclinado a separarme de la lucha. Crea, mi general, que cuando nos despedimos en Aguascalientes no andaba yo en ánimo de engañarlo, sino que fue sincera mi promesa de volver, para seguir a su lado hasta consumarse el desarrollo de nuestro triunfo en bien del pueblo. Pero sucede que reflexiono cómo son ya enemigos suyos todos los hombres de mi preferencia. Lucio Blanco es su enemigo, mi general, y José Isabel Robles, y Eulalio Gutiérrez, y Antonio I. Villareal; y ciertamente no quiero yo pelear en contra de ellos, de la misma forma que no considero pelear contra usted. Cuanto más, que esta nueva lucha no es ya la lucha por nuestra causa, habiéndose consumado el triunfo con la derrota de Victoriano Huerta, sino la lucha por lo que nombran poderes de gobierno. Quiero decirle, señor, que me voy lejos de nuestro país, que me voy a tierras donde mis actos no puedan parecerle hostiles, ni lo parezcan así a mis demás compañeros, y que al sacrificarme yo de este modo, no dudará usted del mucho ánimo de lealtad que me aparta de todos los bandos.

El exilio duró cinco años, de 1915 a 1920. En este lapso Guzmán escribió *La querrela de México* y *A orillas del Hudson* (1920), este último en Nueva York, donde se hospedaba en un hotel cercano al río Hudson, de ahí el título del libro.

La obra inicial de Guzmán está caracterizada por la búsqueda de medios para materializar su pensamiento crítico, a veces intransigente y determinado quizá por la convulsa situación de la época. De igual modo, existe un profundo interés por la realidad mexicana, como puede verse en uno de los apartados de *La querrela de México*, “La inmoralidad del criollo”, donde el autor hace un examen de la constitución moral de ese grupo social al que él mismo decía pertenecer, señalando, en primer término, el problema de la política mexicana, corrupta y sin ideología propia. El autor vio en esto un hecho sintomático; remitiéndose al pasado, a la Independencia, encontró “un verdadero defecto de conformación nacional”.

En adelante, Guzmán hace una síntesis de tres procesos históricos, la Independencia, la Reforma y el Porfiriato, señalando que el origen del primero fue producto de “una vieja querrela, de una vaga exaltación literaria y de una oportunidad” [2010a: 378-380]:

Hasta México refluyó, tardía y ya casi extinta, la onda de revolución espiritual que había conmovido a Europa y Norteamérica en la segunda mitad del siglo XVIII. Su influencia no fue entre nosotros de aquellas que simplemente aceleran los efectos de un anhelo largo tiempo alimentado y contenido, sino de las que producen un estado de exaltación artificial sobre bases engañosas. El grupo de la sociedad mexicana que se creyó entusiasmado por la idea de libertad pertenecía a la clase opresora y no a la clase oprimida de la Nueva España; no era el material más a propósito para inflamarse al contacto de las nuevas ideas francesas. Pero éstas, y el ejemplo de los Estados Unidos, llegaron en sazón para prestar un motivo de noble desahogo al viejo -y quizás justorrencor de los criollos por los españoles, y encausarlo confusamente hacia una posibilidad atrevida y lisonjera: la Independencia.

El escritor propone una hipótesis que con el tiempo ha terminado por confirmarse: la Independencia no fue para nada un movimiento popular. En este sentido, y en muchos otros, Martín Luis Guzmán es un precursor. Para Arturo Delgado [1975: 62], *La querrela de México* es un antecedente claro de la tendencia que se inició con la publicación, en 1934,

de *El perfil del hombre y la cultura en México*, del filósofo Samuel Ramos, que propuso una visión crítica de lo mexicano, necesaria y aun indispensable en los estudios posteriores sobre este tema.

En cuanto a *La querella...*, el autor se refiere a la Reforma como una etapa que se malogró por la súbita llegada del Porfiriato:

No hubo tiempo. Sobrevino el régimen de Díaz, el régimen de la paz como fin y de las petulancias sociológicas, el cual, vuelto contra la corriente natural de nuestra historia, soltó de las manos la obra espiritual comenzada apenas, la única verdadera. Los directores de la vida social mexicana, a partir del 70, ignoraron el sentido histórico de su época y mataron en su cuna la obra fundamental que iba a hacerse. Después de la Reforma y la lucha contra la intervención francesa, que dio a aquélla un valor nacional, la única labor política honrada era la obra reformadora, el esfuerzo por dar libertad a los espíritus y moralizar a las clases gobernantes, criolla y mestiza. El régimen de la Paz hizo criminalmente todo lo contrario. Instituyó la mentira y la venalidad como sistema, el medro particular como fin, la injusticia y el crimen como arma; se miró en *El imparcial*, periódico inmoral e infame; engendró todos los Ñingos Noriegas de nuestros campos, los lord Cowdrays de nuestras industrias, los Rosalinos Martínez de nuestro ejército.

Guzmán, como muchos otros autores, concede un aspecto positivo al Porfiriato: la paz, virtud que, sin embargo, tuvo un costo muy alto para la mayoría de los mexicanos y a la larga para el propio régimen, que vio despertarse sin poder hacer nada los atavismos dormidos del pueblo al que ya no pudo someter. Por otra parte, las petulancias sociológicas de las que se habla en la cita son una referencia clara a los Científicos, que conformaban un reducido círculo de poder cuyo centro era Porfirio Díaz.

La severidad con que el escritor juzga al gobierno —que no a su figura central, Díaz, su ídolo de la infancia— es un rasgo común de *La querella de México*, como se ve en “La inconsciencia moral del indígena”:

Verdad es que fácilmente se cae en el error de transportar a cada uno de los aspectos de la vida indígena el grado de perfección de lo que fue en ella excelente; y así se ha llegado hasta suponerles un código moral. Mas todo es vano. El culto efímero de Quetzalcóatl, divinidad humanitaria y dulce, y su destierro definitivo, señalan la

culminación y descenso del alma indígena, el esfuerzo máximo que ella no pudo realizar y del cual volvió más débil que nunca y, por lo tanto, más inhumana y cruel.

Estas polémicas palabras no lo son tanto si tomamos en cuenta el contexto en que Martín Luis Guzmán las escribió, ya que no son muy distintas de las que su compañero del Ateneo José Vasconcelos expone, varios años después, en *La tormenta*, de 1936, y del pensamiento ladino de la época, caracterizado por la creencia de jerarquías genéticas entre los grupos sociales y étnicos. Es cierto que Manuel Gamio publicaría, en 1916, una apología indigenista en *Forjando patria*, pero la valoración de las culturas originarias de México y los grandes descubrimientos arqueológicos todavía no habían impactado al estrato intelectual de los primeros dos decenios del siglo XX.

Cabe citar al respecto un estudio de Claude Lévi-Strauss [2004: 304-339], “Raza e historia”, donde el antropólogo francés confiere a los de su gremio la fatigosa carga de haber confundido la noción biológica de raza, si es que la hay, con las producciones sociológicas y psicológicas de las culturas humanas.

Un ejemplo desafortunado está en la justificación del evolucionismo sociológico a través de las conquistas del darwinismo. Lévi-Strauss no desaprovecha la oportunidad de escindir estas dos versiones y llama al primer caso “el maquillaje falsamente científico de un viejo problema filosófico”. Los fundadores de esta doctrina, Edward Burnett Tylor y Herbert Spencer, dice, la elaboraron y publicaron antes del *Origen de las especies* de Charles Darwin o bien sin haber leído esta obra fundamental.

En México, el grupo de los Científicos había adoptado la doctrina sociológica de Spencer, un “spencerianismo a la mexicana”, como lo llama Julio Patán [2009: 14], que justificaba la existencia y aun la necesidad de la dictadura, además de que veía con naturalidad los contrastes sociales, cada vez más evidentes, de un país regido por fuerzas impersonales cuyo designio era la preeminencia de los ricos sobre los pobres. Así lo explica Arturo Delgado [1975: 22-23]:

Los miembros del futuro partido *científico*, tratando de defender los intereses de la clase a la que pertenecían, la burguesía, concebían al estado como un simple vigía de un orden social que justificaba la existencia de clases, pobres y ricos, en contraposición de lo que pedía el liberalismo: igualdad de todos los individuos. A la revolución

opondrán la evolución. Pensaban que el pueblo mexicano no estaba todavía apto para la libertad en el sentido amplio proclamado por los reformadores, pues la sociedad, decían, no había avanzado lo suficiente para hacer uso de ella.

Al contrario de los Científicos, la postura que adopta Martín Luis Guzmán respecto de los indígenas está determinada por un liberalismo paternalista, reconociendo y aun exigiendo la obligación moral de los criollos para depurar sus vicios y dirigir a los demás grupos sociales mediante, ahora sí, una república con dotes liberales.

La querrela de México no se distingue por la formulación de utopías sociales, sino por la exposición crítica de lo mexicano. Lo que el escritor vio desde lejos, vívido por lo cercano de sus experiencias, fue un territorio maltrecho. Por ello, definió su postura y mostró sin retoques los rasgos negativos de su país [2010a: 372]: “No soy escéptico respecto de mi patria, ni menos se me ha de tener por poco amante de ella. Pero, a decir verdad, no puedo admitir ninguna esperanza que se funde en el desconocimiento de nuestros defectos”.

De este modo, el autor de *La querrela de México* se indultaba mediante la autocrítica. Admitida esta premisa, debían manifestarse las esencias negativas del país, y una vez expuestas, entendida la constitución real del mexicano, con sus defectos y todo, debía pensarse en un modo de corregirlas, generando teorías propias en lugar de seguir modelos extranjerizantes, o adaptando éstos a la realidad específica de México.

3.1.2 *A orillas del Hudson*: el estilo de vida americano

Si *La querrela de México* es un tratado de lo mexicano, como más adelante lo serán *El perfil del hombre y la cultura en México* de Samuel Ramos y *El laberinto de la soledad* (1950) de Octavio Paz, *A orillas del Hudson* es una obra más heterogénea, donde Guzmán, sin perder la vehemencia crítica, matizada esta vez por una cierta corrección política, continúa con sus reflexiones sobre México. En la nota introductoria el autor señala que el volumen es una compilación de textos escritos en Nueva York y aparecidos entre 1916 y 1918 en la *Revista Universal* y el diario *El gráfico*. El libro está organizado en cuatro apartados: “Política”, “Crítica”, “Poemas y ensayos” y “Varia”.

El primer apartado deja ver la preocupación de Guzmán por la vida política, no sólo de México, sino también de los Estados Unidos. En definitiva, la estancia en este último

país influyó en el escritor, que no sólo se dedicó a la práctica ociosa de su oficio, sino que absorbió la forma de vida yanqui, entendió su pragmatismo y sintió el pulso del espíritu norteamericano, sin el cual la nación no hubiera alcanzado el estatus de potencia mundial en tan poco tiempo. En esta ocasión, la perspectiva de Guzmán [2010a: 397] es la de un exiliado que escribe sobre su terruño:

Vista desde lejos por un mexicano, y a la luz de lo que acontece en otros países, la vida pública de México se presenta con perfiles enteramente definidos y claros. Falso que sea aquél un país tan absurdo como suelen creer algunos de sus hijos, o tan inexplicable y misterioso como a menudo aseguran los extranjeros.

Desde el extranjero, el autor pudo apreciar todos los matices de la política mexicana, y no sólo sus aspectos negativos, como lo había hecho poco antes en *La querrela de México*. Esto no eximía, sin embargo, a los políticos cuya única virtud había sido el don de mando, nada más. Estos personajes preferían la guerra y el caos, situaciones donde se justificaba la presencia de los caudillos y que resultaban inaceptables para un liberal que cree también en la racionalidad y no en el imperio de las armas sobre el de las ideas.

A pesar de que Guzmán estuvo presente en los años convulsos de la revolución constitucionalista, de 1913 a 1915, lo que vino después, la lucha por el poder, fue la causa de su primer exilio; el escritor responsabiliza también a los ciudadanos, en especial a los hombres cultos como él, cuyo celo en el oficio que practicaban no se veía reflejado en el campo de la política [2010a: 398]:

Frente por frente de los políticos militantes, la gran masa de los mexicanos vive entregada a sus negocios. Priva entre las clases mejor educadas del país la teoría de que la política, la política mexicana por lo menos, es sólo digna de los espíritus aventureros o inferiores y de quienes ambicionan el poder o el enriquecimiento rápido. Y de tal actitud toman pie circunstancias favorables a la continuación del régimen de la violencia. Porque si esas clases, de cuyo seno podrían salir políticos dotados, a lo menos, del instrumento indispensable para hacer política sin recurrir a la espada, queremos decir, políticos capaces de utilizar el lenguaje y la escritura, se abstienen de todo impulso ciudadano, no hay alternativa para que cese el reino de los que entienden a golpes, ni asiste justificación moral a quienes se lamentan de que así ocurra.

Seguramente, la clase culta de México tenía presente la inmolación de Francisco I. Madero en 1913, quien no sobrevivió a la sedición de sus adversarios, inmersos en un régimen que nada tenía que ver con la buena voluntad y las ideas progresistas del presidente. La misma prensa de esos años, subvencionada por los porfiristas y acostumbrada, en su mayoría, a la adulación interesada, arremetió contra Madero y confundió la libertad con el libertinaje. Este entorno violento echaba por tierra las aspiraciones políticas de cualquier intelectual, que terminaba cediendo su lugar a hombres de armas o políticos sin escrúpulos capaces de sobrevivir en tal ambiente.

En este mismo sentido, resulta interesante que uno de los compañeros de letras de Guzmán, el ya mencionado José Vasconcelos, decidiera postularse en 1929 como candidato a la presidencia y, tras verse defraudado en los comicios, no fuera escuchado por el pueblo en su llamado a las armas, pues tampoco era un caudillo. Está claro que el ser político no se caracteriza por una conducta moral, y si, como propuso Stefan Zweig [2011: 10-11] en su biografía sobre Joseph Fouché, éste era el prototipo del político, no podía esperarse mucho de quienes ostentaban el poder en México; no al menos en el terreno de la moralidad y la decencia.

Uno de los aspectos más sobresalientes de *A orillas del Hudson*, además de la continuidad que tiene el estudio de lo mexicano iniciado en *La querrela de México*, es la atención que presta el autor a la relación, no sólo diplomática, entre México y los Estados Unidos. Este interés por el vecino del norte puede tener varias causas. En primer lugar, Martín Luis Guzmán ya se había desempeñado como “diplomático” en Phoenix, Arizona, durante 1910, gracias a la mediación de su antiguo maestro Victoriano Salado Álvarez, quien lo recomendó para el puesto de escribiente en el Consulado de México en esa ciudad.

Sin embargo, el escritor regresó apresuradamente a México ese mismo año cuando supo que su padre había sido herido en combate; en esa ocasión, pudo verlo por última vez y conversar con él.

Tres años después de ese incidente, en 1913, el escritor se unió al movimiento constitucionalista, del que se separó en 1915, fecha de su primer exilio. La mayor parte de este alejamiento, que inició con una estancia de meses en Madrid, se desarrolló en los Estados Unidos, donde entró en contacto no sólo con el modo de vida de los norteamericanos, sino también con la opinión pública de ese país, interesada en las

consecuencias políticas de la Revolución Mexicana y sus repercusiones internacionales. Además, estaba al tanto de la producción intelectual de otros mexicanos como Francisco Bulnes y Manuel Calero, preocupados más en juzgar la política internacional del presidente Woodrow Wilson respecto de México.

Esta situación, su trato cotidiano con el pueblo y el conocimiento directo de la opinión pública, debió influir en la perspectiva de Guzmán, quien ahora podía observar, desde el exterior y valiéndose de estos nuevos referentes, a su país, sin olvidar que el destino político de éste dependía en gran medida de su relación con los Estados Unidos.

El autor incluyó también un artículo dedicado a Francisco Madero, donde se infiere ya la inclinación del escritor por entender la vida de este tipo de personajes en el contexto más amplio de la historia nacional; el escritor consideró que Madero representaba y aun personificaba el valor moral de la Revolución, que no fue precisamente un movimiento generador de este tipo de virtudes [2010a: 407-408]:

En el desarrollo de este movimiento social Madero fue, y sigue siendo, el valor más importante. Para explicarse la parte más noble de la Revolución quizás no haya mejor camino, ni camino más corto, que el de reducir la Revolución a la esencia y los atributos del carácter de Madero [...] Lo mismo los revolucionarios vociferadores de 1911 y 1912, que los reaccionarios de 1913, vieron siempre en Madero un ser incapaz (tan sólo porque no recurría a los excesos ni a la violencia), y así se explica que algunos de los primeros se hayan unido a los segundos en la hora del crimen. Así se explica también el fracaso de Madero en la obra transitoria de dominar a su pueblo, inculto y excesivo.

Está claro que la revolución iniciada por Francisco I. Madero no fue lo que él esperaba; acudieron a su llamado hombres rudos y violentos, más aptos para la lucha armada que la mayoría de los integrantes del Partido Antirreeleccionista. En este punto, cabe señalar uno de los aspectos recurrentes en la obra de Guzmán: el desarrollo de una dialéctica de elementos contrarios o disímiles, como lo racional y lo que está condicionado por fuerzas netamente vitales, más primitivo. En *La querrela de México*, por ejemplo, se encuentra la yuxtaposición del criollo y del indígena como representaciones de estos elementos.

Julio Patán [2009: 27] explica esta idea mediante un pasaje de *El águila y la serpiente*, el primer encuentro del escritor con Pancho Villa: “Lo que narra Guzmán [...] es

el encuentro entre su México, el México civilizado de las clases educadas capitalinas, y el otro, el México telúrico, *profundo* [...], encarnado por el general y sus huestes”. El escritor reconocía cierto parentesco de origen entre ambos territorios; éstos, no muy diferentes entre sí, eran uno sólo. Se trataba de un todo orgánico que mostraba sus aspectos más negativos pero también una pureza que daba a la Revolución Mexicana su sentido más esencial, y éste provenía precisamente del espacio “telúrico”. De acuerdo con Guzmán [2013: 478],

la Revolución Mexicana no procedió iluminada por una preparación ideológica, sino que había surgido desde lo más hondo de los atisbos o adivinaciones de lo que se llama instinto, y que, naturalmente, a los más instintivos, a los menos transformados por la educación y la cultura, quedaba reservado hacer en ella lo que no era obra de cultura ni de civilización.

Pancho Villa encarnaba toda la incultura, el instinto; era un revolucionario que no estaba contaminado con ninguna clase de ideología política y sus ambiciones se reducían a satisfacer sus necesidades más elementales, aunque con frecuencia éstas se volvían insaciables.

Alberto J. Pani, que todavía conservaba el cargo de subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes poco después del asesinato de Madero, y Martín Luis Guzmán, presentado como ministro, eran guiados hasta el escondrijo de Villa por un tal Neftalí Amador. Pasaron junto con él a una pieza accesoria, en cuyo rincón más alejado se encontraba Villa. Estaba recostado en un camastro; parecía estar descansando y mientras escuchaba las inútiles presentaciones de su subordinado, permanecía inmóvil, como expectante. El escritor narra en *El águila y la serpiente* [2010a: 66]:

Era evidente que Villa se había metido en la cama con ánimo de reposar sólo un rato: tenía puesto el sombrero, puesta la chaqueta y puestos también, a juzgar por algunos de sus movimientos, la pistola y el cinto con los cartuchos. Los rayos de la lámpara venían a darle de lleno y a sacar de sus facciones brillos de cobre en torno de los fulgores claros del blanco de los ojos y del esmalte de la dentadura. El pelo, rojizo, se le encrespaba entre el sombrero y la frente, grande y comba: el bigote, de guías cortas, azafranadas, le movía, al hablar, sombras sobre los labios.

Su postura, sus gestos, su mirada de ojos constantemente en zozobra denotaban un no sé qué de fiera en el cubil; pero de fiera que se defiende, no de fiera que ataca; de

fiera que empezase a cobrar confianza sin estar aún muy segura de que otra fiera no la acometiese de pronto queriéndola devorar.

Para el escritor, Francisco Villa representaba no sólo el impulso más vigoroso de la Revolución, sino su esencia misma. Ésta se manifestaba en los hábitos casi salvajes del caudillo, pero también en sus pretensiones justicieras, guiadas más por su carácter arrebatado y fundadas en un sentido demasiado elemental de la ley.

Aparte de las preocupaciones sobre México y su relación con los Estados Unidos, *A orillas del Hudson* se caracteriza también por su heterogeneidad, lo que no es raro si se piensa que se trata de una compilación de artículos periodísticos y textos de diverso género, desde reseñas de libros y verdaderos híbridos que el autor agrupó, a falta de un título más adecuado, en el rubro “Varia”.

Esto lo explica Guzmán en una entrevista con Emmanuel Carballo [2003: 65]: “*A orillas del Hudson* es la obra de un mandarín de las letras. En casi todas sus páginas domina la doctrina del arte por el arte”. Esta doctrina, *ars gratia artis*, puede apreciarse en la escritura misma del libro, que adquiere formas variadas, como si el autor pretendiera encontrar el cauce más favorable a su pensamiento. Julio Patán [1996: 112] menciona al respecto:

En *A orillas del Hudson* Guzmán todavía está definiendo su postura de creador. Aun así, el grueso del libro señala que el autor propendía ya al estilo distintivo de sus años posteriores y poco a poco purificaba de adornos su prosa [...] Es, además, un claro puente hacia el texto que enseguida viene: *El águila y la serpiente*.

A orillas del Hudson puede verse como el antecedente inmediato de *El águila y la serpiente*; ambos libros comparten ciertas características en el estilo periodístico, si bien el segundo es mucho más complejo y mantiene, por medio del protagonista y el lapso en el que se desarrollan las acciones, una unidad menos artificial que el primero.

En las *Obras completas* del escritor, *La querrela de México* y *A orillas del Hudson* vienen integrados en un solo volumen, junto con *Otras páginas*, también una compilación de diversos trabajos publicados entre 1912 y 1939. Así, en conjunto, el parentesco de los tres volúmenes se hace más evidente.

Otras páginas, lo mismo que *A orillas del Hudson*, se ocupa de la política mexicana y de la relación de México y los Estados Unidos, si bien el primero abarca un lapso más amplio. Por tanto, los acontecimientos y los personajes son otros, o son los mismos pero en diferentes circunstancias de las que se encontraban al promediar la segunda década del siglo XX.

3.2 Dos rebeliones, 1923-1927

3.2.1 *La sombra del caudillo*

El primer exilio madrileño de Martín Luis Guzmán fue breve; como ya se ha mencionado, en aquella ciudad española escribió, al parecer como una forma de librarse del presente convulso pero también de entender su pasado inmediato, su primer libro, *La querrela de México*. La Revolución casi ni se menciona, salvo para advertir, en el prólogo, que son demasiado recientes los hechos y que el autor también participó en este movimiento.

Por otro lado, se plantea la historia de México como un flujo constante de acontecimientos, ininterrumpido, donde se eslabonan procesos históricos como la Independencia y la Reforma, hasta llegar a la Revolución, que en 1915 estaba en pleno desarrollo.

Cuando el revolucionario se retiró de los campos de batalla, el escritor empezó a ejercer su oficio; nada se sabe de la libreta donde supuestamente anotaba lo que veía, y en el primer libro se descubre poco de sus vivencias. Algo debió motivarlo para volver, no a su país, sino a otro más cercano, desde donde pudiera observar el transcurso de la Revolución. Recorrió las avenidas de Nueva York, una ciudad hecha a propósito para el tráfico incesante de personas y vehículos, siempre en movimiento. *A orillas del Hudson* es, en parte, el testimonio de un mexicano admirado por el orden y el pragmatismo norteamericanos.

En México seguía la Revolución. La tensión política entre las facciones estaba en su momento más álgido; Obregón y Villa se aprestaban para el combate; el gobierno nacional había huido y se desintegró en el trayecto hacia el norte. Como señala Susana Quintanilla [342-343], de él sólo quedó un grupo de jinetes cuyo aspecto maltrecho no podía causar más que lástima: Vasconcelos iba acompañado de Elena Arizmendi, que se había negado a dejarlo. Ambos irían a los Estados Unidos. Eulalio Gutiérrez, quien se mantenía firme en su

postura, dijo a su ministro que si recibía noticias de su renuncia, que las descreyera: él no haría tal cosa. Al poco tiempo, sin embargo, renunció.

El contexto internacional también era convulso; la Primera Guerra Mundial había comenzado el 28 de julio de 1914, año en que los revolucionarios mexicanos finalmente habían derrocado a Victoriano Huerta, quien presentó su renuncia a la presidencia el 15 de julio, y se ocupaban en la rendición del gobierno “ilegítimo” dejado en manos de Francisco Carvajal.

Obregón entró a la ciudad de México en agosto, seguido por el Primer Jefe, que llegó poco después a la capital. Pablo Serrano [2013: párr. 6] menciona que este episodio, “antes que concluir la trayectoria militar de los revolucionarios, no hizo sino arrojarlos a una nueva etapa: la guerra civil”.

Es entonces, con el enfrentamiento de las facciones, que los efectos de la Gran Guerra comenzaron a ser evidentes; ya no era tan fácil conseguir armas en la frontera con los Estados Unidos, ahora más interesados en explotar el mercado más amplio que había generado el conflicto europeo. La Convención, que al principio fue un intento de legitimar a Carranza por medio de sus allegados, entre ellos varios gobernadores y generales designados por él mismo, obtuvo su soberanía y logró constituirse en gobierno, eligiendo como presidente a Eulalio Gutiérrez.

Según Carlos Betancourt [2013c: párr. 1], a principios de 1915 Francisco Villa se enteró de la fuga de Gutiérrez. El caudillo se sintió herido y traicionado, pues buscaba “la continuidad y permanencia de este gobierno, que legítimamente disputaba a Venustiano Carranza la facultad para dirigir al país”. Aunque a Villa no le interesaba esto último, sí necesitaba de un reconocimiento oficial para consumar la lucha armada y terminar con el Primer Jefe y su respaldo militar, Obregón.

Las refriegas se desarrollaban en el noroeste del país con la campaña de Felipe Ángeles, y el mayor escenario para la lucha se estaba gestando en el Bajío central, donde los constitucionalistas ocupaban la plaza de Querétaro. Villa estaba indeciso. Ángeles le solicitaba su apoyo para terminar lo antes posible con su incursión y juntos vencer a Obregón; también había considerado ir a Guadalajara y recuperar esta plaza; sin embargo, decidió enfrentarse con Obregón lo antes posible y medir su capacidad militar con aquél.

Según se narra en las *Memorias* [2010b: 847-848], Villa salió de Monterrey para trasladarse a Torreón, donde su hermano Hipólito le informó sobre la escasez de municiones y la situación de los “negocios internacionales”, que no iban del todo bien. Villa valoró por sí mismo la situación; el prestigio de su división estaba en juego; no podía, como más tarde iba a sugerírsele Felipe Ángeles, atrincherarse en algún poblado y asumir una actitud defensiva; haría lo mismo de siempre: dispondría la artillería de tal modo que pudiera respaldar su caballería, que cargaría por diferentes flancos, una y otra vez, hasta obtener “a sangre y fuego” la victoria.

El enfrentamiento inició en la madrugada del 6 de abril, cuando las vanguardias de ambos ejércitos se encontraron. Esta vez, la consabida estrategia de Villa dio resultados: su caballería hizo retroceder a las fuerzas de Fortunato Maycotte, quien tuvo que huir; Obregón sólo se presentó para imponer orden, ya que los vencidos debían emprender la retirada sin romper la formación. La derrota había sido parcial para los constitucionalistas; en cambio, pese a la victoria, el panorama no lucía tan alentador para la División del Norte. Así que Villa debía terminar con su rival lo antes posible.

La madrugada del día siguiente, la artillería comenzó su asedio sobre los puestos más adelantados de Obregón. La caballería villista arremetió de nuevo, pero, como señala Carlos Betancour [2013: párr. 7], encontró en las trincheras enemigas, resguardadas con alambre de púas y ametralladoras en cada extremo, un obstáculo difícil de superar.

Obregón esperó hasta que los villistas se debilitaran lo suficiente para asestar el golpe definitivo: envió por los flancos a su caballería e intentó “envolver” el centro de su enemigo, al frente del cual estaba el mismo Villa. Éste se dio cuenta de la maniobra y ordenó la retirada.

Pocos días después, el 13 del mismo mes, el ejército de Obregón y la División del Norte volvieron a enfrentarse. El resultado fue el mismo. Las bajas en el lado villista, entre muertos y heridos, eran cuantiosas. Villa tuvo que retirarse de nuevo y esperar hasta junio para desquitarse del Perfumado, quien había avanzado y se encontraba ahora en La Trinidad, donde había establecido su cuartel general.

El día primero, los villistas atacaron Silao. Obregón decidió esperar. Dos días después, se dirigió con su escolta a la hacienda Santa Ana, donde el enemigo causaba estragos. Ahí se encontró con una columna de éstos, y fue atacado por la artillería. Aturdido

por las explosiones, sintió que un proyectil casi lo había alcanzado (el dolor en su brazo derecho era insoportable). Fue llevado al cuartel general, donde lo atendieron. Como se sabe, perdió el brazo.

Benjamín Hill y Francisco Murguía continuaron la campaña contra Villa, quien se había estado replegando hasta llegar a León, donde fue derrotado de nuevo. Poco quedaba de aquel formidable ejército que el mismo Obregón había visto desfilar frente a sí, admirando su disciplina militar y la fama que lo precedía. Villa, dice Carlos Betancourt [2013c: párr. 11], se retiró hacia el norte y “estableció una estrategia de guerra de guerrillas, que se convirtió en uno de los principales dolores de cabeza de don Venustiano”.

A propósito de éste último, Guzmán no mostró ningún interés para regresar a México durante su gobierno. Lo intentó en 1919, pero tuvo que volver de inmediato a los Estados Unidos, donde permaneció varios meses. Con el triunfo de la rebelión de Agua Prieta, la caída de Carranza en mayo de 1920 y el encumbramiento político de los sonorenses Obregón, De la Huerta y Calles, las cosas parecían más favorables para el escritor, que volvió ese mismo año al país.

Se puso en contacto con sus antiguos compañeros, entre ellos varios adeptos a De la Huerta, quien había ocupado la presidencia provisional en tanto se organizaban las elecciones donde sería elegido Álvaro Obregón.

Para 1922, Guzmán ya era diputado. Fue promovido por el Partido Nacional Cooperatista que, desde su creación en agosto de 1917, tuvo una participación interesante en la política mexicana. De hecho, este partido había apoyado la candidatura de Obregón, pero en esta ocasión, cuando el caudillo mostró su predilección por Plutarco Elías Calles, los dirigentes del partido y varios de sus integrantes —entre ellos Guzmán— decidieron adherirse a De la Huerta, quien era secretario de Hacienda. Las salidas políticas se habían agotado para este grupo, por lo que De la Huerta y sus allegados decidieron rebelarse contra el gobierno de Obregón.

Alberto J. Pani, antiguo compañero de Guzmán, pidió que éste fuera a verlo a su oficina en la Secretaría de Hacienda y Crédito Público; en su entrevista Pani advirtió al escritor sobre los riesgos de su filiación con De la Huerta, y le pidió que cambiara de facción, o las consecuencias podían ser fatales. Guzmán volvió a emplear su método predilecto para este tipo de situaciones: dijo a Pani que iba a exiliarse y que preguntara a su

jefe, Obregón, si esta salida que proponía le parecía adecuada. También pidió que se le indemnizara de alguna forma para que pudiera establecerse en el extranjero sin mayores problemas.

El presidente aceptó la propuesta del escritor; éste, por su parte, inició los preparativos para su salida del país. El gobierno ideó una maniobra para entregarle el dinero que solicitaba; compraría *El Mundo*, periódico que Guzmán dirigía desde 1922 y desde donde había hecho pública su preferencia por el candidato De la Huerta y los recelos que guardaba de Calles, el candidato oficial.

Aunque Guzmán había recibido el visto bueno de Obregón, su situación era precaria. Su plan consistía en llegar a los Estados Unidos y de allí salir hacia España. El primer tramo del camino fue el más complicado. Al llegar a Laredo, Tamaulipas, un coronel del ejército se acercó al tren donde viajaba y, una vez que encontró su gabinete, tocó a su puerta para solicitarle que lo acompañara. El coronel lo llevó con su superior, un general de apellido Hurtado, quien tenía órdenes de fusilarlo. Éstas iban firmadas por el general Francisco Serrano, nada menos que el Ignacio Aguirre de *La sombra del caudillo*, inmolado en Huitzilac en 1927.

No era la primera vez que Guzmán se encontraba en esta situación. Recuérdese su último encuentro con Pancho Villa, que estuvo precedido por un telegrama en el que Roque González Garza recomendaba que, por su mal comportamiento, el escritor fuese pasado por las armas. En esta ocasión, el general Hurtado tampoco acató la orden de Serrano. En su lugar preguntó a quién debía darle su apoyo, si al gobierno de Obregón o a De la Huerta. El escritor no respondió y pidió que lo dejaran en libertad.

En 1925 llegó a España, donde no tardó en involucrarse de nuevo en la política, esta vez como partidario de los republicanos que habían reaccionado frente al golpe de estado de Primo de Rivera. Se relacionó, sobre todo, con Manuel Azaña, cuyo prestigio político iba en aumento. Permaneció con él hasta que fue elegido presidente del Gobierno de España y se desempeñó como su consejero. Precisamente fue el escritor quien propuso al presidente Azaña el derrocamiento del régimen de Antonio de Oliveira Salazar en Portugal, aunque este proyecto no prosperó.

Fue en España donde Guzmán, atento siempre a lo que sucedía en México, se enteró de los sucesos de Huitzilac, donde un grupo de personas, adeptos al general Francisco

Serrano, y él mismo, fueron asesinados el 3 de octubre de 1927. Obregón, quien pretendía reelegirse después del periodo de Calles, había hecho que se modificara la Constitución, por lo que ahora podía postularse de nuevo como candidato a la presidencia.

Lo acaecido en Huitzilac impresionó de tal modo al escritor que dejó inconcluso un proyecto de tres libros en el que estaba trabajando. Desde ese momento comenzó redactar *La sombra del caudillo*, partiendo de sus experiencias de 1923 con De la Huerta y combinando estos sucesos con el final trágico de Serrano.

Ignacio Aguirre, protagonista de la novela, es un general que ocupa el cargo de ministro de Guerra en el gobierno del Caudillo, un personaje cuyo nombre propio hace referencia, de manera genérica, a los jefes de la Revolución y al poder que éstos acumularon durante la lucha armada. Axkaná González, amigo cercano de Aguirre, es un diputado que conserva, a pesar de su incursión en la política, una calidad moral que le permite aconsejar al ministro, quien está inmiscuido en una lucha por el poder que consiste en suceder en el cargo de presidente al Caudillo; éste, sin embargo, ya tiene a su candidato oficial, Hilario Jiménez, ministro de Gobernación.

El planteamiento, la situación y los personajes son reconocibles para cualquier lector enterado de la historia reciente de México. Ignacio Aguirre está identificado con Adolfo de la Huerta, quien, como ya se mencionó, se levantó en armas debido a la imposición de Calles como sucesor de Obregón. El otro referente de Aguirre es Francisco Serrano, aquel general que intentó oponerse a las pretensiones reeleccionistas de Obregón y fue asesinado en Huitzilac. El Caudillo es, por supuesto, el doble ficticio del que fuera presidente de 1920 a 1924, mientras que Hilario Jiménez, el antagonista de Aguirre, hace alusión a Plutarco Elías Calles.

La sombra del caudillo es, desde luego, un caso ejemplar de ficcionalización de la historia; en esta novela se han tomado los materiales de la realidad fáctica y se ha conformado un relato de ficción cuyo modelo estético es la tragedia griega.

Capítulo 4: Regreso a México, 1936-1976

El escritor volvió al país en 1936, cuando la situación del país y la suya parecían más estables. Se instaló cerca del poder; recibió premios por su trabajo literario y se le reconoció por su participación en la Revolución. Pasados los días convulsos de ésta, que recuerda en varios de sus libros, principalmente en *El águila y la serpiente* y *La sombra del caudillo*, Guzmán volvió a escribir sobre este tema. Apareció en 1940 el libro *Memorias de Pancho Villa*, una apología que contribuyó, sin duda, a acrecentar la leyenda del caudillo con quien militó en sus años de revolucionario.

4.1 La Revolución ha terminado

Calles le prohibió a Guzmán hablar sobre la Revolución, por lo que el autor centró su atención en el siglo XIX; para él, este pasado al que consideraba inmediato era una especie de retorno a los temas que lo fascinaron desde niño y también, por supuesto, una manera de entender su realidad presente. De este modo proyectó la escritura de un libro sobre Javier Mina, el revolucionario español que participó en la guerra de Independencia de su país y que, imbuido en las ideas libertarias de la época y de su entorno, viajó a la Nueva España con la idea de contribuir a la emancipación de esta colonia donde los criollos habían iniciado, desde 1808, la pugna separatista.

Mina llegó a América el 5 de mayo de 1816; estaba convencido, dice Guzmán [2013: 351], de que las revoluciones de México, Venezuela y Argentina pertenecían a un mismo hecho histórico y político: “Era en ambos continentes la lucha de la libertad contra el absolutismo, personificado entonces en Fernando VII y tan intolerable ya en América como en Europa”.

El veterano de guerra (pese a su relativa juventud, Mina lo era) pretendía organizar una expedición y desembarcar en costas mexicanas para unirse de inmediato a los insurgentes; sin embargo, la precaria condición de éstos frente a los realistas no aseguraba

que el plan diera resultados. Llegó entonces a los Estados Unidos, donde se organizó de nuevo: “Figuraban en la expedición 300 hombres; la escoltaban el comodoro [Luis] Aury, su flota y su gente”.

Mina y sus hombres llegaron a la desembocadura del río Santander el día 15, y de allí se dirigieron a la villa de Soto la Marina, donde se le unieron —a pesar de las difamaciones del coronel realista Felipe de la Garza, quien había hecho correr la voz de que los expedicionarios eran gente de la peor ralea— unos cien hombres, entre ellos el coronel Valentín Rubio y un hermano suyo.

Este inicio parecía prometedor para los revolucionarios; de igual modo, la primera batalla formal que libró Mina en la hacienda de Peotillos, cerca de San Luis Potosí, fue una victoria que recordaba sus hazañas como guerrillero en España: derrotó con sus trescientos hombres al general Benito Armiñán, quien lo había estado siguiendo con dos mil hombres. Armiñán regresó, pero Mina ya no estaba. Salió de Peotillos la madrugada del día 16.

La campaña del navarro terminó en el rancho del Venadito, en Silao, Guanajuato. Ahí fue aprehendido por los hombres del coronel Francisco Orrantía; éste lo llevó al campamento del mariscal Pascual Liñán, donde lo interrogaron. Finalmente, fue pasado por las armas el 11 de noviembre de 1817.

Filadelfia, paraíso de conspiradores (1938) y *Piratas y corsarios* (1931) corresponden también a esta etapa de la obra de Guzmán; el primer libro centra su atención en la figura de Diego Correa, un ambiguo militar que, bajo el personaje inventado de don Antonio Gorbacán, pretendió sin éxito y con episodios que rayan en el absurdo, asesinar a Napoleón Bonaparte.

Por otro lado, *Piratas y corsarios* contiene relatos breves sobre personajes como Barba Negra, Juan Laffite, Luis Aury y demás figuras de la piratería que, sin dejar de lado su consistencia histórica, aparecen como personajes legendarios. Al respecto, recuérdese que Guzmán concedía a este tipo de narraciones un estatus de veracidad equiparable al de los hechos documentados.

4.2 Nuevas instancias de poder

Martín Luis Guzmán regresó a México en 1936, poco después de que el presidente Lázaro Cárdenas expulsara a su predecesor, Plutarco Elías Calles, quien, como dice Rigoberto Ocampo [2001: 102], “se había convertido en un poder tras el trono gracias al control que ejercía sobre el partido [PNR]”. No pasó mucho tiempo para que el escritor se insertara, como lo había hecho antes en su incursión revolucionaria, en los círculos de poder; desde su regreso permaneció cercano a Cárdenas y se integró al proyecto educativo de éste.

De hecho, en 1946, Guzmán publicó *Maestros rurales*, un relato en que el protagonista, como lo indica el nombre de la novela, es un profesor rural que llega a un pueblo de Yucatán, Kinchil, donde la Revolución no había tenido los efectos positivos que se habían verificado en otras partes del país. Su presencia desata una lucha entre el impulso popular de los ideales revolucionarios y la reacción de los terratenientes, que no querían bajo ninguna circunstancia que los hijos de sus trabajadores, ni ellos, asistieran a la escuela.

Asimismo, Guzmán [2010a: 508] dedicó un texto al presidente michoacano, intitulado “Lázaro Cárdenas”, el cual escribió en noviembre de 1940, donde menciona el hecho inédito de que su gestión haya terminado “dentro de la más completa normalidad”, ya que, en el lapso de 1910-1934, dos de sus predecesores, Madero y Carranza, habían sido asesinados; dos más, Porfirio Díaz y Pascual Ortiz Rubio, no concluyeron el periodo de su mandato; Obregón murió en el intento de reelegirse y Calles, a pesar de haber establecido una diarquía que se extendió hasta 1934, esta vez no pudo entregar el poder al sucesor que había elegido para continuar con su gobierno detrás del gobierno.

Al parecer, según dice Guzmán, la Historia había reservado a Cárdenas el privilegio de conservar hasta el último momento su investidura de presidente, y entregarla luego sin problemas —no como los que tuvieron que afrontar sus predecesores— a Manuel Ávila Camacho, quien había sido postulado por el Partido Nacional Revolucionario.

Además de estas apreciaciones de carácter general, el texto, también en términos generales, es un panegírico al gobierno del presidente que lo hizo volver a México, ofreciéndole garantías para su estancia.

4.3 Octubre de 1968

La relación que Martín Luis Guzmán estableció con el gobierno se dilató más allá del periodo cardenista; se sucedían presidentes y el escritor continuaba cercano a quien ocupara este cargo; en las fiestas que ofrecía con motivo de los aniversarios de su revista *Tiempo*, asistían miembros del gabinete en turno y, en ocasiones, el presidente mismo.

Durante su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, Adolfo Ruiz Cortines, presidente de México durante el periodo de 1952-1958, estuvo presente; a él estuvo dedicado el primer saludo.

Su actividad durante dicho lapso fue consignada en las *Obras completas*; un apartado que lleva por título “Academia” reúne textos de discursos como el de la citada conferencia de 1954, “Apunte sobre una personalidad”, y otros más que en su tiempo fueron polémicos, como el de “Batalla por la autonomía”, donde Guzmán propuso la emancipación de la Academia Mexicana de la Lengua y de todas las demás academias en ese entonces “correspondientes” de la española. Esta propuesta suscitó un acalorado debate, pero fue aprobada.

En *Otras páginas*, también una compilación de textos que apareció por primera vez en 1963, está presente el sempiterno liberalismo de Guzmán, quien veía en las Leyes de Reforma una especie de base constitucional y espiritual sobre la cual debía edificarse el Estado mexicano. Desde *Tiempo*, el escritor participaba en los debates que, en ocasiones, él mismo suscitaba; no había perdido, ni mucho menos, su carácter de polemista, aunque el gobierno ya no era el objeto principal de sus críticas; de alguna manera, éste ya había cumplido con las pretensiones revolucionarias de Guzmán: las facciones se habían unido para crear un solo partido, idea que en su tiempo fue concebida y propuesta por él mismo, pero que no se concretó sino hasta 1929. Por otra parte, la fase armada de la Revolución había terminado y el escritor parecía estar satisfecho con los logros obtenidos, aunque hubiera, como lo dijo en su discurso de 1912, muchos pendientes por resolver.

Al respecto, Julio Patán [2009: 73-74] cuenta que poco antes de los sucesos del 2 de octubre de 1968, Guzmán se encontraba en el Sanborns de la calle de Hamburgo, en la Zona Rosa; su presencia era algo tan acostumbrado que ya nadie se sorprendía de verlo; ese día, sin embargo, ocurrió un suceso inédito: un joven se acercó al encargado del

establecimiento y le pidió permiso para hablar con los comensales. El joven pronunció, sin más, un discurso en el que llamó farsante al entonces presidente Díaz Ordaz; habló de la necesidad de democratizar al país y librarlo de la dictadura enmascarada que lo oprimía.

Los comensales aplaudieron, excepto dos de ellos: el escritor y su esposa. El primero se puso de pie y replicó al joven; dijo que éste no tenía, seguramente, intenciones de engañar a los presentes, pero que sin duda él mismo había sido engañado. Dijo también que el presidente hacía cuanto podía por mantener a México dentro del orden de la paz, cosa que no sucedía en los tiempos de la Revolución, cuando la tranquilidad era algo precario y anhelado por los habitantes de la ciudad.

4.4 Proyectos inconclusos

Los dos relatos que conforman el volumen *Muertes históricas*, “Tránsito sereno de Porfirio Díaz” e “Ineluctable fin de Venustiano Carranza”, formarían parte de un proyecto más ambicioso. Éste llevaría el título de *Muertes paralelas*, que recuerda al de la célebre colección de biografías escrita por Mestrio Plutarco. Algunas entregas se publicaron en el diario *El universal*, y además de los decesos de Porfirio Díaz y Venustiano Carranza, el conjunto agruparía los de Francisco I. Madero (*Febrero de 1913*), Francisco Villa, Emiliano Zapata, Álvaro Obregón, Lucio Blanco, José Isabel Robles, Felipe Ángeles y Luis Aguirre Benavides.

Guzmán entendió la muerte de estos personajes como algo fundamental y determinante; además, la distancia de varios años desde los sucesos violentos de la Revolución hasta la publicación de los textos en forma de libro le permitía observar el pasado remoto a cabalidad; el principal interés del escritor estaba en el plano literario, por eso debió tomar sus materiales y desarrollarlos como ficciones.

Así, el exilio de Porfirio Díaz en París transcurre en un ambiente íntimo y de sosiego; para el envejecido dictador son más vívidas y cercanas las imágenes de la primera infancia que lo recientemente ocurrido, y sólo llega a indignarse por el cobarde asesinato de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez en la ciudad de México.

La muerte de Venustiano Carranza, al contrario de la de Díaz, fue turbulenta y deplorable. Más cercana al trágico desenlace de los héroes griegos Agamenón, asesinado por su esposa Clitemnestra, o Aquiles, herido por Paris en su único punto vulnerable.

Como en la poesía homérica, los hechos adquieren una forma literaria, pero no pierden su condición veraz.

Sin embargo, este proyecto y otros más, como el de la *Historia de la Revolución mexicana* y la segunda parte de crónicas sobre el exilio del escritor, quedaron inconclusos. El 22 de diciembre de 1976, mientras trabajaba en su oficina de la revista *Tiempo*, Martín Luis Guzmán sufrió un infarto y murió allí mismo, en su mesa de trabajo.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 1: “Tránsito sereno de Porfirio Díaz”: una muerte decorosa

Como ya se ha mencionado en la primera parte de este trabajo, la infancia de Martín Luis Guzmán se desarrolló en un ambiente que oponía dos modos de ser distintos: el liberalismo de su padre y la religiosidad de su madre. De igual modo, la omnipresencia de Porfirio Díaz y su posterior encuentro con este presidente que intentó perpetuarse en el poder, así como su participación en el gobierno de Francisco I. Madero y su ingreso a la Revolución cuando este último fue asesinado por Victoriano Huerta, son elementos que, con el tiempo, aparecieron consignados en su obra, la cual tuvo un desarrollo paralelo al de su vida. *Muertes históricas* pertenece a la última fase de la producción literaria del escritor.

1.1 El proyecto de las *Muertes paralelas*

En una de las entrevistas que sostuvo con Guzmán, Emmanuel Carballo [2003: 73] le preguntó por su interés en los temas de carácter histórico. El escritor respondió que era “necesario acabar de construir a México, y ello sólo es posible mirando a nuestros grandes hombres en sus grandes hechos”. Por otra parte, “La muerte de muchos de ellos ha sido un acontecimiento de significado histórico e implicaciones futuras”. *La sombra del caudillo*, *Muertes históricas* y *Febrero de 1913* son producto de esta visión.

Sin embargo, y como ya se ha mencionado en los apartados anteriores, *Muertes históricas* y *Febrero de 1913* serían parte de un proyecto más ambicioso: *Muertes paralelas*, que incluiría a los demás protagonistas de la Revolución. Este libro y otro más, el de la *Historia de la Revolución mexicana*, quedaron inconclusos por la muerte del escritor en 1976.

Por otro lado, cuando se refiere a la construcción de México, sugiere también que hay que hacer lo mismo con su historia; de ahí su interés por este tipo de temas. Recuérdese su primer libro, *La querrela de México*, donde se sintetizan tres procesos históricos

(Independencia, Reforma y Porfiriato) para encontrar una continuidad y finalmente una relación con la etapa revolucionaria.

De hecho, Guzmán pensaba escribir una trilogía novelística sobre los gobiernos revolucionarios. La primera parte, dijo a Carballo [2003: 65], “se encararía con la etapa de Carranza, la segunda con la de Obregón y la última con la de Calles”. Cuando supo del asesinato de Francisco Serrano, comenzó a trabajar de inmediato en *La sombra del caudillo* y dejó de lado este proyecto.

Considerando los capítulos que quedaron fuera de la novela mencionada, que luego se publicarían en forma de libro con el título de *Aventuras democráticas*, puede decirse que el interés del escritor por la Revolución y sus consecuencias tuvo continuidad hasta que Plutarco Elías Calles intentó prohibir en 1929 la distribución de *La sombra del caudillo* en México. Si bien no lo hizo, sí logró disuadir a la editorial Espasa para que no publicara ningún otro libro de Guzmán sobre el mismo tema.

Prohibido el tema de la Revolución, Guzmán escribió sobre el siglo XIX. *Mina el mozo*, libro del que ya se habló en los apartados anteriores, pertenece a un conjunto en el que pueden incluirse también *Piratas y corsarios*, así como *Filadelfia, paraíso de conspiradores*, donde Guzmán relacionó el mito y la historia, según dejó establecido en el primer párrafo de “La fiesta de las balas”, de *El águila y la serpiente*, donde se lee lo siguiente:

Atento a cuanto se decía de Villa y el villismo, y a cuanto veía a mi alrededor, a menudo me preguntaba yo [...] qué hazañas serían las que pintaban más a fondo la División del Norte: si las que se suponían estrictamente históricas, o las que se calificaban de legendarias; si las que se contaban como algo visto dentro de la más escueta realidad, o las que traían ya tangibles, con el toque de la exaltación poética, las revelaciones esenciales. Y siempre eran las proezas de este segundo orden las que se me antojaban más verídicas, las que, a mi juicio, eran más dignas de hacer Historia.

Esta idea, suerte de arte poética, tiene una relevancia fundamental en la obra del escritor, donde los grandes acontecimientos se narran “con el toque de la exaltación poética”. Esto sucede con frecuencia en *El águila y la serpiente*, *La sombra del caudillo* y las *Memorias de Pancho Villa*. Ya se mencionó, por ejemplo, el fusilamiento de David Berlanga, quien se

mantuvo estoico frente a sus ejecutores y ni siquiera dejó que un eventual temblor de la mano hiciera caer la ceniza formada en su puro.

En las *Memorias de Pancho Villa*, Guzmán [2010b: 895-901] señala un episodio similar, otro fusilamiento, esta vez del general villista Mauricio Triana, que había recibido telegramas sospechosos de su tío, el carrancista Martín Triana, aconsejándolo de abandonar a Villa. Éste se enteró de la situación, pero no hizo nada al respecto. Los demás generales de la División del Norte, sin embargo, recomendaron al caudillo que lo arrestara; temían que Triana los traicionara: su posición en el campo de batalla era estratégica y no podían arriesgarse. Villa dudó, aunque se convenció del peligro que representaba mantenerlo al mando de su brigada. Ambos se encontraron; Triana estaba dolido y discutió con él. Al otro le bastó una mirada rencorosa para saber que aquél sí era capaz de traicionarlo.

Lo mandó fusilar. Cuando la orden fue cumplida, Villa preguntó si Triana “había muerto con valor” [898]. Le contestaron que sí, que él mismo había dado la orden para que le dispararan. Además, dejó una nota que decía “Igual es morir que vivir; pero me alegro de irme a otro mundo donde tal vez no encuentre verdugos ni tiranos” [899].

Aunque puede ponerse en duda la veracidad de la nota de Triana, lo mismo que la anécdota del puro cuyas cenizas no dejó caer Berlanga, este tipo de cuestionamientos no tiene ninguna importancia en el plano de la literatura, sólo preocupada de ser verosímil, como sí la tendría en un relato de carácter netamente histórico, que ante todo debe ser veraz. Helena Beristáin [2006: 499-500] define este rasgo literario (verosimilitud) como una “Ilusión de coherencia real o de verdad lógica producida por una obra, inclusive fantástica”. Este efecto se produce mediante el empleo de recursos propios de la literatura, como la mimesis y la descripción. Por otra parte, la veracidad no es ninguna ilusión; exige una coherencia real entre lo que se dice y lo que sucedió.

Cuando al escritor se le presenta la disyuntiva planteada por él mismo en “La fiesta de las balas”, la de si debe narrar los hechos estrictamente históricos o los legendarios, prefiere siempre consignar estos últimos, pero no para falsear la historia sino, al contrario, para revelar una verdad simbólica, como en el caso de este relato, que bien puede entenderse como una alegoría de las atrocidades que se cometieron en la Revolución.

La estrategia literaria de Guzmán consistió en establecer una dialéctica entre la *poiesis* (crear, hacer) y la historia. *El águila y la serpiente* es un caso ejemplar de ello. En

su segunda parte, titulada “Justicia revolucionaria”, el escritor narra cómo se había enredado en otro cargo incompatible para su condición de civil, esta vez como inspector de policía en la Sexta Comisaría de la ciudad de México. En ese entonces dicha dependencia estaba a cargo del general Francisco Cosío Robelo, quien le pidió, para tenerlo cerca de él y no arrestarlo, que aceptara el empleo que le proponía. Guzmán era ya un villista militante; se había distanciado de Carranza y estaba empeñado en relacionar a su jefe y con general Lucio Blanco, quien no ocultaba su recelo hacia Obregón.

El escritor y su compañero Carlos Domínguez fueron enviados a la capital para presenciar la entrada de los constitucionalistas; hecho esto, ambos regresaron a Chihuahua para presentar informes. Al encontrarse con Villa y la visión inequívoca de su arma, Guzmán pensó que ésta sería el obsequio ideal para atraer a Blanco.

A Villa no le pareció mala idea y le entregó la pistola a Guzmán, quien hizo lo propio con Domínguez. Al saberse desarmado, el caudillo reaccionó abruptamente; se puso de espaldas a la pared y pidió una pistola. Luis Aguirre Benavides, su secretario, le ofreció la suya, una escuadra calibre 32, y le advirtió que podía resultarle difícil de manejar. Villa la tomó con seguridad; corrió el cierre y dejó caer los cartuchos al suelo. El otro los levantó y se los entregó; Villa los volvió a poner en el cargador, metió éste a la culata, cortó un cartucho y apuntó directo a la frente del escritor.

Guzmán [2010a: 213] enmudeció; tuvo una especie de visión donde “La evocación de la muerte salía más de aquel ojo que del circulito oscuro en que terminaba el cañón. Y el uno y el otro no se movían ni un ápice: estaban fijos, eran de una pieza”. El arma era una extensión de Villa: su ojo era el verdadero asesino, no el cañón por donde salía la bala.

“La pistola de Pancho Villa” pertenece a este tipo de relatos modificados por el artificio literario, lo cual vincula a Guzmán con los historiadores de la Antigüedad Clásica —Christopher Domínguez [1999: 438], por ejemplo, lo emparenta con César y Plutarco—, pero también debe mencionarse su carácter de escritor de su tiempo.

Fue testigo privilegiado de la Revolución, y consagró a sus protagonistas la mayor parte de su obra literaria y ensayística. En un discurso de 1945, Guzmán volvió a abordar

dicho tema. Se trataba de una mesa redonda en que se pretendía hacer un balance de la Revolución; Jesús Silva Herzog había dictado una conferencia con este propósito.¹⁰

Para Guzmán [2010a: 719], el tiempo transcurrido desde el inicio de la lucha armada era insuficiente. Celebraba el esfuerzo del profesor Silva Herzog, pero mostraba su recelo hacia este tipo de balances, que no carecían de motivaciones políticas. Asimismo, varios de los presentes, incluido él, habían participado en el suceso que se intentaba analizar. No habría, desde luego, un solo balance, sino muchos que dependerían de la perspectiva de cada participante.

Enunció los logros de la Revolución. Para él y sus contemporáneos, quienes vivieron los últimos años del régimen porfirista, los cambios en los terrenos político y social eran evidentes. De igual modo, la libertad política, y la libertad en general, había ganado terreno frente a la censura. Guzmán [2010a: 724] recuerda cierta anécdota de 1908, cuando los alumnos de diferentes escuelas pretendían hacer una procesión de antorchas para conmemorar el centenario de la Independencia, y este acto tan inocuo tuvo que ser aprobado por el mismo presidente de la República, Porfirio Díaz.

Con la Revolución, las cosas habían cambiado. Había mucha más libertad.¹¹ Las condiciones laborales de los campesinos y de los obreros habían mejorado. Por supuesto, como lo dijo el escritor en su discurso de 1912, quedaban muchos pendientes. En ese sentido, la Revolución estaba lejos de consumarse.

Esto último no era posible por lo que llamó “incapacidades prácticas”. Una de ellas era el carácter esencialmente liberador y generoso de la Revolución, idea que sólo unos cuantos podían entender. Si bien hubo, como dice Enrique Krauze [2000: 15], cierta especie

¹⁰ Guzmán refiere esta conferencia en las *Obras completas* con el título de “Balance de la Revolución”. Guzmán la incluyó en el libro *Pábulo para la historia*, que es una compilación de conferencias y discursos dictados en distintos años y recintos.

¹¹ Resulta interesante que Guzmán hable de las libertades que se obtuvieron mediante la Revolución. Este discurso data de 1945, cuando el sucesor de Lázaro Cárdenas, Manuel Ávila Camacho, estaba a punto de concluir su mandato presidencial. Los hechos violentos de 1968 estaban lejos de ocurrir, pero puede entenderse esta valoración del escritor como algo sintomático. Los últimos años del régimen porfirista fueron quizá los más represivos. El lapso en que Madero gobernó fue una especie de utopía que terminó muy pronto. Por supuesto, la Revolución había cimbrado los estamentos de la dictadura. Guzmán fue testigo de verdaderas atrocidades. Por ello apreciaba sobremanera la estabilidad del nuevo régimen —al que, por cierto, pertenecía—.

de “caudillos culturales”, éstos fueron relegados por los verdaderos caudillos, los militares. Entraron en escena hombres aptos para la lucha, no para las ideas. Guzmán, que estuvo bajo la protección del jefe de la División del Norte, desempeñó un papel secundario —en las *Memorias*, el escritor aparece como un “muchachito” que se había granjeado la simpatía del caudillo, pero nada más—.

José Vasconcelos estuvo a punto de ser ajusticiado por un general zapatista. Los intelectuales como Guzmán o el mismo Luis Cabrera debían esperar. Su participación fue más palpable hasta después de la consumación de la lucha armada. En el gobierno de Obregón, Vasconcelos ocupó la Secretaría de Educación Pública, desde donde inició, partiendo de ciertas bases pedagógicas edificadas durante el régimen de Díaz, una campaña cultural sin precedentes.

El autor del *Ulises criollo* estableció una suerte de mecenazgo. Las generaciones de intelectuales, como la de Contemporáneos, iniciaron su labor bajo la protección de estos gobiernos que idearon las instituciones políticas y culturales que a la fecha perviven. Otro tanto puede decirse de los muralistas, a quienes Vasconcelos patrocinó durante su estancia en la Secretaría de Educación. Al respecto, Claude Fell [1989: 407] menciona que “Todos quienes trabajaron para la SEP reconocen el mérito de Vasconcelos de no haber intentado jamás imponerles [a los muralistas] un determinado credo estético”. Es decir, que les dio libertad para decidir sobre las representaciones pictóricas que plasmarían en los edificios del gobierno.

A los miembros del grupo Contemporáneos, muy jóvenes en aquel momento, los empleó como servidores públicos. Dos de los antiguos miembros del Ateneo, Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, estaban a cargo de la Universidad Nacional de México. Entre las enseñanzas más significativas de estos maestros estaba la disciplina, que el dominicano había inculcado con vehemencia en cada uno de sus compañeros y discípulos, incluido Guzmán, a quien enseñaba latín por las noches.

Hizo lo mismo con la generación de jóvenes escritores a la que pertenecía Salvador Novo [1966: 18], quien recuerda así el encuentro con su mentor: “Año de 1921. Una mañana, yo, estudiante del primer año de Leyes, perdía el tiempo en la puerta de la Facultad de Jurisprudencia, entre clase y clase. Serían las doce del día cuando pasó a mi lado y entró en el edificio un hombre robusto, moreno, de sombrero y traje negro, que

caminaba a prisa”. Este hombre era Pedro Henríquez Ureña, en ese entonces director del Intercambio Universitario y de la Escuela de Verano “fundada por su iniciativa, y cuyas clases se daban donde se pudiera de los edificios más o menos vecinos de la Universidad”.

Hacia 1922, por recomendación de su maestro, Novo empezó a colaborar en los distintos diarios de la época. Uno de ellos era el recién fundado *El Mundo*, de Martín Luis Guzmán. Dice Novo al respecto: “[la página editorial de *El Mundo* fue] la primera de las miles de colaboraciones en que, a partir de entonces y por el mandato de Pedro, me he vanamente esforzado en aprender a escribir como [...] Carlos González Peña”.

El periódico de Guzmán no tuvo la misma suerte que la prolijidad periodística de su colaborador. Un año más tarde, en 1923, el gobierno compró el periódico y su fundador tuvo que salir del país.

Guzmán regresaría, como ya se ha mencionado anteriormente, en 1936. A partir de ese momento, se volvió un hombre cercano al régimen. De ahí que su ensayo sobre la Revolución no sea tan acre como su primer libro. Otro motivo de esta visión tan afable de los gobiernos revolucionarios puede ser su experiencia; Guzmán vio de cerca los hechos violentos del conflicto armado. Su padre murió en Malpaso. Cuando finalmente decidió unirse a la Revolución, entendió los móviles de los caudillos y se exilió en 1915.

1.2 Porfirio Díaz, del héroe al dictador

En la obra de Guzmán [2010a: 379], las referencias a Díaz y a su gobierno no son escasas. En *La querrela de México*, por ejemplo, el escritor considera que el Porfiriato interrumpió el desarrollo de la Reforma liberal; a partir de los 70 del siglo XIX, los “directores de la vida social mexicana [...] ignoraron el sentido histórico de su época y mataron en su cuna la obra fundamental que iba a hacerse [con la Reforma]”.

El régimen de Díaz, al que Guzmán llama irónicamente el “régimen de la Paz”, es visto como una especie de símbolo en el que se conjuntaron todos los males sociales y políticos del país; sin embargo, Díaz no era la causa principal. Para Guzmán [2010a: 380], el error o la incapacidad de un solo hombre no podían compararse con la falta cometida por la nación que lo glorificaba.

El primer encuentro personal del escritor con su héroe de la infancia ocurrió en 1908. En la conferencia de 1954, Guzmán [2013: 472] narra cómo él y una comitiva de

estudiantes solicitaron al presidente Díaz permiso para llevar a cabo una procesión de antorchas con motivo del centenario de la Independencia. Cuando el momento llegó, Díaz los esperaba en la terraza del Castillo; vestía de negro y conservaba, a pesar de la edad, una notable postura erguida.

Sin embargo, había algo que no encajaba en ese conjunto bizarro, “porque tanta era la compostura y tanto el esmero visibles en aquella persona, que hasta las arrugas del charol de los zapatos, altos y de una pieza, le dieron la impresión de ser artificiales” [472]. Aunque esta apreciación corresponde más al discurso de 1954 —enunciado varias décadas después de lo sucedido—, que al adolescente supuestamente desencantado por la artificialidad de Díaz, no deja de ser un hecho revelador que en *La querrela de México*, el más febril de todos los libros de Guzmán, el dictador esté exento de culpa mientras que en “Apuntes sobre una personalidad”, el encuentro dé como resultado una especie de desilusión.

La imagen de Díaz aparece retratada en los libros del escritor de diferente manera, hasta llegar al relato de *Muertes históricas*, donde todo es observado desde una distancia mucho más prudente; es un recuerdo de la infancia o un referente de la dictadura. El protagonista de *El águila y la serpiente*, por ejemplo, percibía reflejos de este personaje en Venustiano Carranza, a quien consideraba su epígono. En el relato “Tránsito sereno de Porfirio Díaz”, sin embargo, el narrador mantiene una postura neutral.

Escribió Guzmán [2010b: 911]: “Por abril o mayo de 1915 don Porfirio y Carmelita volvieron a París. Mejor dicho, volvió entonces a París todo el pequeño núcleo de la familia: ellos dos, los Elízaga, los Teresa, y Porfirito con su mujer y sus hijos”.

Obsérvese, sólo como botón de muestra, este inicio del relato. De nuevo, es evidente que el escritor ha preferido cuidar el tono nostálgico del relato antes que consignar escuetamente la fecha exacta de la llegada de Díaz y de su esposa a la capital francesa.

El mérito de Guzmán fue dejar de lado sus malquerencias con los personajes que retrata —lo que no hizo en *El águila y la serpiente*, donde fustiga con acritud a los caudillos revolucionarios—; en el primer relato de *Muertes históricas*, el resultado es un relato desprovisto, para usar las mismas palabras de Guzmán, de todo lo superficial. Así lo dijo en la citada entrevista con Emmanuel Carballo [2003: 62]: “Se deja atrás [...] todo lo

superfluo y queda solamente lo esencial, como el trozo estricto de acero desprovisto de la escoria del metal”.

1.3 Paréntesis (desarrollo literario de Martín Luis Guzmán)

En “La vida atética”, Guzmán explica a su modo algunos aspectos de esta idea concebida por Alfonso Reyes en su obra inicial. Se trataba de una especie de renuncia a un solo camino para estar abierto a todas las posibilidades que ofrece la existencia. Sin embargo, fuera de este breve ensayo, el atelismo no está presente en ninguno de los libros de Guzmán. Según dice Enrique Krauze [2000: 58], esta idea de Reyes es el motivo central del *Pitágoras* (1915) de José Vasconcelos, *La existencia como economía, como desinterés y como caridad* (1916) de Antonio Caso y *El suicida* (1917) del propio Reyes, pero no menciona al autor de *La sombra del caudillo*.

En este sentido, puede decirse que Martín Luis Guzmán se deslinda de este precepto desarrollado desde distintas perspectivas por cada uno de los autores citados más arriba. En *La querrela de México* no hay atelismo. Hay, en cambio, una visión desencantada de la realidad. Ninguna de las posibilidades que ofrecía la Revolución satisfizo al escritor, quien optó por el exilio. Pero, al contrario de Reyes, había participado directamente en el conflicto.

No hay que olvidar también el carácter filosófico de este primer libro. Este rasgo lo hace también un texto singular en la producción del autor, que no volvió a escribir nada parecido. Su preocupación por la historia, sin embargo, fue permanente. Sólo cambió la manera en que se acercó a ella.

A orillas del Hudson, como ya se mencionó, es un puente entre la obra inicial y la etapa siguiente, a la que puede llamarse, a falta de un mejor término, la fase novelística de Guzmán. En este libro hay una evasión voluntaria de la Revolución. Aunque lo anterior se deba quizá a la heterogeneidad de los textos reunidos en *A orillas del Hudson*, el autor prefiere enfocarse en temas como el de las relaciones políticas entre los Estados Unidos y México.

En su primera novela, *El águila y la serpiente*, los hechos de armas fueron el tema principal. El escritor fue testigo directo de este proceso histórico y poco después narró lo sucedido. De igual modo, este libro le valió el reconocimiento de sus contemporáneos.

Si bien *La querrela de México* había suscitado cierta reacción por parte de aquéllos, estaba pendiente para Guzmán ese libro que lo encumbrara como uno de los mejores escritores de su generación. Sin embargo, con *El águila y la serpiente*, el escritor pasó a formar parte de un grupo más heterogéneo: el de los novelistas de la Revolución Mexicana. Dos de sus compañeros, Reyes y Vasconcelos, también pertenecen a este conjunto más o menos disperso de escritores y de textos cuyo tema es la Revolución o los procesos que se desarrollaron paralelamente como consecuencia de ésta.

Con *La sombra del caudillo* llegó la confirmación. Pero esta novela y la anterior tenían además un valor histórico. En la entrevista ficticia que Emmanuel Carballo [2003: 105] sostuvo con Reyes, tomando partes de la obra de éste, el autor de *El suicida* señala al respecto de Guzmán: “Sus relatos y memorias son un punto de partida, una base para la historia de los últimos lustros”.

Las dos novelas mencionadas y otro libro más, *Aventuras democráticas* (1931), constituyen la segunda fase de la obra de Guzmán. En términos generales puede decirse que los tres consignan etapas más o menos distintas de la Revolución. *El águila y la serpiente* se ocupa del lapso en que se desarrolló la llamada revolución constitucionalista, específicamente de 1913 a 1915.

La sombra del caudillo, ya se dijo, refiere dos sucesos distintos: la rebelión delahuertista de 1923 y la matanza de Huitzilac, acaecida en 1927. A diferencia del libro que la precede, esta novela no es tanto una crónica de lo que está sucediendo, sino un análisis profundo de, para usar las mismas palabras del autor, los resortes que movían el poder en el México posrevolucionario.

El Caudillo de la novela es un personaje omnipotente. Desde el Castillo de Chapultepec mueve los hilos de la política mexicana. A sus detractores sólo les queda el camino de las armas, medio por el cual el Caudillo llegó hasta la cumbre del poder. De este modo, no hay salida posible.

En *Aventuras democráticas*, cuyo *corpus* formaba parte de *La sombra del caudillo*, la integridad moral del protagonista es degradada por el medio en el que se desenvuelve: la política mexicana. Por ello Guzmán dejó fuera de su novela estos capítulos y los publicó luego en forma de libro. Su idea era clara: Axkaná debía ser diferente de los demás personajes. Debía representar los ideales revolucionarios.

Así concluye esta fase novelística. Paradójicamente, su interrupción obedece también a asuntos de la política mexicana. *La sombra del caudillo* suscitó el enojo del entonces presidente Plutarco Elías Calles, quien, como ya se dijo, ordenó a la editorial Espasa no volver a publicar otro libro de Guzmán que tuviera que ver con la Revolución.

Resta decir, a propósito de estas novelas, que además del empleo de la ficción, hay un marcado sesgo ideológico. En más de una ocasión el autor se declaró ser un liberal acérrimo. De hecho, en la nota que antecede su libro de conferencias, *Necesidad de cumplir las Leyes de Reforma* (1963), Guzmán [2010a: 581] relacionó el carácter libertario de la Constitución de 1917 con las bases liberales de la Constitución de 1857.

Asimismo, advirtió: “Ningún revolucionario mexicano piense que la Revolución subsistirá cuando le falte el apoyo de las Leyes de Reforma, ni crea la Iglesia Católica que, para su provecho, puede convertir la actual crisis del mundo en arma que desbarate el edificio levantado por la historia de México”.

Además de su probado liberalismo, el escritor concibió una ideología revolucionaria muy particular. Si, como dijo en un discurso de 1951, la Reforma era el “eje histórico de México”, la Revolución constituyó un proceso mediante el cual esta idea no sólo pudo desarrollarse, sino también consumarse; de igual modo, se había convertido en un reducto frente a la “crisis” de la que habla en la cita anterior. La situación política del país, cada vez más tensa, y la expansión del comunismo —entre sus colaboradores de *Tiempo* había adeptos a esta doctrina— ponían en peligro, para el escritor, la permanencia de los valores revolucionarios.

En uno de los artículos de *Tiempo*, recogido después en *Pábulo para la historia*, Guzmán [2010a: 748] define su postura: “Soy un revolucionario autóctono, en el sentido que a tales palabras comunica el ser absolutamente vernácula la Revolución Mexicana. Ésta, heredera directa del movimiento emancipador y liberal de nuestro siglo XIX, es un movimiento del todo original”.

Cabe recordar al respecto lo dicho por el escritor en *La querrela de México*: “Tan ajena es la política mexicana a sus propias realidades [...] y tan sistemática la inmoralidad de sus procedimientos, que no puede menos que pensarse en la existencia de un mal congénito en la nación mexicana” [377].

Aunque la Revolución no fue precisamente un corrector de los defectos morales del mexicano, y más bien los exacerbó, tampoco se desvinculó de la realidad —o las realidades, como dice Guzmán— del país. Así concluye el escritor, por ejemplo, su balance de aquélla: “en las realidades conseguidas por la Revolución [...] se enclava enhiesta mi fe, así como en el destino que seguramente le está reservado [...] y del cual ella no se apartará mientras otra revolución mejor no venga y le quite el sitio” [734].

Las novelas, sin embargo, ofrecen un análisis mucho más profundo y menos optimista. El protagonista de *El águila y la serpiente* termina desencantado. Pancho Villa, a quien creía, si éste se plegaba a los ideales revolucionarios, la opción más viable, era una auténtica fuerza destructora e incontrolable. A Zapata nunca logró entenderlo; de todos los jefes a los que el escritor conoció y después retrató en su novela, el único faltante en esta galería es el llamado Atila del Sur. Dijo a Carballo [2003: 68]: “Zapata más que una persona es una leyenda”.

Obregón era un farsante. Y Carranza, un epígono de Porfirio Díaz. La única salida posible fue el exilio. Lo mismo sucedió en 1923. De nuevo, el escritor se inmiscuyó en la disputa por el poder; él mismo fue testigo de la imposición de Plutarco Elías Calles como candidato oficial para las elecciones presidenciales de 1924 y de la encrucijada política y moral en la que quedó atrapado Adolfo de la Huerta, quien tuvo que asumir por su parte la candidatura que le ofrecía el Partido Cooperatista y confrontarse con Álvaro Obregón. Guzmán era diputado y director del periódico *El mundo*, donde se apoyaba a De la Huerta. Albeto J. Pani, recién nombrado secretario de Hacienda y Crédito Público, le advirtió que si no cambiaba su actitud política, el gobierno lo iba a matar.

Guzmán salió contrariado de la oficina de su otrora compañero. No podía hacer lo que le pedían; debía haber otra opción. En lugar de cambiar de facción, mejor iba a exiliarse. Pidió hablar con Pani. A éste le pareció buena idea que el escritor saliera del país. El incidente del tren fue lo de menos; Guzmán ya se había librado de otras situaciones aún más peligrosas. Sobrevivió a Villa, aunque sus compañeros siempre pensaron que después de su separación de este caudillo, siguió siendo uno de sus agentes.

En España, además de sus consabidas actividades políticas, Guzmán se dedicó a escribir. De hecho, su estancia en ese país fue una de las etapas más proliferas para su literatura. *El águila y la serpiente* (1928), *La sombra del caudillo* (1929), *Aventuras*

democráticas (1931), *Mina el mozo* (1932), *Filadelfia, paraíso de conspiradores* (1933) y *Piratas y corsarios*, se escribieron en ese lapso.

Con *Mina el mozo* inicia otra fase en la obra del escritor. La veda presidencial le impedía escribir sobre temas recientes de la historia de México; nada posterior a 1920, es decir, los años del encumbramiento político de Obregón y del mismo Calles. Pese a ello, Guzmán no perdió su interés por la Historia.

Al contrario, desarrolló su idea de la ficción literaria como un fenómeno revelador para dicho campo. Mina, igual que Zapata, era más una leyenda que una persona común y corriente; al respecto, Jorge von Ziegler [1992: 56] afirma que esta biografía es más un ejercicio literario que un trabajo historiográfico; lo es, por supuesto, pero también hay que decir que este ejercicio puede ser de gran interés aun para los historiadores.

Si como dice Von Ziegler Mina encarna el espíritu libertario de su época, no debe pasarse por alto que después del revolucionario navarro, el escritor se ocupara de un personaje tan ambiguo como involuntariamente cómico: Diego Correa. Éste es el antípoda del otro. Y su antípoda extremo, Antonio Gorbacán, es el personaje que piensa llevar a cabo el plan de asesinar nada menos que a Napoleón Bonaparte.

De este modo, Guzmán no sólo mostró la mejor cara del espíritu español del siglo XIX (Mina), sino también su lado más oscuro (Gorbacán). Pero lo interesante aquí son los medios de los que se sirvió para mostrar su visión de las cosas; en ambos relatos, la historia y la literatura se relacionan estrechamente. Y como lo había dicho en “La fiesta de las balas”, prefirió contar la versión legendaria de estos personajes, o más bien, fusionarla con la verdad histórica, lo mismo que en sus relatos de piratas. Así, los personajes aparecen confrontados con sus referentes, los sujetos históricos o empíricos.

Igual que muchos otros escritores, Guzmán encontró en la historia los materiales necesarios para la creación de sus obras; su propósito, sin embargo, era algo más ambicioso: establecer vínculos con la literatura para que ésta pudiera arrojar luces sobre ciertos acontecimientos históricos.

Estos libros continúan con la idea que ya se había manifestado en las novelas y que se concreta de manera ejemplar en *La sombra del caudillo*. La siguiente obra, *Kinchil*, tiene menos que ver con la producción anterior del escritor, pero no deja de haber cierta relación. El periodo histórico en el que se desarrolla el relato es más reciente; seguramente se trata

del sexenio cardenista, que va de 1934 a 1940, donde la educación adquirió un carácter verdaderamente popular y presuntamente socialista, como lo disponía la Ley de Educación Socialista de 1934, según dice Tzevi Medin [1992: 178].

El personaje central es un maestro rural; representa, queda claro, la educación “socialista” que pretendió establecer Cárdenas. Por supuesto, su labor es un obstáculo para los terratenientes, quienes lo ven como una amenaza. Al respecto, hay que mencionar que en *Kinchil* se verifica un cambio de actitud en el escritor, quien hasta ahora se había mantenido escéptico en cuanto a los logros alcanzados por la Revolución.

Recuérdese también que fue Cárdenas quien lo trajo de regreso a México. Y como ya se dijo, a partir de ahí, inició su relación directa con el gobierno; no es que Guzmán se hubiera mantenido ajeno a él, más bien, había tenido discordancias, desde el mandato de Carranza y su grupo; tras el asesinato del coahuilense en 1920 y el consecuente asenso de Obregón y los demás sonorenses, el escritor volvió a distanciarse del poder.

Esta circunstancia pudo influir en su obra. Es decir, su alejamiento paulatino de la oposición, de la minoría intelectual que criticaba acerbamente a los caudillos que se habían impuesto y dictaban su ley desde el poder. Por supuesto, nunca —excepto en el movimiento estudiantil de 1968— abandonó su ideología liberal ni su carácter rebelde. Sin embargo, su escepticismo había mudado en un optimismo que se hace evidente a partir de *Kinchil*. La Revolución finalmente había triunfado y era momento de atender a quien, según Guzmán, estaba por encima de todas las leyendas: Francisco Villa.

Su libro sobre Villa fue una manera de hacer justicia al papel de este caudillo en la Revolución, ya que, como dijo a Emmanuel Carballo [2003: 68], “El hombre que aquí aparece [en las *Memorias*] es el verdadero Villa, no el deformado por las leyendas contradictorias difundidas por amigos y enemigos”. El escritor mencionó también que cada palabra de su libro, al que consideraba un monumento en honor del caudillo, estaba respaldada por él mismo como testigo ocular o por documentos y fuentes de primera mano.

Es cierto que tuvo en su poder los cuadernos donde el coronel Manuel Bauche Alcalde transcribió los dictados del caudillo, pero un porcentaje considerable de su libro es producto de la recreación libre de los hechos que él mismo atestiguó, es decir, de la ficción.

Al respecto, Guzmán [2010b: 27] explica en el prólogo las circunstancias en que concibió las *Memorias* y su proceso de composición. Dice que Nellie Campobello le

proporcionó documentos del archivo de Villa —de hecho, la autora de *Cartucho* también escribió un libro sobre este personaje, *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa* (1940)— y que su otra fuente es el trato directo que tuvo con él.

El lenguaje del libro, asegura el escritor, es el mismo que el de Villa. Él mismo había copiado en su libreta de trabajo todo lo que escuchaba en las conversaciones con su jefe. Esta cualidad se había perdido en los apuntes de Bauche Alcalde y en los demás cuadernos que algún mecanógrafo transcribió.

El lenguaje es uno de los aspectos más notorios del libro, además de su estructura. Al respecto, dice Victor Díaz Arciniega [2010: 15]: “en las *Memorias de Pancho Villa* [Guzmán] desplegó las nuevas características narrativas de su literatura, todas propias de normas retóricas de los dos géneros empleados, el relato testimonial de las memorias autobiográficas y la estructura argumental y sintética de las entregas semanales del periodismo”. Estas normas retóricas se las dictó el lenguaje popular empleado por Villa, recreado después por el escritor en el volumen de marras.

Sea como sea, el libro no deja de ser una apología a la altura de su protagonista. De hecho, puede decirse que éste es el proyecto más ambicioso del escritor, tomando en cuenta que las *Muertes paralelas* y su *Historia de la Revolución mexicana* quedaron inconclusas.

Por supuesto, no se trata de su mejor libro. En cuanto a su calidad estética, *El águila y la serpiente* y *La sombra del caudillo* son las expresiones más altas. La precisión de su lenguaje y la manera en que aborda los temas de la Revolución, además de su aptitud narrativa, son algunos de los rasgos más sobresalientes de estos libros. Otros como *Febrero de 1913* y *Muertes históricas* tampoco desmerecen. Su brevedad los acerca más a la concisión que el escritor siempre buscó. Ambos volúmenes son producto de un método de trabajo que consistía en depurar el relato hasta llegar a lo más esencial. En narrador deja que las acciones transcurran, reduciendo lo más posible sus intervenciones. En este sentido, “Tránsito sereno de Porfirio Díaz” es un caso ejemplar de la literatura mexicana.

Como ya se ha mencionado en los apartados anteriores, la actitud del escritor frente a Díaz fue cambiando a lo largo de los años, según las circunstancias de sus encuentros. Al principio se trataba de una admiración infantil que su mismo padre había propiciado, ya que el coronel Martín L. Rendón era un hombre del régimen.

Aunque Guzmán repita con insistencia que en esa última conversación que tuvo con él, donde supuestamente le dice que los alzados no eran la mala yerba que debía arrancarse, y en su discurso de 1912 haya dicho que tanto los federales como los revolucionarios debían ser reconocidos por igual, está claro que su padre, convencido de lo que hacía o no, luchó y murió en defensa del gobierno de don Porfirio.

Dejando de lado los pasajes de *El águila y la serpiente* donde el protagonista critica a Díaz —en *La querrela de México* arremetió contra el régimen pero no directamente contra el dictador—, en los demás libros no hay una censura tan directa. En realidad, la obra del escritor se desarrolló de tal modo que sus relatos se volvieron más concisos. Puede pensarse que su ideología y su visión del mundo ya se habían manifestado en las primeras dos fases de la obra.

En *Muertes históricas* se percibe claramente la voluntad de estilo del autor. Así también su intención de revelar aspectos de la vida de sus protagonistas a través de su muerte. Y ésta, a su vez, arrojaría luces sobre el momento histórico en que se verificaba este hecho significativo.

El procedimiento que había empleado para escribir *Muertes históricas* y *Febrero de 1913* había sido el mismo, dijo a Emmanuel Carballo [2003: 783]. Éste consistía en “reducir la visión de lo histórico a lo esencial, y procurar que las esencias se reflejen en las palabras”.

Esta idea puede explicarse en los mismos términos que la “teoría del iceberg” de Ernest Hemingway: “un texto puede revelar —y conviene que revele— tan sólo una mínima parte de lo sabido y conocido por su autor”, dice José R. Valles [2008: 49].

El autor de *La sombra del caudillo* tenía un método parecido al de Hemingway: contar sólo los hechos esenciales. De este modo fueron escritos los relatos breves de *Muertes históricas*, que datan de 1938, y *Febrero de 1913*.

Para revelar estas esencias Guzmán eligió la literatura. Y esta idea no es más que la confirmación de lo dicho antes en “La fiesta de las balas”: las ficciones, antes que ser meros inventos de la gente o de algún escritor ocioso, podían mostrar aspectos que la historia, con sus medios propios y con sus limitaciones, no era capaz de vislumbrar.

1.4 Retrato íntimo de la muerte

Muertes históricas y la primera y única parte de *Febrero de 1913* articulan dos de los rasgos más importantes de la obra de Martín Luis Guzmán: su carácter híbrido entre referencialidad e imaginación, es decir, entre historia y literatura, y la recurrencia de la muerte como tema central.

Además de haber conocido a los personajes que retrata en dichos volúmenes, Guzmán vivió lo suficiente —murió a los 89 años, en 1976— para presenciar su debacle y aun las consecuencias que este suceso pudo desencadenar más tarde. Francisco I. Madero, con quien había compartido el estrado en 1912 en un homenaje a Aquiles Serdán, fue asesinado poco después. El escritor se indignó y se unió ese mismo año a la Revolución. Con el tiempo, sin embargo, este tipo de experiencias serían una fuente rica en materiales para su literatura, como dijo el mismo Guzmán [2013: 473] al referirse a sí mismo en tercera persona:

Porque de allí en adelante [...] sus pasos y vicisitudes de revolucionario y político lo pondrían en contacto con todo un mundo de posibilidades literarias, mundo que, al abrírsele hacia tal perspectiva como el propio de él, lo confirmaría en su idea de que nada era superior al empeño de dar vida artística a las esencias y contemplaciones del hombre, buenas o malas; pero mundo también que, espectador él y a la vez actor, le crearía estados de conciencia destinados a reflejarse en su obra, si llegaba a intentarla.

Así como presenció —y participó en— la Revolución, atestiguó también, como ya se dijo, la muerte de sus caudillos. Este hecho tenía implicaciones futuras; era parte de la Historia y podía revelar aspectos desconocidos de ésta. La inmolación de Madero, por ejemplo, mostró la incapacidad de un pueblo acostumbrado a la dictadura para tener un gobierno donde la libertad alcanzó su expresión más acabada.

Pero como dijo Aristóteles [2000: 29] en la *Poética*, el éxito o el fracaso de los hombres depende de sus acciones; éstas son las que al final determinan su destino. La muerte de las demás figuras centrales de la Revolución, la de Porfirio Díaz como la de Bernardo Reyes, se explican por lo que hicieron y por lo que dejaron de hacer en su momento.

Las acciones de estos personajes han sido expuestas en *Febrero de 1913*, cuyos capítulos se centran en alguna figura o suceso importante de la Decena Trágica. Las múltiples perspectivas del relato permiten apreciar el papel que cada actor desarrolla en la trama. Guzmán se sirvió de diversos recursos literarios para sublimar la realidad histórica y explicarla.

Aunque tal acontecimiento tiene por sí mismo una gran carga dramática, el mérito del escritor fue fragmentar la visión de conjunto, para así elaborar una especie de mira caleidoscópica desde donde poder observar las cosas de diferente manera: la consabida ruina del gobierno maderista nos es revelada por los medios propios de la literatura.

Al respecto puede citarse la declaración de fe que Italo Calvino [1995: 15] hizo en *Seis propuestas para el nuevo milenio*: “hay cosas que sólo la literatura, con sus medios específicos, puede dar”. Los afanes del escritor mexicano por conciliar literatura e historia tenían como objetivo establecer una dialéctica, una relación dialógica entre estos dos campos del conocimiento humano. Cuando se encontraba con los límites de la Historia, cuyas fuentes son a menudo insuficientes, acudía a la literatura, a la creación.

El autor de *La sombra del caudillo* sabía bien, como lo diría varios años después Calvino, que había cosas que sólo la literatura, “con sus medios específicos”, podía revelar. Su obra es una reivindicación de las historias populares, de las leyendas y los mitos que se gestaron en la Revolución. Se trata de un tipo de historia viva que se ha mantenido vigente a pesar de todo.

En este punto cabe hacer un paréntesis, precisar que Guzmán no era un divulgador de patrañas ni un falsificador de los hechos. Al contrario, las verdades que buscaba enunciar eran verdades sin ocultamientos. Por ejemplo, la vigencia del caudillismo aun después de la Revolución. Para explicarlo en los términos que el propio autor utilizaba con frecuencia, *La sombra del caudillo* puso de manifiesto los resortes que movían a la política mexicana.

En esta novela, la figura del presidente —del Caudillo ahora legitimado por medios supuestamente democráticos— representa el poder mismo; sus facultades son casi absolutas y el único medio posible para desafiarlo son las armas, donde lleva ventaja. Las instituciones de las que tanto se habla en los discursos oficiales de la época no son más que una farsa, pero urdida no sólo por el gobierno, sino por todos los mexicanos.

Esto último lo demuestra el autor en *Aventuras democráticas*, donde escribió a propósito de unas elecciones en las que él mismo participó: “Como fondo del paisaje político se ensanchaba la abstención popular más completa, la indiferencia total del conjunto ciudadano, la renuncia a la dignidad de gobernarse a sí mismo” [2013: 196]. De este modo entraban en juego otras entidades como la violencia o la barbarie, institucionalizadas durante el Porfiriato, según dice Guzmán en *La querrela de México*.

“Tránsito sereno de Porfirio Díaz”, uno de los dos relatos que integran *Muertes históricas*, se centra en la vida íntima del personaje. Se trata del ocaso de un dictador que se está muriendo, pero que supo hacerlo, aun en el último momento, con dignidad. A pesar de que al final de su gobierno había perdido su proverbial sentido de la política, fue lo suficientemente inteligente para renunciar antes de ser asesinado por los agentes más violentos de la Revolución.

El exilio parisino de Díaz transcurrió de manera tranquila y sosegada. El país natal, sin embargo, permanecía convulso. Madero no había tenido tanta suerte como él: fue asesinado arteramente por Victoriano Huerta.

Pese a que bajo ninguna circunstancia Díaz tocaba el tema de la Revolución, el crimen cometido contra Madero, según cuenta Guzmán [2010: 912-13] en su relato, le pareció repugnante. Luego lamentaba la cercanía de su sobrino Félix con Huerta. Pero nada más. En realidad, parecía más interesado, al menos militarmente, en la Gran Guerra: “De la colosal contienda europea, a don Porfirio sólo le interesaba lo estrictamente militar, y esto en sus fases de carácter técnico. Sobre el posible resultado humano y político, ni una palabra”.

Su vida familiar era más significativa. Los nietos llegaban a visitarlo una vez por semana y aunque el viejo no prodigaba mimos, los atendía tanto como su salud se lo permitía. En efecto, su condición física comenzaba a deteriorarse. Los acostumbrados paseos en una avenida cercana a la casa que rentaba en París eran cada vez menos frecuentes. Su salud estaba delicada.

Era junio de 1915. La Revolución había vuelto a triunfar; los constitucionalistas habían derrocado al gobierno de Victoriano Huerta y éste se había exiliado. Venustiano Carranza y Álvaro Obregón se impusieron militarmente a Villa y, al parecer, el nacido en

Cuatro Ciénegas sería el sucesor definitivo de Madero. Por lo menos, eso era lo que él esperaba.

Ese año también fue definitivo para Díaz, que a pesar de su renuencia al dolor ya comenzaba a sentirse disminuido por su malestar. Trababa de seguir con su rutina diaria, de salir a caminar por las mañanas, pero ya no podía: “consciente de que su malestar se acentuaba, mandó llamar al doctor Gascheau, un médico del barrio, que ya lo había atendido de alguna otra dolencia [...] y que le inspiraba confianza” [2010: 913].

Gascheau le dijo que no era nada, que se trataba de las dolencias naturales de un hombre de su edad; sólo debía guardar reposo y en poco tiempo iba a estar mejor. Sin embargo, le dio otra versión a Carmelita, la esposa de don Porfirio: “era la arteriosclerosis en forma ya bastante aguda. Como dos años antes en Biarritz, quizá el enfermo se sobrepusiera y se aliviara; pero había más probabilidades de que eso no sucediese” [913].

Al final, el médico tuvo razón. Don Porfirio ya no volvió a salir. Se sentía muy fatigado. Pasaba horas sentado en una silla que le habían colocado frente a la ventana de su apartamento; así al menos podía contemplar el parque donde solía caminar por las mañanas.

Cuenta Guzmán [2010: 914] que Carmelita estuvo siempre junto a su marido; conversaba con él, tratando de tocar un tema distinto cada vez, para entretenerlo. Pero no. Don Porfirio siempre llegaba a lo mismo. Hablaba de su infancia en Oaxaca y lo mucho que le gustaría regresar ahí para descansar y finalmente morir en su terruño. Él mismo sabía que, por la situación en que se encontraba México, no era posible volver. Sólo era un deseo, ni siquiera una petición.

El médico Gascheau llegaba con más frecuencia, ahora por las mañanas y las tardes. Seguía sin decirle nada a su paciente sobre la gravedad de su condición; sólo le recomendaba mayor reposo, pues se trataba de un problema circulatorio bastante persistente. Don Porfirio asentía. Era un problema de la circulación; era también la fatiga de tantos años de trabajo.

El 2 de julio de 1915, Carranza recibió en Veracruz un telegrama proveniente de Nueva York. El mensaje consignaba la muerte, en Biarritz, del general Porfirio Díaz. Y con este suceso, con la muerte de Bernardo Reyes dos años antes y la caída de Huerta junto con los porfiristas que lo habían ayudado a derrocar a Francisco I. Madero, se había terminado todo un proceso histórico: había concluido el llamado Porfiriato.

Antes de morir, según narra Guzmán hacia el final, Díaz pidió que le dijeran que todo iba a estar bien en México, que las cosas se arreglarían. Pero la Revolución fue un proceso largo que todavía estaba comenzando; la lucha de facciones llegó a su momento más álgido y el final no se veía nada cercano.

Capítulo 2: “Ineluctable fin de Venustiano Carranza” o el sino trágico del poder

2.1 Reflejos de Carranza

En el capítulo dedicado a *El águila y la serpiente* ya se consignaron algunos pasajes donde el escritor retrató a Venustiano Carranza. Cabe recordar a este respecto que desde que Martín Luis Guzmán decidió entrar a la Revolución, tenía como propósito unirse a la facción carrancista. Por las circunstancias de su trayecto, conoció primero a Francisco Villa, sin que este primer encuentro suscitara en él ningún tipo de atracción definitiva.

Con Carranza fue todo lo contrario. Éste le pareció un hombre sereno y reflexivo. Si bien no era, como dice Guzmán [2010a: 70] en su novela, el héroe que a México le hacía falta, al menos sabía llevar con dignidad su título de Primer Jefe de la Revolución. Así que se puso a sus órdenes.

Sin embargo, las actividades del escritor se reducían a paseos por las plazas recién tomadas y a asistir sin ningún pretexto a las comidas que Carranza organizaba para festejar alguna victoria o para preparar, sin ser él militar, el siguiente movimiento en contra del gobierno. No pasó mucho tiempo para que Guzmán se desencantara de su protector. Una vez lejos de Carranza, buscó a Villa de nuevo.

De este modo, las apreciaciones que hizo de su otrora jefe no son las más positivas; salvo su primera impresión, los demás reflejos son bastante negativos; esto no es raro si se piensa en que tales opiniones fueron enunciadas cuando el escritor pertenecía a una facción contraria y las rencillas entre Villa y el Primer Jefe ya eran evidentes.

Recuérdese también el primer libro de la segunda parte de *El águila y la serpiente*, “Camino de México”, donde el protagonista considera las ventajas y los puntos negativos de pertenecer a una u otra facción. Dice Guzmán [2010a: 183] que en su estancia en Chihuahua se había convencido de que Carranza no sólo no era el genio que México necesitaba, sino que con él la Revolución se estaba encaminando hacia el caudillaje más extremo.

Por el otro lado, Villa había aprovechado las deserciones del bando contrario para hacerse de más adeptos; ofrecía protección a los detractores de Carranza, quienes veían la posibilidad de aprovechar la fuerza miliar del llamado Centauro del Norte. Todos ellos, incluido el escritor, se habían agrupado para formar un solo núcleo de rebeldes entre los que se encontraban José María Maytorena, Felipe Ángeles y su compañero del Ateneo José Vasconcelos, cuyo fin era conservar intactos los ideales revolucionarios.

Sin embargo, Villa era impredecible. La opción de unirse a Obregón tampoco era viable. El sonorenses había elegido su bando: permanecería con el Primer Jefe, esperando el momento oportuno para sucederlo. De este modo, sólo quedaba estar cerca de Villa o alejarse lo más posible de él, como hizo el propio Vasconcelos.

Para Guzmán todo fue diferente. La figura de este caudillo le resultaba atractiva; contemplaba con admiración sus hazañas militares y comprendía que su brutalidad tenía un carácter atávico, propio de fuerzas dormidas durante mucho tiempo y que la Revolución había despertado.

Con el triunfo de los revolucionarios vino también la separación de los distintos bandos. En la Convención de Aguascalientes se había intentado colocar un presidente neutral, pero la resistencia de Carranza y la decisión de Obregón de apoyarlo, además de las inconsistencias de Villa, terminaron por dejarlo sin soportes y su gobierno se desintegró en poco tiempo.

En *El águila y la serpiente*, el protagonista narra que los mensajeros de Gutiérrez no lo encontraron nunca porque cada día pernoctaba en un lugar distinto. Al llegar a su domicilio, sólo encontró la nota que José Isabel Robles había dejado para él. En ella había indicaciones sobre el camino que tomaron los fugitivos y una advertencia: debía cuidarse de Manuel Madinabeytia.

Eulalio Gutiérrez se vio forzado a renunciar y algunos de sus adeptos buscaron protección entre los carrancistas, quienes se habían rehecho después de algunas victorias sobre la División del Norte.

Asimismo, las gestiones de los enviados de Carranza en los Estados Unidos habían conseguido que el gobierno de ese país se inclinara por el Primer Jefe. Los villistas habían perdido algunas batallas, pero su campaña militar parecía solvente todavía, hasta el enfrentamiento con Obregón en el Bajío. A propósito de esta batalla crucial de la

Revolución, hay que mencionar que el otro libro donde pueden encontrarse más referencias de Venustiano Carranza es el de las *Memorias de Pancho Villa*, cuyo final consigna precisamente los primeros enfrentamientos de las Divisiones del Norte y del Noroeste.

En este amplio volumen puede apreciarse, en la voz del propio Villa —que no es sino una construcción ficticia hecha a partir de los cuadernos de Bauche Alcalde y de la experiencia personal de Guzmán— el retrato de Venustiano Carranza. Por supuesto, no se trata de una estampa muy favorable, ya que aparece como un obstáculo para la consumación de la verdadera Revolución, encarnada en Villa.

Se narra, por ejemplo, que cuando los norteamericanos ocuparon el puerto de Veracruz en abril de 1914, la postura de cada uno fue distinta; Carranza se indignó y estuvo a punto de declarar la guerra a los Estados Unidos, mientras que Villa pidió entrevistarse con George C. Carothers para preguntarle qué era lo que sucedía. Cuando el agente le respondió que la acción de su gobierno no representaba ningún peligro para los revolucionarios, sino al contrario, Villa quedó conforme y declaró a la prensa que estaba de acuerdo con la ocupación del puerto. Esto es, al menos, lo que narra Guzmán [2010b: 389] en las *Memorias*.

La versión del escritor no está muy alejada de la realidad. Villa había acumulado tal poder que podía desafiar la autoridad del Primer Jefe. Al respecto dice Friedrich Katz [2007: 355] que después de la victoria de Torreón, Villa se había convertido de hecho en un dirigente nacional, pues tenía “más recursos y más territorio que ningún otro comandante revolucionario”.

Sin embargo, la postura del narrador —el Villa creado por Guzmán— de las *Memorias* no es nada objetiva, ni pretende serlo. Lo que buscaba el autor, como lo dijo en la entrevista citada, era crear un monumento literario al caudillo. En cuanto a Carranza, ya había escrito sobre él en octubre de 1938.

2.2 La Constitución de 1917

La debacle militar de Villa significó el ascenso de Carranza al poder. Álvaro Obregón lo había resuelto todo en el Bajío, no sin consecuencias —perdió uno de sus brazos y entró en una depresión que casi lo llevó al suicidio—; con todo, aún faltaba lo más importante: cumplir con las promesas que había hecho la Revolución.

A decir de James Cockcroft [2004: 216], el mérito de Venustiano Carranza consistió en haber firmado la Constitución de 1917 a pesar de no creer en todos sus postulados; fue un acto de pragmatismo político, pues de no hacerlo “podía desatar de nuevo las verdaderas fuerzas que habían producido originalmente la Revolución [...] generadas por el movimiento precursor [...], por el asesinato de Madero y por la cada vez más violenta guerra civil de 1910-1917”.

Sin embargo, la situación continuaba siendo precaria: Carranza había dejado de ser el Primer Jefe de la Revolución y se había convertido desde mayo de 1917 en el presidente constitucional de México. Su nueva investidura traía consigo otros problemas quizá más complejos que los que había enfrentado como revolucionario.

Álvaro Matute [1994: 9] menciona que el ámbito en el cual debía moverse el presidente Carranza era muy complicado. Por una parte estaban las presiones políticas de los Estados Unidos —agravadas a partir de su entrada en la Gran Guerra, en abril de 1917—; por la otra, la amenaza que todavía representaban los rebeldes locales, revolucionarios y reaccionarios, ambos enemigos jurados de su gobierno. Asimismo, debía lidiar con “las tareas propias de la actividad cotidiana [del poder]”.

Carranza resolvió con su proverbial lentitud estos problemas; mantuvo el equilibrio entre las fuerzas internas de poder, contuvo a los insurrectos y sobrellevó su relación con el gobierno estadounidense. Pero el momento más álgido llegó cuando debió elegir a su sucesor. Entonces se desencadenó una revuelta que terminaría por eliminarlo en muy poco tiempo.

El mismo Guzmán [2013: 159] refiere sesgadamente este hecho en *La sombra del caudillo*. Se trata de una conversación entre dos veteranos del ejército, Sandoval y Carrasco, quienes dicen al respecto: “Así sucedió hace cuatro años [1920]. A poco de levantarse las fuerzas de Sonora, ya estábamos todos con el Caudillo [Álvaro Obregón]. Al Gobierno [de Venustiano Carranza] se le desgranó el Ejército en la mano como mazorca podrida”.

2.3 La rebelión de Agua Prieta

1920. El periodo presidencial de Venustiano Carranza terminaría pronto; las elecciones para sucederlo estaban cerca y la tensión política con sus adversarios había aumentado

sobremanera. Su decisión de imponer a un candidato incondicional —el diplomático Ignacio Bonillas— frente a Álvaro Obregón, cuya candidatura había bloqueado sistemáticamente, exacerbó los ánimos políticos de los obregonistas.

Según Álvaro Matute [1994: 27], no fue sino hasta este momento decisivo cuando el otrora Primer Jefe comenzó a verse en serios problemas; no es que antes no los haya tenido, pero ahora se enfrentaba con un adversario formidable, Obregón, y las circunstancias eran completamente distintas. Esta vez no se trataba de una amenaza militar como la que en su momento representó Villa, sino de un antiguo colega que exigía su derecho a la presidencia de México.

Como bien dicen los personajes de Guzmán en *La sombra del caudillo*, iniciada la revuelta de los sonorenses, el ejército abandonó a Carranza y se le desgranó en las manos “como mazorca podrida”; de este modo, tuvo que huir literalmente con todo su gobierno hacia Veracruz, intentando de nuevo el movimiento que le había dado tan buenos resultados en 1915: rehacerse en el puerto y contraatacar.

Aunque cabe hacer un paréntesis y matizar: Pedro Castro [1996: 121] señala al respecto que aunque Álvaro Obregón ha sido identificado como el artífice de esta revuelta, en realidad fue la intervención decisiva de otros actores como Adolfo de la Huerta, además de los sucesos accidentales que jugaron a favor de Obregón, los que determinaron el rumbo de este suceso.

De igual modo, dice también Castro, hay tres factores importantes que deben tomarse en cuenta antes de aventurar la tesis de la conspiración: “la precariedad de las comunicaciones en esos tiempos y su estricto control por el gobierno en contra de los opositores; la rapidez [...] con que actuaron los sonorenses en rebelión [...] y la misma situación de don Álvaro, que se encontraba solo y en terrenos hostiles de la capital” [90].

Aunque el conflicto llegó a su punto más álgido en 1920 —cuando el presidente intentó imponer a su candidato—, su origen puede encontrarse en una serie de escaramuzas legales y de intrigas militares entre el gobierno de Sonora y Carranza.

Álvaro Matute [2010: 91-92] señala que además de la disputa por la propiedad de los ríos San Miguel Horcasitas y Sonora en 1918 y 1919 —hecho que consignó el periódico *Orientación* de Clodoveo Valenzuela, iniciando una campaña en defensa de la soberanía

local—, un suceso clave en el rompimiento fue la decisión de Carranza de cambiar al jefe de las operaciones militares de la zona, Juan Torres, por considerarlo cercano a Obregón.

Su puesto fue ocupado por Juan José Ríos, sin que su presencia alterara demasiado las cosas; sin embargo, la noticia de que la jefatura militar dependería ahora del general Manuel M. Diéguez y que éste preparaba una incursión hacia la entidad —rumor que se confirmó el 7 de abril de 1920—, colmó la beligerancia de los sonorenses, quienes se pronunciaron en contra.

En poco tiempo, Plutarco Elías Calles había asumido el liderazgo militar de Sonora. El 23 de abril fue proclamado el Plan de Agua Prieta, el cual “dio cauce e impulsó a un movimiento militar ya estallado en Sinaloa, Michoacán y Zacatecas [y en el que] los alzados reiteraron su desconocimiento al presidente Carranza”, dice Pedro Castro [1998: 35].

Con ello había iniciado en forma la rebelión. Los insurrectos conformaron un Ejército Liberal Constitucionalista cuyo jefe supremo era Adolfo de la Huerta; Calles, por supuesto, era quien mandaba en las cuestiones tácticas. Matute [2010: 115] menciona que “hacia fines del mes de abril y principios de mayo, la situación general era favorable a los sonorenses, quienes iban demostrando que el ejército estaba con ellos”.

Por el contrario, el panorama no lucía nada bien para Carranza. Todo había sucedido muy rápido y él estaba acostumbrado a maniobrar con lentitud; además, Pablo González, el otro candidato a la presidencia, también se había manifestado en su contra.

Lo mismo que Obregón, también redactó el 30 de abril un documento en el que, apunta Matute, “hace una terrible crítica sobre el imposicionismo [sic] electoral, que le sirve de base para justificar su actitud de desconocimiento del gobierno” [115]. Con ello don Venustiano quedaba prácticamente sin ninguna protección, salvo las fuerzas militares que todavía conservaba en la ciudad de México.

Sin embargo, Carranza [1920/1998: 883] siguió sin apresurarse. El 5 de mayo lanzó un manifiesto debido a que “la delicada situación militar y política por la que atraviesa el país, exige una exposición franca y precisa de las causas que la han motivado y de los propósitos del Poder Ejecutivo para hacerle frente”.

En ese documento hace un recuento de lo ocurrido en México a partir de la proclamación del Plan de Guadalupe en 1913 y el desarrollo posterior de la revolución

constitucionalista, sus motivos para aceptar la presidencia en 1917 y demás detalles sobre el estado de las cosas hasta ese momento. Para Álvaro Matute [2010: 116], dicho texto puede considerarse “como la primera pieza parahistoriográfica relativa al movimiento [de Agua Prieta]”, sin olvidar también su carácter histórico.

Pero el presidente Carranza no sólo se había tomado su tiempo analizando la situación; también había ideado un plan de escape para librarse de los rebeldes: pretendía salir de la capital en ferrocarril, llevándose consigo a todo su gobierno. El convoy salió el 7 de mayo, aunque las cosas no habían comenzado del todo bien. Los operadores de algunas máquinas eran partidarios de Obregón, así que boicotearon la huida; ese mismo día, apunta Pedro Castro [1998: 39], llegaron “las fuerzas de los generales Pablo González y Jacinto B. Treviño”. Obregón entró a la ciudad de México dos días después.

2.4 La versión literaria de Martín Luis Guzmán

En el título de su narración, “Ineluctable fin de Venustiano Carranza”, el escritor adelanta ya el final del éxodo carrancista; cronológicamente, el relato tiene como punto de inicio el 5 de mayo de 1920, fecha en que, como ya se dijo, el presidente Carranza dio a conocer su “Manifiesto a la Nación”.

En este punto, dice Guzmán [2010b: 917], “Las olas del descontento en armas, de la rebelión, de la defección, habían venido propagándose desde las más remotas comarcas del país hasta el interior mismo de los salones presidenciales”, por lo que “la situación política y militar” del presidente “ya no tenía remedio”.

El levantamiento armado cuyo epicentro había sido el estado de Sonora se había extendido por todo el país, dejando al gobierno en una situación precaria; todo había sucedido muy rápido, y el mismo Carranza, acostumbrado a tomarse su tiempo en este tipo de situaciones, ignoraba “quiénes lo acompañaban todavía para sostenerlo, y quiénes para traicionarlo oportunamente”.

El panorama era a tal punto incierto que don Venustiano “veía apartarse de su lado a militares y civiles que horas antes le protestaban adhesión” y “cómo defeccionaban hasta sus regimientos preferidos, aquellos cuyos jefes recibían paga y sobrepaga, y cuyos soldados tenían haberes de sargentos”. Frente a esta situación, el narrador se pregunta lo

siguiente: “¿Tan insensato se juzgaba su propósito de entregar la Presidencia a don Ignacio Bonillas, tan criminal su idea, que así lo abandonaban o negaban casi todos?”.

Para Guzmán [2010b: 917-18], existe un momento crítico en que todo gobierno puede derrumbarse: “la mala hora en que se proponen, con olvido de su origen, provocar una repulsa verdaderamente nacional, una negativa a la que después tratan de enfrentarse”.

Este momento había llegado para Carranza; mientras explicaba los motivos por los cuáles creía que Bonillas era una mejor opción para México, ya que los otros dos candidatos habían forjado su prestigio en los campos de batalla, la misma fuerza militar que en 1913 lo había seguido ahora lo doblegaba. ¿Se olvidó el Primer Jefe del origen de su gobierno? ¿Había olvidado los valiosos servicios prestados por Obregón y por Pablo González en su ascenso a la presidencia en 1917?

La respuesta la halla el escritor no en la “realidad exterior”, cuyo análisis ha correspondido a la historiografía del periodo, sino en la realidad interna de don Venustiano, la cual estaba determinada por su carácter: “Porque nada superaba en él a su obstinación; nada a su incapacidad para reconocer sus errores”; aun cuando estaba a tiempo de enmendar su falta, “ni un minuto pensó en hacerlo, y, menos aún, en rendirse; ni se acordó de la mano que apenas la víspera le había tendido Pablo González a cambio de no llevar adelante el delirio de la imposición”.

Esta observación de Guzmán resulta sustantiva para el propósito de este trabajo; al distinguir entre la realidad exterior y el mundo interior de Carranza, la narración pasa a otro plano y deja de ser una crónica para convertirse en un relato netamente literario; si el suceso en sí mismo tiene un carácter trágico, en la versión del escritor adquiere su forma definitiva.

Este procedimiento ya lo había empleado en *La sombra del caudillo*, donde confundió, entendida esta palabra en su sentido de fundir o mezclar, dos acontecimientos históricos en una sola trama literaria, tomando como modelo el género trágico de la Antigua Grecia. Aunque, como dice Virginia Aspe [2010: 12], para Aristóteles [2000: 29] la tragedia es sobre todo “la imitación de una acción elevada y completa”, la participación del héroe es indispensable, “pues de él emanan tanto el pensamiento que acompaña siempre a la acción, como el carácter”, que “es el soporte por el que se manifiesta la acción”.

El carácter de Carranza tenía un defecto; éste era, según el escritor, su “obstinación”. Esta misma resistencia a aceptar sus errores u otro juicio que no fuera el suyo lo llevó a defender la soberanía nacional en 1914, cuando los estadounidenses ocuparon el puerto de Veracruz; mientras que Villa celebraba esta acción, el Primer Jefe estuvo a punto de declarar la guerra a los Estados Unidos.

El propio Huerta quiso aprovecharse de esta situación, pero sin muchos resultados. Al final sólo logró alargar un poco más su estancia en el poder; los constitucionalistas derrocaron al gobierno el 13 de agosto de ese mismo año. El conflicto con el Centauro del Norte se decidió unos meses después en el enfrentamiento del Bajío; poco antes, el Primer Jefe se había visto en aprietos. Tuvo que refugiarse en Veracruz y esperar. Su táctica dio resultados. El estallido de la Gran Guerra y la decisión del gobierno yanqui de apoyarlo a él y no a Villa, además de la pericia militar de Obregón y de su propia habilidad política, dieron la ventaja a su facción.

Pero en esta ocasión, ya se ha dicho, la situación era distinta, y el 5 de mayo de 1920 “no tenía remedio”. Respecto del carácter de Carranza, menciona Guzmán [2010: 918] que pudo verificarse en él una especie de visión errónea, ya que creyó “estar cumpliendo un destino [...] mientras de hecho, inconsciente e implacablemente, caminaba hacia otro, negro y cruel, que estaba aguardándolo”.

Esto intensifica aun más el carácter trágico de la narración; por supuesto, tanto el narrador como el lector saben de antemano cuál será el desenlace de dicho acontecimiento. Y no sólo eso, sino que conocen sus consecuencias.

Además, el proceso de ficcionalización es mucho más obvio aquí que en “Tránsito sereno de Porfirio Díaz”; desde su estructura, articulada por capítulos que siguen una cronología lineal pero cuyo punto de referencia es algún personaje como Pablo González, Guadalupe Sánchez o Gabriel Barrios, se puede inferir que el relato pertenece más al plano de la literatura.

Asimismo, debe distinguirse entre el Carranza histórico, es decir, el sujeto empírico, y el personaje que aparece en el texto. Sucede algo parecido que con el protagonista de *El águila y la serpiente*, idéntico al autor, pero que no deja de ser un personaje de ficción.

De ahí que se haya insistido a lo largo de este trabajo sobre el carácter literario de los libros “históricos” de Guzmán; un ejemplo más cercano a “Ineluctable fin de

Venustiano Carranza” puede ser la biografía de Xavier Mina, donde las introspecciones son recurrentes y los hechos parecen recrearse de una manera literaria, no sólo mediante el lenguaje, sino también estructuralmente.

Volviendo a la narración sobre lo acaecido en 1920, en ésta se dice que para inicios de mayo, la estancia del gobierno en la ciudad de México era insostenible. Rafael L. Urquiza, autor de *Tropa vieja*, enviaba informes a la capital sobre el apresurado avance de los rebeldes, que llegarían en poco tiempo.

Era momento de escapar. Pero esta decisión atañía sólo al presidente; no sólo eso, sino que él mismo decidiría el plan de escape. Al respecto, escribe Guzmán [2010b: 918]: “él lo acordó todo. Él dijo que saldrían hacia Veracruz; él, que el viaje se haría por la línea del Ferrocarril Mexicano, resguardada para eso desde días antes por las fuerzas de Francisco Murguía; él, que se iniciaría la marcha a primera hora del día 7”.

Seguramente, como dice Pedro Castro [1998: 39], el llamado Rey Viejo estaba “apostando a su buena suerte de 1914”, pero había olvidado que ese mismo año el gobierno de la Convención se había desintegrado en su huida hacia San Luis Potosí. Después de ser asediado por los constitucionalistas, ya inerme y amnistiado en la localidad de Ciénega del Toro, Nuevo León, Eulalio Gutiérrez renunció a la presidencia de México.

Pero Carranza, que a decir de Guzmán [2010b: 919] se mantenía “tranquilo, como si la ansiedad de aquellos preparativos fuera [su] modo de vida normal”, sólo pensaba en que todo había salido bien para él en noviembre de 1914: “Para él no se trataba de la fuga de unos poderes políticos tambaleantes bajo el ímpetu de fuerzas avasalladoras e incontenibles, sino de un cambio transitorio de capital en medio de circunstancias adversas [...] Problema político, trascendental o de fondo para el país, no había ninguno”.

Los hechos, sin embargo, parecían contradecir el juicio y la tranquilidad del presidente: “En las estaciones todo era confusión y desorden. Habían desertado, no presentándose, jefes de las graduaciones más altas y oficiales de los estados mayores [...] Faltaba lo principal del personal ferroviario, simpatizador de Pablo González o de Obregón”.

La salida del convoy se había retrasado; se sabía, por los informes que el presidente recibía de sus subordinados, que las tropas de don Pablo ya estaban cerca. Aquí la narración toma de nuevo un cariz netamente literario, pues el escritor no sólo mantiene la tensión del

relato, sino que la confronta con la pasividad del protagonista. Cuando los trenes hubieron de detenerse un momento en la Villa de Guadalupe, “expuesta al ataque de Pablo González”, “Varios funcionarios encargados de ordenar la marcha, Urquiza entre ellos, vinieron a decir a don Venustiano que todo iba saliendo mal. Él no se alteró: les ordenó, con su calma de siempre, que no se demorara más el movimiento” [920].

Nótese el contraste: la pasividad del presidente y la convulsión externa. Aquí, la situación es vista simultáneamente desde dos perspectivas y los dos rasgos principales del personaje ya están bien definidos; sabemos que su principal defecto es su obstinación, y lo que quizá sea una virtud, su tranquilidad ante los momentos complicados.

Continúa la narración: “Sin detenerse, corrieron los trenes hasta Texpapan. Por la tarde pararon en San Juan Teotihuacán. Allí se presentó el general Murguía [...] Allí también escuchó don Venustiano detalles [...] de lo desastroso de su salida”. Entonces, “Oyendo lo que unos contaban y lo que comentaban otros, advirtió cómo los más de los hombres que venían con él disimulaban apenas el desaliento, y cómo algunos se reprimían para no desbordarse en indignación”. Se reanudó la marcha. Anocheció. Los pueblos no eran “sino fantasmas de pueblos, desiertos y tenebrosos, los que turbaba, con el resonar de un ruido encajonado, la interminable fuga de los trenes” [921].

Este último fragmento es clave para entender el carácter literario del relato, establecido en el conflicto entre la “obstinación” de don Venustiano y la asechanza de los sonorenses, que desembocará en lo ineluctable; por otro lado, parece haber un cambio gradual en el lenguaje que emplea el narrador, que al principio cuenta lo que ha sucedido “dentro de la más escueta realidad” y luego imprime “el toque de la exaltación poética”. Vuelve el narrador a remarcar el contraste al que se hizo referencia antes: “Pero si en el alma de don Venustiano iba definiéndose aquel sentimiento, ni su rostro, ni sus ademanes, ni su actitud lo dejaban ver”.

En Apizaco, por sugerencia del general Murguía, se organizó lo que quedaba de las tropas. El mismo presidente pasó revista al “ejército de quien él todavía se sentía jefe. Eran cuatro mil hombres. Le presentaron armas, lo saludaban con la marcha de honor, mientras, al paso de los caballos, le daba escolta un séquito de quince o veinte generales”. Esta escena es reveladora. Carranza, después de todo, seguía siendo la máxima autoridad. No había perdido en ningún momento ese título, ni menos aún su dignidad. Pero su potestad se

reducía, lo mismo que todo su gobierno, a unos cuantos miles de soldados y a un séquito de generales que no llegaba a la centena.

El narrador advierte aquí la naturaleza paradójica de esta escena. Acompañaba al presidente Lucio Blanco, “a quien en las horas risueñas y prósperas él [don Venustiano] le había negado todo, o casi todo, por complacer a otros”; entre esos “otros” a los que había gratificado en lugar del general Blanco, estaba nada menos que Álvaro Obregón, “el mimado de antes y hoy cabeza de la conjura militar empeñada en arruinarlo a él, que tanto lo había considerado” [922].

No está de más anotar lo siguiente. Como ya lo ha dicho Pedro Castro [1996: 90], la autoría intelectual de Obregón en lo de Agua Prieta no es cuestionable, pero hubo otros actores como Adolfo de la Huerta y el mismo Plutarco Elías Calles, cuya participación fue determinante. Puede que, siguiendo la tesis de Guzmán, la decisión de Carranza de imponer a un candidato impopular haya provocado “una repulsa verdaderamente nacional” [917] a la que ya no le fue posible enfrentarse.

Por el momento, fue suficiente ese ejército de cuatro mil hombres para defender al presidente de los ataques del enemigo; éste era huidizo, hacía incursiones para hostigar al convoy y luego se retiraba. Así había sido en Tlaxcala y luego en San Marcos. Se trataba de “un enemigo encubierto que ni se mostraba todo ni lo acometía de frente”, que “sólo parecía querer hostilizarlo de lejos y empujarlo a no se sabía qué ocultos desastres” [923].

El llamado Rey Viejo seguía inmovible en su propósito de llegar a Veracruz; no sólo eso, sino que era quizá el único que todavía creía que eso era posible, a pesar de los informes que recibía: “Se habían estrellado por Texcoco los dos aeroplanos de Felipe Carranza, que se proponían unírsele [...] Se sabía también, aunque vagamente -eso era lo peor-, de una columna mandada por Jacinto B. Treviño, que avanzaba [...] para caer sobre los trenes por detrás, y destrozarlos”.

Pero esto era sólo un rumor. Quizá hubiera sido mejor para los acompañantes del presidente, porque éste permanecía estoico y parecía que nada lo afectaba, haber tenido la certeza de este ataque definitivo. De todos modos, “cuantos allí iban se abandonaban más y más a la certeza de que no llegarían nunca a Veracruz”, pues “Cada kilómetro suscitaba temores nuevos [y] cada estación descubría mayores amenazas”.

El anuncio de estos peligros se volvió un hecho cuando el convoy fue atacado de nuevo en Rinconada. Ahí, dice Álvaro Matute [2010: 125], “La acción de guerra fue considerable, puesto que le causaron numerosas bajas a la comitiva presidencial, entre ellas la del general Agustín Millán, gobernador del Estado de México”. Según la narración de Guzmán, el enfrentamiento fue una batalla en forma. Al saberse que el enemigo los esperaba cerca de aquel lugar, el general Francisco Murguía había salido con su escolta para repeler el ataque; sin embargo, fue rechazado “con fuego hasta de cañones”, así que “hubo de dictar nuevos dispositivos y empeñar seriamente la acción” [924].

La defensa fue exitosa esta vez, aunque “Al principio, la refriega fue terrible: junto a Carranza cayó, acribillado por las ametralladoras, un teniente de la guardia [...], morían o quedaban heridos cerca de Murguía los oficiales y soldados que lo emulaban”. Sin embargo, este general “maniobró con gran pericia, puso enorme violencia en el asalto, y, así, media hora bastó para tomar el cerro [donde se refugiaban los adversarios]” [925].

El presidente “regresó a su tren entre las aclamaciones y los vítores de los civiles y al son de las bandas de guerra”. Pero la celebración no duró mucho; hubo una nueva incursión, ahora en la retaguardia. Los cadetes del Colegio Militar rechazaron el ataque. Volvió la calma, pero no la tranquilidad. El enemigo seguía hostigándolos.

Cuando se disponía de nuevo la salida de los trenes, hubo, dice el narrador, “un detalle simbólico”. Un soldado que pasaba al lado del presidente dejó caer accidentalmente un cartucho; no le tomó importancia y siguió su camino, “pero don Venustiano lo llamó y le ordenó que levantase lo que dejaba en el suelo. Para el soldado, ya nada hacía falta; para don Venustiano, aquel cartucho era todavía tan útil como todo cuanto llevaba él consigo” [926].

Ciertamente, se trata de otra anécdota que lleva “el toque de la exaltación poética”, la cual revela no sólo el temple de Carranza, sino, de nuevo, el contraste entre éste y los demás integrantes de la comitiva presidencial. Esto no es raro si se piensa que a cada victoria sobre el enemigo la sucedía un nuevo embate; el ánimo de los civiles y aun el de los soldados había sido mermado a tal punto que todos, excepto el presidente, veían cada vez más lejana la llegada del convoy a Veracruz.

La comitiva siguió avanzando, aunque trabajosamente. “En Algibes se recibió la noticia de la defección del general que habría de darles seguridad en su tránsito por el

estado de Veracruz, Guadalupe Sánchez”, dice Álvaro Matute [2010: 127]. Además, la llamada Columna de la Legalidad estaba siendo alcanzada por las tropas de Jacinto B. Treviño, quien se acercaba por la retaguardia. Expone Guzmán [2010b: 926] que un enviado de Treviño llegó a Rinconada; desde ahí envió un mensaje de su jefe, quien ofrecía “a don Venustiano garantías y seguridades mediante un compromiso: renunciar a la presidencia y salir del país”.

Carranza no contestó, pues tenía otros problemas que resolver. Las máquinas se habían quedado sin agua y sin carbón; los trenes debieron quedarse en Algibes, junto con toda la parte material del gobierno. En realidad, fue una salida precipitada. Sólo don Venustiano mantuvo la calma hasta el último momento; mientras el enemigo —que se había presentado de nuevo, esta vez con la intención de acabar con la Columna de la Legalidad— cercaba la fila de vagones estacionados, el presidente observaba desde el suyo, esperando el momento adecuado para escapar.

Así lo hizo. Empezó entonces la huida a caballo; esta vez, el contingente que lo seguía era más reducido, pero no dejaba de ser considerable. Insiste el narrador en subrayar el temple de Carranza y el abatimiento de su séquito: “Cuantos cabalgaban detrás de don Venustiano iban hundidos en el silencio de la derrota y del infortunio. En él sólo había el silencio de la reflexión, el silencio de quien medita en su catástrofe no para lamentarla, sino para apreciar los recursos que aún le quedan” [933].

La procesión se detuvo un momento. Era necesario considerar el trayecto que debía seguirse. Deliberaron. Al final, Luis Cabrera sugirió la sierra de Puebla como la salida más segura. Los demás estuvieron de acuerdo; el presidente aprobó el plan y le pidió a Cabrera que los guiara.

Llegaron a Tetela de Ocampo el 17 de mayo. Internarse en la sierra poblana significaba entrar en los territorios de Gabriel Barrios, el cacique de la zona. Aunque habían escuchado que éste se encontraba en el sitio, cuando llegaron supieron que poco antes había salido hacia Cuautempan; siguieron hasta allí, pero Barrios no apareció. “Instantáneamente, de un solo golpe, se derrumbó la esperanza que en todos había encendido el sentirse en la sierra bajo la protección de Gabriel Barrios, y otra vez se hundieron casi todos en el desaliento y la inquietud”, dice el narrador de “Ineluctable fin...” [936].

Al día siguiente, el presidente decidió que los cadetes del Colegio Militar ya no siguieran adelante. Hubo protestas, pero la orden había sido terminante. Y no era que la situación estuviera perdida; en realidad, no valía la pena sacrificar a estos jóvenes. Por lo demás, el optimismo de Carranza, pese a la situación, seguía intacto. Su propósito de llegar a Veracruz no había cambiado, pero la marcha se hacía cada vez más fatigosa.

Casi no había tiempo para detenerse y descansar; las noticias de que el enemigo estaba cerca los impelía a desplazarse con mayor rapidez. Tampoco había muchas salidas; debían alejarse lo más posible de las vías del ferrocarril, apartarse de Necaxa, donde también los acechaban. Para don Venustiano, la única opción era seguir hasta la parte dominada por Rodolfo Herrero.

El 19 pernoctaron en Tlaltepango. Según narra Luis Cabrera [1992: 759], el general Mariel le dijo “que habiendo él operado en la región y conociendo personalmente a todos los que pudiéramos encontrar en el camino, se consideraba capacitado para dirigir la marcha de la comitiva”. Esa misma noche se comunicó Mariel con Rodolfo Herrero, “de quien tenía la seguridad de que prestaría ayuda a nuestro paso por la Sierra de Huauchinango, y esperaba nuevas noticias de él, de un momento a otro”. Cabrera supo también que irían a Tlaxcalantongo.

El encuentro con Herrero se verificó al día siguiente, poco después de que el presidente y sus acompañantes salieran de Patla. Ahí los alcanzó “un jinete que por su indumentaria limpia y catrina y su montura fresca y briosa demostraba claramente que no traía una larga jornada sino que acababa de salir de algún lugar muy próximo” [760], dice Cabrera en su testimonio. Era Rodolfo Herrero, quien se acercó al escritor poblano para identificarse.

Luego avanzó hasta encontrarse con Francisco L. Urquiza. Lo saludó. Siguió más adelante, donde vio al general Francisco de P. Mariel; “lo abrazó, lloró; le protestó que contara siempre con su devoción personal, y con la de todos los suyos, igual que el señor Carranza; y le dijo que tenía a verdadera felicidad acompañarlos en aquel infortunio, pues era hombre agradecido y leal, que no olvidaba los servicios recibidos”, narra Guzmán [2010b: 943].

Al llegar con el presidente, “fueron todavía más conmovedoras y explícitas las protestas de sus buenos sentimientos, de sinceridad de su ayuda, de su gratitud”. Don

Venustiano lo escuchaba impasible pero satisfecho, “Porque era importante para él, en medio de tantos desengaños y tribulaciones, encontrar al fin un hombre, diferente de otros muchos, que cuando más se dudaba le salía al paso tendiéndole la mano”.

Herrero iba al frente de la columna junto con el presidente; ahí daba toda suerte de informes sobre la geografía de la zona, que por supuesto conocía bien. El general Mariel había sugerido que fuera él quien se hiciera cargo de guiarlos hasta Tlaxcalantongo. Continúa el narrador: “Algo oculto, algo ominoso había en aquella lenta ascensión, y así lo hubieran sentido todos si a la cabeza de la columna, hablando alentadoramente cerca de don Venustiano, no hubiera ido Rodolfo Herrero” [943].

Y no era para menos. Desde su salida de la ciudad de México, que fue hasta cierto punto desastrosa, el presidente y su comitiva no habían encontrado apoyo en ningún lado; Gabriel Barrios sólo los había dejado pasar por sus territorios, pero no se presentó ante don Venustiano como lo estaba haciendo ahora el general Herrero. Él no sólo conocía bien la zona, sino que contaba con tropas para resguardar el paso de la columna presidencial. Sin embargo, menciona Luis Cabrera [1992: 761], “éste se presentó solo al señor Carranza y siguió acompañándolo solo, sin hacer aparecer fuerzas suyas”.

Cobra sentido entonces la intervención del narrador en el relato de Guzmán; lo “ominoso”, se sabe, es el final de Carranza; lo “oculto”, el engaño de su supuesto aliado. En este punto, resulta obvio que el escritor ha querido mostrar los hechos de una manera literaria. Las intervenciones de este tipo son frecuentes, y no sólo eso, sino que tienen un propósito: poner de relieve el aspecto trágico de la realidad. En este caso, de la realidad histórica.

Se cumple entonces la idea de Guzmán sobre los hechos que tienen “el toque de la exaltación poética” y que muestran “las revelaciones esenciales”. Pero, a diferencia del relato que consigna el autor en “La fiesta de las balas”, seguramente retomado de alguna historia popular, en “Ineluctable fin de Venustiano Carranza” hay una conjunción de hechos históricos, respaldados por documentos o testimonios, y de pasajes recreados mediante la imaginación del escritor.

Continúa la narración. La comitiva presidencial, con Herrero a la cabeza, llegó a Tlaxcalantongo: “Aquello no era un pueblo, ni una aldea, ni un lugar. Era una mala ranchería de cuarenta o cincuenta chozas cogidas entre la montaña, que se levantaba por la

izquierda, y el borde del precipicio, que caía por la derecha”, dice Guzmán en su relato [2010b: 945].

Por su parte, Luis Cabrera [1992: 761] cuenta que “Al llegar nos encontramos con que la mayor parte de las chozas estaba vacías y que casi todos los vecinos del pueblo se habían ausentado, de modo que no había tales víveres para la gente ni tales pasturas para las cabalgaduras”. Sin embargo, este sería el refugio de la comitiva, así que el presidente y sus acompañantes se dispusieron a pernotar allí.

Según Álvaro Matute [2010: 129], “Junto con Carranza quedaron Manuel Aguirre Berlanga, Mario Méndez y Pedro Gil Farías, además de un par de asistentes”, todos ellos civiles, pues “Los militares quedaron alojados en jacales lejanos al del Presidente. El de Murguía a unos cincuenta metros y el de Urquiza a doscientos”.

En este punto hay que hacer un paréntesis y mencionar un detalle en la narración de Guzmán [2010b: 946], quien consigna estos dos hechos interesantes. Al ver la pobreza y la desolación del sitio, “Don Venustiano tuvo unos instantes de vacilación”; mandó al capitán Ignacio Suárez “a prevenir a todos que estén listos para continuar la marcha de un momento a otro”, pero “Suárez regresó diciendo que casi todos habían ya desensillado y andaban dispersos entre las casas en busca de comida y forraje”. Al escucharlo, el presidente sólo contestó que estaba bien, que de todos modos era igual.

Otro detalle. Algunos militares de la comitiva fueron a un río cercano para darle de beber a sus caballos, “Eso hacían cuando de pronto divisaron unas indias que bajaban corriendo la ladera de la otra orilla y que llegaban hasta ellos”. Les preguntaron qué sucedía y ellas contestaron “que venían huyendo de una tropa que se acercaba por detrás”; entonces “[Paulino] Fontes y los otros supusieron que se trataba de la retaguardia de la columna [...] formada por los soldados de Heliodoro Pérez”. El ataque era inminente.

La decisión de quedarse en Tlaxcalantongo ya había sido tomada desde el principio. Venustiano Carranza fue asesinado el 21 de mayo de 1920. Herrero fue enjuiciado y dado de baja del ejército, pero en 1922 sus servicios fueron requeridos de nuevo. Lázaro Cárdenas por fin lo cesó en cuanto llegó a la presidencia. También gestionó el regreso a México de Martín Luis Guzmán.

Conclusiones

Martín Luis Guzmán fue un escritor preocupado por el pasado de México. Sus experiencias vitales fueron marcadas por distintos procesos históricos; nació en 1887, por lo que su primera infancia y su adolescencia se desarrollaron durante el régimen de Porfirio Díaz, personaje a quien admiró y del que se alejó conforme iba adquiriendo una noción más clara de las cosas. Su padre murió en uno de los primeros enfrentamientos del ejército federal con los revolucionarios.

La obra de Guzmán tiene como eje temático la Revolución, en especial los años de 1913 a 1915, lapso en el que el autor militó, junto con otros intelectuales, en diferentes facciones revolucionarias: fue primero un carrancista indeciso, atraído a veces por el obregonismo de su compañero Alberto J. Pani; después, un villista convencido de que su jefe podía llevar a buen término la Revolución. Pero esto no sucedió. Con la derrota de Huerta logró imponerse la facción convencionista, cuyo gobierno sólo duró unos meses. Guzmán se había relacionado con el presidente Eulalio Gutiérrez y trabajaba como ayudante de José Isabel Robles, por lo que tuvo que huir de la ciudad de México, ahora en manos de los villistas y los zapatistas. Sin embargo, no tomó la misma dirección que los convencionistas, hacia el norte, sino que buscó encontrarse por última vez con Francisco Villa.

Lo que sucedió lo cuenta el mismo Guzmán en *El águila y la serpiente* y en *Memorias de Pancho Villa*. Aunque se narra lo mismo en cada versión, los matices literarios son bastante evidentes. Esta situación pone de manifiesto un rasgo fundamental de la narrativa de Guzmán: los hechos han sido ficcionalizados de tal modo que la frontera entre lo real y lo verosímil ha desaparecido casi por completo. Como ya se mencionó en uno de los apartados de este trabajo, la biografía del escritor se funde con la de sus personajes.

El otro caso paradigmático, además de *La sombra del caudillo*, es *Muertes históricas*, donde la narración se emparenta con géneros como el de la crónica periodística

o el cuento, centrados sobre todo en el tema de la muerte de dos figuras sustantivas para entender la historia, no sólo de la Revolución: Porfirio Díaz y Venustiano Carranza.

Quizá no sea una coincidencia que estos relatos que pudo escribir de una serie más extensa (*Muertes paralelas*) hayan sido los de estos personajes. Guzmán consideraba, como lo dice en *El águila y la serpiente*, que Carranza era un epígono de Díaz, y que su parecido con él era algo más profundo que una simple cuestión superficial. Con todo, las condiciones en que fallecieron marcan un contraste bien definido entre ellos. Díaz murió de causas naturales en París, en tanto que don Venustiano fue asesinado de forma artera en Tlaxcalantongo, Puebla, mientras escapaba con girones de lo que había sido su gobierno, buscando llegar a Veracruz y repetir la misma maniobra de 1914, cuando logró imponerse sobre Villa.

Los relatos mencionados son pues una mezcla de historia y ficción; su realización artística, lo mismo que su proceso de composición, están determinados por una especie de arte poética del escritor, planteada en ese primer párrafo de “La fiesta de las balas”, donde se presenta la disyuntiva de narrar los hechos históricos de manera escueta y sin artilugios, o recrearlos mediante “el toque de la exaltación poética”. Guzmán no sólo planteó esta cuestión en dicho relato, sino que definió su postura allí mismo. Para él, la historia de Rodolfo Fierro mostraba no sólo las atrocidades cometidas durante la Revolución, sino también una de sus verdades esenciales: la causa necesitaba de hombres como Villa o incluso como el mismo Fierro para subsistir.

Una vez concluida la fase armada, hubo un margen de maniobra más amplio para los intelectuales. José Vasconcelos fue el primer Secretario de Educación Pública. Desde su puesto se encargó del proyecto cultural de la Revolución; gestionó puestos para sus antiguos compañeros del Ateneo y empleó a las nuevas generaciones de escritores y poetas, entre ellos a varios de los Contemporáneos, alumnos también de los ateneístas en la Escuela Nacional Preparatoria.

Guzmán regresó al país en 1920. Dos años después ya era diputado y había fundado su periódico *El Mundo*. Sin embargo, la nueva disputa por el poder que se desarrolló en 1923, en la cual se involucró por su militancia delahuertista, lo llevó a su segundo y más largo exilio.

En España escribió sus dos primeras novelas. En ellas desarrolló el tema de la Revolución y de la historia misma de México desde una perspectiva distinta a la de sus libros ensayísticos. Por primera vez mezcló hechos verídicos con ficciones elaboradas a partir de su experiencia personal. En *La sombra del caudillo* fusionó personajes y acontecimientos históricos; el resultado es una novela paradigmática que explica la realidad no sólo política de su época. Se trata de una ficción tan bien construida que al verse retratado en uno de los personajes, Plutarco Elías Calles intentó prohibir la distribución del libro en el país. Fue persuadido por uno de sus colaboradores para que no lo hiciera; en su lugar consiguió que la editorial Espasa no publicara otra obra del escritor que tuviera que ver con la Revolución.

Sin embargo, Guzmán volvió sistemáticamente a dicho periodo de la historia de México, y sobre todo a sus grandes personajes. Porfirio Díaz, Venustiano Carranza, Gustavo Madero y Francisco Villa atrajeron su atención de forma permanente. A los dos primeros dedicó sendos relatos donde su muerte cobra un significado fundamental; de este modo puede entenderse no sólo su vida privada, como sucede en el caso de Díaz, sino también las consecuencias de sus decisiones políticas en los momentos más críticos de su gobierno, como puede verse en el relato sobre la muerte de Carranza.

Bibliografía

- Aguilar Camín, Héctor 2010. *La frontera nómada. Sonora en la Revolución Mexicana*. México: Ediciones Cal y Arena.
- Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer 2010. *A la sombra de la Revolución Mexicana*. México: Cal y Arena.
- Aguilar Casas, Elsa 2013a. Villa y Zapata en la ciudad de México. *Expedientes digitales del INEHRM*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México. <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-villa-y-zapata-en-la-ciudad-de-mexico-articulo> (consultado el 26 de febrero de 2014).
- 2013b. La defensa de Veracruz en 1914, un conflicto de dimensión internacional. *Expedientes digitales del INEHRM*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México. <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-defensa-veracruz-articulo> (consultado el 3 de marzo de 2014).
- Aguirre, Carlos y Javier Villa-Flores 2009. Los archivos y la construcción de la verdad histórica en América Latina. *Anuario de Historia en América Latina*, núm. 46: 5-17.
- Aristóteles 2000. *Poética*. Trad. José Alsina Clota. Barcelona: Icaria editorial.
- Aspe Armella, Virginia 2010. El concepto de héroe trágico en *La Poética* de Aristóteles. *Philosophia*, núm. 70: 11-24.
- Barthes, Roland 1967/1987. De la ciencia a la literatura, 13-21. En *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- 1967/1987. El discurso de la historia, 163-177. En *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Bernal Granados, Gabriel 2009. El "grupo sin grupo". Letras Libres. Editorial Vuelta. <http://www.letraslibres.com/revista/convivio/el-grupo-sin-grupo> (consultado el 13 de junio de 2014).
- Beristáin, Helena 2006. *Diccionario de retórica y poética*. México: Editorial Porrúa.

- Betancourt Cid, Carlos 2013a. En Torreón se encontraron... en Aguascalientes se separaron. *Expedientes digitales del INEHRM*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México. <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-pacto-de-torreon> (consultado 18 de febrero de 2014).
- 2013b. Carranza y Villa, posturas enfrentadas. *Expedientes digitales del INEHRM*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México. <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-conflicto-carranza-villa> (consultado el 23 de febrero de 2014).
- 2013c. El fin de la División del Norte... o la tercera fue la vencida. *Expedientes digitales del INEHRM*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México. <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-batallas-de-celaya-articulo> (consultado el 30 de marzo de 2014).
- 2009: Ateneo, clarooscuro. *Excélsior*, Conexión con la historia, 1 de noviembre.
- Burke, Peter 1996. Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración, pp. 287-305. En Peter Burke (ed.). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Cabrera, Luis 1992. *Obra política II*. México: Universidad Autónoma de México.
- Calvino, Italo 1995. *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Carballo, Emmanuel 2003. *Protagonistas de la literatura mexicana*. México: Editorial Porrúa.
- Carranza, Venustiano 1920/1998. Manifiesto de Venustiano Carranza a la Nación, 883-896. En *Planes políticos, proclamas, manifiestos y otros documentos de la Independencia al México moderno, 1812-1940*. México: Universidad Autónoma de México.
- Castro Leal, Antonio 1981. *La novela de la Revolución mexicana I*. México: Aguilar.
- Castro Martínez, Pedro 1996. El movimiento de Agua Prieta: las presencias sin olvido. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 17: 89-121.
- 1998. *Adolfo de la Huerta: la integridad como arma de la Revolución*. México: Siglo XXI Editores / Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

- Chillón, Albert 1999. *Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Cockcroft, James D. 2004. *Precursores intelectuales de la revolución mexicana: 1900-1913*. México: Siglo XXI Editores.
- Cumberland, Charles C. 1957. Huerta y Carranza ante la ocupación de Veracruz. *Historia mexicana*, num. 4: 534-547.
- Darío, Rubén 1986/2013. Los colores del estandarte. *Ensayistas y estudiosos*. Hendiduras secretas. Álbum de literatura y territorios vecinos. <http://hendidurassecretas.wordpress.com/2013/03/19/ruben-dario-los-colores-del-estandarte/> (consultado el 6 de junio de 2014).
- Darnton, Robert 1996. Historia de la lectura, pp. 177-208. En Peter Burke (ed.). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- De Certeau, Michel 1993. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- Delgado González, Arturo 1975. *Martín Luis Guzmán y el estudio de lo mexicano*. México: Secretaría de Educación Pública / Dirección General de Divulgación.
- Díaz Arciniega, Víctor 2010. Prólogo, 7-24. En *Obras completas III*. México: Fondo de Cultura Económica / Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revoluciones de México.
- Domínguez Michael, Christopher 1999. *Tiros en el concierto. Literatura mexicana del siglo V*. México: Ediciones Era.
- Durán, Manuel 1973. *Antología de la revista Contemporáneos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fell, Claude 1989. *José Vasconcelos. Los años del águila*. México: Universidad Autónoma de México.
- Fernández Riquelme, Sergio 2010. La Historia como ciencia. *La Razón Histórica*, núm. 12: 24-39.
- Florescano, Enrique 2009. Historia y ficción. *Nexos en línea*. Nexos. <http://www.nexos.com.mx/?p=13009> (consultado el 17 de enero de 2014).
- García Morales, Alfonso 1922. *El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*. Sevilla: 1992.

- Garciadiego, Javier 2012. La Revolución, 225-261. En *Nueva historia mínima de México*. México: El Colegio de México.
- 2005. *La Revolución Mexicana. Crónicas, documentos, planes y testimonios*. México: Universidad Autónoma de México.
- Garrido, Luis Javier 2005. *El Partido de la Revolución Institucionalizada (medio siglo de poder político en México). La formación del nuevo estado (1928-1945)*. México: Siglo XXI Editores.
- Gilly, Adolfo 2011. *La revolución ininterrumpida*. México: Ediciones Era.
- Goic, Cedomil 1992. *Los mitos degradados: ensayos de comprensión de la literatura hispanoamericana*. Amsterdam: Editions Rodopi.
- Guzmán Franco, Martín Luis 2013. Apunte sobre una personalidad, 457-481. En *Academia. Obras completas II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 2010a. El águila y la serpiente, 29-363. En *Obras completas I*. México: Fondo de Cultura Económica / Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revoluciones de México.
- 2010b. Memorias de Pancho Villa, 25-908. En *Obras completas III*. México: Fondo de Cultura Económica / Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revoluciones de México.
- 2010a. La querrela de México, 369-393. En *Obras completas I*. México: Fondo de Cultura Económica / Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revoluciones de México.
- 2010a. A orillas del Hudson, 395-480. En *Obras completas I*. México: Fondo de Cultura Económica / Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revoluciones de México.
- 2013. Javier Mina, héroe de España y de México, 216-368. En *Obras completas III*. México: Fondo de Cultura Económica / Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revoluciones de México.
- 1995. *Caudillos y otros extremos*. México: Universidad Autónoma de México / Dirección general de publicaciones.
- Hamnett, Brian 2002. *Historia de México*. Madrid: Cambridge University Press.
- Jakobson, Roman 1978. Sobre el realismo artístico, 7

- 1-79. En *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Trad. Ana María Nethol. México: Siglo XXI.
- Katz, Friedrich y Claudio Lomnitz 2011. *El Porfiriato y la Revolución en la historia de México. Una conversación*. México: Ediciones Era.
- 2011. *De Díaz a Madero. Orígenes y estallido de la revolución mexicana*. México: Ediciones Era / LOM Ediciones / Ediciones Trilce / Editorial Txalaparta.
- 2007. *Pancho Villa I*. México: Ediciones Era.
- Krauze, Enrique 2000. *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*. México: Siglo XXI Editores.
- Lévi-Strauss, Claude 2004. Raza e historia, pp. 304-336. En *Antropología estructural*. México: Siglo XXI Editores.
- Martínez, José Luis 2000. El momento literario de los contemporáneos. *Letras Libres*. Editorial Vuelta. <http://www.letraslibres.com/revista/convivio/el-momento-literario-de-los-contemporaneos> (consultado el 13 de junio de 2014).
- Matute, Álvaro 1994. La presidencia de Carranza (1917-1920). Relaciones internas de poder. *Iztapalapa*, núm. 32: 9-30.
- 2010. *Historia de la Revolución Mexicana, 1917-1929: la carrera del caudillo*. México: El Colegio de México.
- Meyer, Jean 2010. *La Revolución Mexicana*. México: Tusquets Editores México.
- Moguel Aquino, Luis Enrique 2013. El arte de conjurar la lucha: los Tratados de Teoloyucan. *Expedientes digitales del INEHRM*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México. <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-tratados-teoloyucan-articulo> (consultado el 9 de febrero de 2014).
- Monge, Carlos 1999. Conversaciones con Jorge Luis Borges. *Estudios públicos*, núm. 75: 343-363.
- Monterroso, Augusto 2002. Beneficios y maleficios de Jorge Luis Borges, 59-62. En *Movimiento perpetuo. Tríptico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Novo, Salvador 1966. Mis recuerdos de Pedro Henríquez Ureña. *Revista de la Universidad de México*, núm. 10: 18-19.

- Ocampo Alcántar, Rigoberto 2001. *El sistema político mexicano: el agotamiento de un sistema corporativo*. México: Publicaciones Cruz O. / Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Olea Franco, Rafael 2007. Reflejos de Obregón en la obra de Martín Luis Guzmán. *ConNotas. Revista de crítica y teoría literarias*, núm. 8: 9-27.
- Ortiz, Bullé Goyri, Alejandro 2007. *Cultura y política en el drama mexicano posrevolucionario (1920-1940)*. Alicante: Universidad de alicante.
- Otto, Walter F. 2005. *Las musas y el origen divino del canto y del habla*. Trad. Hugo F. Bauzá. Madrid: Ediciones Siruela.
- Patán, Julio 2009. *Para entender. Martín Luis Guzmán*. Guangdong: Nostra Ediciones.
- 1996. Martín Luis Guzmán se exilia en el Hudson. *La Experiencia Literaria*, núms. 4-5: 107-114.
- Pereira, Armando 1997. *La Generación de Medio Siglo*. México: Universidad Autónoma de México.
- Perus, Françoise 2001. Introducción, 7-28. En *Historia y literatura*. México: Instituto Mora / Universidad Autónoma Metropolitana.
- Quintanilla Osorio, Susana 2009. *A salto de mata. Martín Luis Guzmán en la Revolución mexicana*. México: Tusquets Editores México.
- Rankin, Melinda 1875/2008. Veinte años entre los mexicanos. Relato de una labor misionera. Nuevo León: Fondo Editorial de Nuevo León.
- Roeder, Ralph 1996. *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rojano García, Edgar D. 2013. La Soberana Convención y los avatares de la Revolución. *Expedientes digitales del INEHRM*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México. <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-gobierno-convencionalista> (consultado el 23 de febrero de 2014).
- Rosado, Juan Antonio 2005. Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán: vidas paralelas. *La Experiencia Literaria*, núms. 12-13: 209-234.
- Sánchez Adalid, Jesús 2008. Novela histórica. *Tejuelo*, núm. 1: 44-52.

- Sánchez, Aideé R. 2004. Composición y solución artísticas de El águila y la serpiente, de Martín Luis Guzmán" (segunda parte). *Contribuciones desde Coatepec*, núm. 006: 55-87.
- Saramago, José 1991 / 2013. La historia y la ficción literaria. *Nexos en línea*. Nexos. <http://www.nexos.com.mx/?p=15132> (consultado el 12 de diciembre de 2013).
- Serrano Álvarez, Pablo 2013. Álvaro Obregón, el glorioso caudillo de la Revolución Mexicana. *Expedientes digitales del INEHRM*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México. <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-alvaro-obregon-articulo> (consultado el 30 de marzo de 2014).
- Shklovski, Viktor 1978. El arte como artificio, 55-70. En *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Trad. Ana María Nethol. México: Siglo XXI.
- Speckman Guerra, Elisa 2012. El porfiriato, 192-224. En *Nueva historia mínima de México*. México: El Colegio de México.
- Stendhal 2008. *Rojo y negro*. Madrid: Ediciones Akal.
- Ulloa Ortiz, Berta 2010. *Historia de la Revolución Mexicana, 1914-1917: la revolución escindida*. México: El Colegio de México.
- Valles Calatrava, José R. *Teoría de la narrativa. Una perspectiva sistemática*. Madrid: Iberoamérica Editorial.
- Vargas Llosa, Mario 2007. *La verdad de las mentiras*. Madrid: Punto de Lectura.
- Vasconcelos, José 2011. *La tormenta*. México: Trillas.
- Vázquez Mantecón, Carmen 1995. La historia y la literatura, encuentros y desencuentros, pp. 159-176. En *Reflexiones sobre el oficio del historiador*. México: Universidad Autónoma de México.
- Vázquez del Mercado, Angélica 2013. Justo Sierra, ¿la excepción dentro del régimen? *Expedientes digitales del INEHRM*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México. <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-justo-sierra-articulo> (consultado el 27 de marzo de 2014).
- Villalpando, José Manuel 2009. *La Decena Trágica*. México: Editorial Planeta Mexicana.

- Von Ziegler, Jorge 1992. Tres libros históricos de Martín Luis Guzmán, *Revista de la Universidad de México*, núm. 497: 56-57.
- White, Hiden 2003. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- 2014. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Windschuttle, Keith 2008. La historia como ciencia social: relativismo, hermenéutica e inducción. *Revista Santander*, núm. 3: 110-147.m
- Zweig, Stefan 2011. *Fouché. Retrato de un hombre político*. Barcelona: Acantilado Editorial.